

AMERICA



69

BOLETIN D E BIBLIOGRAFIA AMERICANA

El Grupo América del Ecuador, en su afán de dar la mejor realización posible a sus postulados de difusión del movimiento intelectual y artístico del Continente, publicará el Boletín de **Bibliografía Americana**, cuyo primer número aparecerá en el primer trimestre de 1941.

Para que el Grupo cumpla con esta empresa, se requiere que los escritores americanos envíen, lo más urgente posible, las obras publicadas desde enero de 1938; como también los datos siguientes, a fin de formar la Tabla Biobibliográfica, que se publicará en el Boletín: Nación, lugar y fecha de nacimiento del autor; obras publicadas, indicando el año; profesión; cargos desempeñados; institución a que pertenece; publicaciones principales en que ha colaborado; señas postal y domiciliaria; y otros datos biobibliográficos.

El envío de correspondencia y publicaciones se hará a la dirección siguiente:

GRUPO AMERICA

Casilla 75

Quito, Ecuador

A M E R I C A

AMERICA

PUBLICACION TRIMESTRAL DEL
GRUPO AMERICA

DIRIGEN

ANTONIO MONTALVO
JORGE ESCUDERO
IGNACIO LASSO

TERCER TRIMESTRE DE 1940

AÑO XV

Nº 69

Quito — Imprenta del Ministerio de Gobierno — 1940

CONTENIDO

LA CONFERENCIA DE LA HABANA
MENSAJE DEL GRUPO AMERICA -

GONZALO ESCUDERO
Crespo Toral

GUILLERMO BUSTAMANTE
Mi Amor al Campo

J. A. FALCONI VILLAGOMEZ
Psicopatología en el Arte

AUGUSTO ARIAS
Medición Lírica del Viaje

LUIS MONSALVE POZO
El Sentido de la Cultura

ENRIQUE GIL GILBERT
La Llamada de la Tierra

JORGE PEREZ CONCHA
Vida, Pasión y Muerte de Miguel de Santiago

JAIME BARRERA B.
Tiempo y Ritmo de la Aventura

IGNACIO LASSO
Presentación

ALBERT B. FRANKLIN
Palabras sobre la Cultura de Nuestro Hemisferio

ANTONIO MONTALVO
Bibliografía: El Sentido Histórico y la Cultura.—Los Comuneros.—
El Embrujo de Haití.—Sinfonía del Río Uruguay.—Madrugada.

S. Pichov CRONICA: Homenaje a Nicolás Jiménez.—Don Guillermo Bustamante.
—Nuevo Directorio del Grupo.—Visitas Internacionales.—Boletín Bi-
bliográfico.—Difusión del Ideal Americanista.—Al Cumplirse Tres
Lustros.—Canje Bibliográfico.

GRUPO AMERICA

Flores Nº 2

Casilla 75

Quito, Ecuador

LA CONFERENCIA DE LA HABANA

Evento trascendental para la política exterior de este Hemisferio, constituyó la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores reunida en la ciudad de la Habana, en los precisos instantes en que Europa desintegraba su estructura continental en una guerra, que no es sino la primera etapa de una revolución nihilista, que amenaza los fundamentos mismos de la civilización.

Los Cancilleres de los países de América, en unanimidad de criterio han acordado defender contra todos los peligros de la violencia, los preciosos legados de libertad y autodeterminación, y las otras conquistas de un derecho, que costó sacrificios y un heroico alumbramiento de nacionalidades, que surgieron de entre las sangrientas contiendas de la Emancipación.

El Grupo América del Ecuador, consecuente con sus ideales de confraternidad continental y celoso guardián de la cultura democrática, se asoció en oportuno mensaje, a las importantes resoluciones adoptadas en la Conferencia de la Habana, con la seguridad de que en ella se inauguraba una nueva era de vida internacional americana, donde iban a ser eliminados las pretensiones de hegemonía y los recelos antipanamericanistas, mediante la adopción de fórmulas de equilibrio, de compensaciones económicas y de prácticas políticas uniformes.

Nuestro punto de vista quedó expresado con claridad. Dirimir las diferencias territoriales y los viejos litigios de fronteras entre los países meridionales. Formar el bloque de los países indoamericanos constituyéndolos en una suerte de Antifictionia —la unión de los países desunidos de América que pedía Haya de la Torre, cuando nos ponía en guardia contra el monroísmo codicioso y absorbente—. La creación de la conciencia continental por el acercamiento, la lealtad y la comprensión entre los Estados Unidos y la Confederación Indoamericana —vinculación de pueblo a pueblo—. La cooperación

efectiva en todo aquello que se refiera a la seguridad y al desenvolvimiento de los países que integran la comunidad jurídica. Y en fin la defensa de la democracia y sus atributos, oponiendo una valla infranqueable al apetito de las potencias totalitarias, que ya han extendido sus tentáculos en las naciones de este continente, provocando los primeros escozores y los inmediatos rechazos de la opinión americana, arraigadamente democrática.

El Grupo América confía en que la política internacional de esta hora, será llevada con pulso firme y con visión real de todos los peligros que nos acechan. No creemos que, dada la gravedad del instante, nuestros países se obstinen en un aislamiento suicida, ni persistan en sus codicias territoriales, ni traten de sobreponer al interés común, sus rencillas domésticas. El deber de todo americano consiste en fomentar la unión y en crear una conciencia democrática americana.

Hacemos votos por la iniciación de una nueva era en el Derecho Internacional Americano. Queremos normas jurídicas que sean creadora sustancia viviente con la necesidad del minuto, con la urgencia del acontecimiento. La época nos impone la estricta vigilancia de los principios y una fuerza actual que los haga respetables. El verdadero interés de los pueblos siempre ha estado palpitando a trasmano de las discusiones protocolarias. Por eso creemos que ahora —en riesgo de perder la herencia de nuestros libertadores— hará su aparición la honda solidaridad de la América unida y fuerte, vigilando su futuro, lista a repeler la agresión y consciente de su destino.

La Conferencia de la Habana demostró a través de las declaraciones de los Representantes, la iniciación de una buena voluntad y el comienzo de una acción práctica. Sin embargo, la tarea aún está intacta. Conviene acelerar el proceso y despertar la emoción continental. Con tal fin el Grupo América de Quito, invita a las Instituciones culturales, a los Comités de Cooperación Intelectual, y a las demás agrupaciones literarias y artísticas del país y del continente, a realizar una amplia labor de confraternidad americanista, y a denunciar cualquier intento de penetración nazi en las tierras del nuevo mundo.

MENSAJE DEL GRUPO AMERICA

Señor Presidente de la
CONFERENCIA DE CANCELLERES
La Habana, Cuba.

Señor:

El Grupo América del Ecuador, Institución de cultura creada para la defensa y difusión de los altos ideales de solidaridad e intercambio espiritual entre los pueblos de nuestro Continente, atento a la significación universal y a las proyecciones, que derivarán del magno evento, la Conferencia de Cancilleres próxima a reunirse en La Habana, y teniendo en cuenta la incalculable trascendencia que de ello se desprende para los pueblos de América, en especial para los que se hallan unidos por una comunidad de origen, lengua y sentimientos liberatorios; ha creído imperativo enviar un cordial saludo a las Delegaciones, por intermedio de nuestro Representante, el señor doctor don Gonzalo Escudero, Asesor de la Delegación ecuatoriana y Secretario General del Grupo América, y expresar a la Conferencia lo siguiente:

La complacencia con que el Grupo América mira la reunión de Cancilleres en La Habana, y la seguridad que abriga, dadas las finalidades para las que ha sido convocada, de ella surgirán el entendimiento mutuo y las medidas que los pueblos del Continente deben adoptar para la conservación de los tradicionales principios democráticos que han informado su vida;

La convicción de que en esta memorable Asamblea ha de prevalecer el más sincero, equitativo y práctico espíritu americanista, que borre definitivamente las diferencias nacidas de seculares litigios, para que, cuando llegue la hora de la prueba, se nos encuentre formando una sola fortaleza inexpugnable, pueblos unidos por fuertes vínculos de libertad y legalidad y por un comprensivo equilibrio de intereses; pueblos sin discordias como una valla que se opone al contagio de la

barbarie, y que defiende con tesón la simiente de la nueva civilización que ha de salir de sus crisoles;

La seguridad de que la Conferencia de La Habana logrará una efectiva aplicación de la Doctrina Monroe. Los países del Hemisferio Occidental no toleran la ingerencia de concepciones políticas imperialistas que atenten contra la raíz misma de su vivir democrático; ni contra las reservas materiales que disponen sus vastos territorios, que hoy provocan la codicia de las grandes Potencias. Las naciones hispanoamericanas confían en que el Derecho Internacional Americano no será lesionado por ningún imperialismo, estableciéndose en este Continente una especie de Confederación de pueblos libres, sin intervenciones ni hegemonías perturbadoras.

En este sentido, el Grupo América de Quito, se permite formular los votos más ardientes porque la Conferencia de Cancilleres de La Habana sea un brillante cimiento de americanismo auténtico, en el que encuentren sustentación la soberanía e integridad continentales, al mismo tiempo que un comprensivo, práctico y efectivo estrechamiento de las relaciones internacionales de nuestros pueblos, para quienes la comunidad de ideales e intereses es una imperiosa necesidad irrenunciable, para vivir y prosperar.

Dado en Quito, en los salones del Grupo América, a 17 de Julio de 1940.

Hipatia Cárdenas de Bustamante, — Julio E. Moreno, — Francisco Terán, — Isaac J. Barrera, — Augusto Arias, — Jaime Barrera B., — Oscar Efrén Reyes, — Miguel Angel Albornoz, — César Carrera Andrade, — Juan Pablo Muñoz, — Hernán Pallares Zaldumbide, — Julio Endara, — Carlos Salazar Flor, — Emilio Uzcátegui, — Antonio Montalvo, — Jorge Pérez Concha, — Ignacio Lasso, — Jorge Escudero, — Alfredo Martínez.

(Entre los firmantes constan sólo los socios que se encontraban en la ciudad.)

C R E S P O T O R A L



La Universidad Central de Quito, resucitada y restituida otra vez, por derechos de primogenitura en el tiempo y en el espíritu, a la escena de la cultura ecuatoriana, no podía, sin negarse a sí misma, perseverar en su silencio ante la muerte de Remigio Crespo Toral, patricio augusto de esa propia cultura. Deber suyo irrenunciable era el de añadir su palabra, la auténtica, al concierto de las voces estremecidas que, en unidad de acento, llegó hasta sus cenizas egregias, cuando todavía la tierra devoradora no las había rescatado íntegramente. Mas no por última o tardía, la palabra de la Universidad Central dejará de ser la primera, en cuanto al privilegio de la afección, como también lo hubiera sido en cuanto a su linaje de sabiduría, si justamente no se me hubiese discernido el honor imponderable de traducirla y expresarla.

El Consejo de la Universidad Central ha escogido la fecha de hoy para este homenaje suyo al hombre simbólico de Cuenca, porque en este día aniversario reverdecen los laureles heroicos de su solar nativo, y se afilan sus hierros épicos, descolgándose de la panoplia en donde duermen su sueño centenario. Así las primicias de la libertad azuaya advienen en recuerdo y se asocian por virtud de magna coincidencia al varón epónimo, nacido, crecido y madurado en el clima de esa libertad.

Fluye además otro grave y fundamental sentido de este homenaje: Remigio Crespo Toral, aparte su investidura oficial de Rector casi vitalicio de la Universidad de Cuenca en los últimos lustros, identificose con ella de tal suerte que, entrañado en sus esencias culturales, era al propio tiempo el conductor natural de sus destinos intransferibles. Por ello, la Universidad Central, al dedicar este acto a su memoria, exalta a la Institución gemela y, en cierta forma, se exalta a sí misma, porque la Universidad Ecuatoriana es una y solida-

* Discurso pronunciado en representación de la Universidad Central del Ecuador, en la sesión solemne que celebró dicho plantel de Educación Superior, en homenaje a la memoria de Remigio Crespo Toral, el 3 de noviembre de 1939.

ria, no obstante su cuerpo asentado en cuatro capitales distintas. De este modo, la afinidad espiritual que las une es más fuerte que la geografía y la ley que las desunen, para imagen viva y modelo orgánico del principio unitario de nuestra nacionalidad.

Al encomendármese este discurso, cedí a pronunciarlo por una inexcusable obligación que me atañe, como miembro docente de la Universidad a que me pertenezco, y también por esas inefables razones de la amistad que el ilustre fallecido hubo de dispensarme y que, pignorando una sentencia pascaliana, son razones del sentimiento que la razón ignora. Mas la lumbré de esa amistad no habrá de prestarme sino el conocimiento del hombre en su diamantina desnudez, sin esa como indumentaria mitológica con que la fantasía humana arropa a los ejemplares representativos de la especie, convirtiéndolos luego en materia inerte y congelada carne de las estatutas, para signo ornamental de las plazas públicas.

Más allá de las oraciones rituales y los elogios académicos, de los que no ha menester Crespo Toral, para vivir y sobrevivir en la historia, ya que ningún elogio dicho y sobredicho sería comparable a escucharlo de nuevo, relejendo sus páginas aceradas, deseo brevemente trazar un esquema del hombre y su obra, en su ambiente y su tiempo, para medir aquello que es inmensurable y que constituye su substancia proteica en el flujo y reflujo de sus formas. Queda al menos la obra — *ars longa, vitae brevis* — la obra en sí, que, ajustada a lenguaje escrito, reproduce el drama y conflicto del hombre en el papel indolente. Mas el libro no obedece a leyes cristalográficas del pensamiento, como acontece en la naturaleza física, donde cada cuerpo está predestinado a cristalizar en una determinada forma geométrica, y así asistimos al frecuente divorcio entre el autor y su obra, porque la personalidad de aquél no logró volcarse en ésta, acaso por falta de instrumental expresivo o acaso también por una suerte de censura freudiana que lastró el mundo de sus instintos primarios.

Mas superando estas dificultades, es posible exhumar al hombre para interpretarlo intuitivamente, cuando trátase de un escritor de casta como Remigio Crespo Toral, cuya obra caudalosa, original y máscula tiene un pulso de vida. Así también aquellos arqueólogos sitibundos que libertaron de la arcilla a la Victoria de Samotracia, aunque decapitada nos la dieron íntegra, porque le restaban todavía sus alas.

Hispánico de estirpe, Crespo Toral debió al ancestro, en primer lugar, sus rasgos somáticos y, luego, su imaginación creadora con atuendos de capricho arábigo, la envergadura cristiana de su espíritu, y lo que fue en él riñón y médula: la soberanía del lenguaje que, no por sometido a grilletes gramaticales y a cánones de disciplina, era menos libre de expresión y libérrimo de imagen. Derivaban también de su herencia étnica, las raíces de su individualismo, el instinto y sentimiento superlativos de la propiedad y su fuerza casi telúrica de arraigar en la tierra vernácula como las plantas.

Remigio Crespo Toral nació en Cuenca en 1860, vale decir en la mitad del siglo diecinueve ecuatoriano y en el balbucir de una República que se buscaba y no se encontraba a sí misma, perdida aún en la tiniebla de una Colonia, modelado social que la emancipación política no había podido derogar. Nos desprendimos de la metrópoli española, por razón de crecimiento y mayor edad, para asumir el comando político que se transfirió de manos metropolitanas a manos criollas, por virtud de esa gesta emancipadora, de esa Iliada americana que, en esencia, fue el vasto proceso de una revolución civil, engendrada por hijos de españoles, codiciosos de autonomía, para quienes su abolengo peninsular y su complejo de poderío venían escasos e inconciliables con su condición de gobernados y segundones preteridos, sin arte, parte, ni potestad en el gobierno. La libertad consumada nos trajo la República, y en ella y por ella, inscribimos en nuestras Cartas Políticas la figura de una democracia menesterosa de realidad democrática, ya que simplemente habíamos permutado el poder distante de los monarcas españoles, delegado y pulverizado en sus personeros, por el poder de nuestros señores domésticos, manteniendo el espíritu y cuerpo de nuestra Edad Media, la Colonia, dentro de un sistema de clases impermeables, derecho románico de la propiedad y aquello que todavía se lo olfatea y se lo palpa: una abrumadora mayoría de hombres, "ganado menor" del agro, según la frase incisiva y cáustica de ese admirable ingenio que se llamó Alejandro Cárdenas, mayoría desposeída dramáticamente de su condición humana y de su derecho elemental a la vida y a la cultura.

Esta breve digresión, por lo demás personalísima mía, era indispensable para ubicar a Crespo Toral en su tiempo y en su ambiente, y mal podía encubrir o velar mi pensamiento, presentándole en una sucursal del paraíso perdido. Por lo menos esta brizna de libertad habremos alcanzado en más

de una centuria republicana: la de esculpir nuestra opinión contra las supersticiones históricas.

Mas el ambiente y el tiempo en que nació y se formó Crespo Toral en nada le desmedran y, antes bien, su soberbia humanidad cobra estatura de superación, como la de esos árboles solitarios, milagro del oasis verdeante, agigantados en un paisaje calcinado y desierto. Ese oasis era Cuenca que tuvo y mantuvo el mayorazgo de la cultura ecuatoriana durante el siglo diecinueve, merced a una paciente y benedictina entrega a las cosas del espíritu, a esas cosas inmateriales, hoy calumniadas y postergadas en una edad fenicia que nos alcanza y nos disuelve. Patrimonio de Cuenca y de sus hombres ha sido la emoción estética que bien podríamos calificarla como primaria, ya que siempre estuvo enderezada a la naturaleza sensible, a todo el inmenso teatro de su tierra unigénita, y también dirigida a la naturaleza suprasensible, al ideal de una causa "deus ex machina" del mundo. La primera visual del hombre nace en su propio paisaje y el primer escalofrío de belleza que experimenta se nutre en los elementos plásticos y cromáticos del mismo, y luego su fiebre de interpretación cósmica le conduce dócilmente a deificarlos a la usanza mítica —o ya en un plano de abstracción trascendental— a ordenarlos, coordinarlos y justificarlos en una causa suprema.

Estas dos actitudes han sido los módulos de la poesía cuencana, y a ellas han cooperado la reciedumbre de su tradición católica y el aislamiento físico que, como condición de su fecundidad, ha sido el foso sin puente levadizo que la República, con injusticia flagrante, no ha podido suprimirlo totalmente.

Mas, dicho aislamiento si le ha negado a Cuenca los valores técnicos de una civilización mecanizada, la ha preservado de contactos que podían bastardear o mixtificar su destino. De esta manera, Cuenca ha seguido siendo una isla de sapiencia poética y una ciudad académica y docta, cuyas substancias nutricias alimentaron a varones insignes y representativos de la nacionalidad ecuatoriana, hasta Remigio Crespo Toral que humanística y literariamente los compendia a todos.

Georges Duhamel, el penetrante y limpio escritor francés, en su ensayo "El humanista y el autómatas", advierte melancólicamente que la máquina y la técnica, civilizadoras a su manera, son destructoras de la eternidad. Y en verdad, el tiempo de las ciudades, piedra y pátina ilustres, transfundi-

do a su gesto, a esa postura proyecta con memoria y a ese yacer con sueño, perece con la máquina y la técnica, y el mismo hombre que también tiene su tiempo y su memoria, su albedrío y su sueño, se automatiza en una vida civilizada por fuera y baldía por dentro. En las urbes tentaculares de hierro, carbón y electricidad, asistimos a la decadencia de lo perenne y el "standard" inexorable unifica a la ciudad y al hombre que se despojan de su universo interior. Cuenca ha podido salvar su eternidad, aun a trueque de las doradas excelencias materiales que le faltan, mas su orgullo permanece intacto, como intocada permanece su levadura bíblica de metrópoli del canto.

Cabe además en exégesis de Cuenca y su cultura, tomar en préstamo una idea clasificadora de los temperamentos individuales que, sin riesgo de falsa generalización, puede aplicársele. Cada urbe posee un signo de espíritu y un sentido psíquico, los cuales, aun más que sus blasones heráldicos, la personalizan y distinguen. La clausura de Cuenca durante el siglo diecinueve, su señero e imperturbable aislamiento y su estado de saturación religiosa acusan innegablemente un espíritu introvertido que, volcándose sobre sí mismo y en renuncia sigilosa de todo lo que no constituye su cosmos propio, modela y remodela sus creaciones hasta alcanzar esa suerte de perfección externa que se denomina estilo original.

En Crespo Toral incide y se supera todo el proceso de la cultura cuencana y ese estilo alcanza la luz de su equinoccio, de tal suerte que las letras azuayas, sin ningún propósito de subestimación de sus cultores, podrían simbólicamente representarse en la obra de Crespo Toral, como cuando un sorbo del mejor vino añejo nos hace apurar la sangre de todas las vides de una comarca.

Un filósofo griego, Protágoras, decía que "el hombre es la medida de todas las cosas: de las que son en cuanto son y de las que no son en cuanto no son". A esta guisa, Crespo Toral en el orden de su república ideal, fue la estricta medida de sus valores y también de sus no-valores, ya que en el pensamiento azuayo hemos de advertir sobre todo un estado colectivo de sublimación literaria, con fugaces destellos de otras manifestaciones del espíritu. Es cierto que en Cuenca, sus genios tutelares, aparte de escritores, fueron, tribunales, juristas y políticos. Bastaría recordar a los Presidentes cuencanos que han honrado la Primera Magistratura de la Nación, para confirmar la prosapia cívica de esa privilegiada comunidad. Mas el "lei motiv" de la vida

azuaya es la literatura, como arte de expresión y secreto de su potencia creadora.

Crespo Toral vivió sus años infantiles en el campo, vale decir en diálogo infinito con la montaña, el río y la nube. De esta comunión del personaje con la naturaleza, es preciso inferir el aliento silvestre de su poesía que tuvo constantemente la verticalidad del risco, el idioma del agua y la tras-humante magnitud de cielo.

Después vendrían los años adolescentes y mozos en el colegio eclasiástico y en la universidad citadina, en donde Crespo Toral aprendería a disciplinar su mente indómita y a imprimir forma a la materia prima de sus inquietudes estéticas e intelectuales. Pero sobre todo fue el autodidacta, como lo es todo hombre que aspira a exceder el equipo liviano y exiguo de sus conocimientos escolares. Su obra le acusa como lector intatigable, erudito sistemático y humanista cabal.

Y aquí es preciso mencionar que todos los escritores ortodoxos de las literaturas hispánicas debieron su potestad de escribir, en gran parte, a su capacidad de leer y a su dominio todopoderoso de las humanidades. La lengua, literatura y filosofía helénicas y latinas les fueron familiares y, por colquio interior con ellas, su elocución y pensamiento se ajustaban a ese compás de remo de las galeras antiguas y a esa medida desolada de los mármoles clásicos. Así el humanismo, como raíz de la personalidad del escritor, será siempre actual, como siempre fue actual que las piedras angulares de la casona fuesen recias y capaces de sustentarla. Menos mal que el humanismo en su florecimiento contemporáneo no puede serlo sólo como antaño: tarea grave de exhumación de formas extintas y de cuadros racionales exhaustos. Jacques Maritain, pensador cristiano y vidente, define al flamante humanismo con estas palabras reveladoras: "Estamos en presencia de un nuevo humanismo que no es sólo asunto de erudición, de estética, de cultura intelectual; pero que se refiere al humano por completo, y que demanda en consecuencia una profunda transformación de las estructuras sociales de nuestra civilización. El mundo moderno, por malos caminos, ha buscado cosas que eran buenas; se ha emprendido así, durante tres o cuatro siglos, la búsqueda de los valores humanos que es preciso salvar ahora mediante un retorno a la verdad más profunda, por medio de una refundición del humanismo clásico. El nuevo humanismo debe sobrepasar al individualismo, prestar atención a las masas, a su derecho al trabajo y a la vida del espíritu. Debe comportar la búsqueda

de los valores sociales y de la justicia social, lo que falta en los clásicos de los siglos dieciséis, diecisiete y dieciocho". Yo añadiría: lo que falta también en nuestros clásicos ecuatorianos del siglo diecinueve y del que trágicamente vivimos.

Adulto ya en el señorío de su mundo esotérico, Crespo Toral obtuvo el bautismo de la publicidad en 1883, como vencedor pindárico en un concurso literario, celebrado con motivo de las solemnidades centenarias del nacimiento de Bolívar. Su canto dedicado al libertador y fundador de nuestras nacionalidades, tuvo los contornos de la oda quintanesca, tropel de endecasílabos, en la cual quedó fijado y presentado su numen, como esas piedras alodañas que denuncian la presencia de un torrente en marcha. Intencionadamente he mencionado el año original de 1883, porque desde entonces hasta 1939, año de su muerte —que como toda muerte es también una aventura estética— transcurre más de media centuria, cincuenta y seis años suyos de entrega a su profesión inmaterial de artista sustantivo, eje meridiano de su personalidad y de su vida.

Otras preocupaciones e incitaciones, y entre ellas la política, hubieron asimismo de atraerle con esa tensión magnética que ejercen sobre el individuo integralmente sensible y culto. La austeridad de su figura erigióse en convenciones y congresos, y su ardimiento cívico, más allá de las fronteras del intelectual puro, fue rico en intervenciones varias: flechero de arco tenso en la escaramuza periodística, tribuno académico de verbo incandescente y erudito, y parlamentario objetivo, henchido de "bon sens", de esa añorada sindéresis, maestra y regidora de las cosas terrenas, tan ausente en los cuerpos legislativos, aunque sea patrimonio individual de sus componentes, por una ley sociológica de psicología tumultuaria.

Sus oraciones en los congresos políticos eran breves y tajantes y no se compadecían con el modelo ortofónico de los tribunos banales que lo sacrifican todo a su investidura de actores en trance dramático. Aquella sobriedad suya y aquel sentimiento de la medida, que en muchas ocasiones motivaron el juicio negativo sobre la calidad de su obra parlamentaria, venían compensadas con el estallido de su ironía peculiar —más rebelesiana que volteriana— con que sabía rematar sus discursos parlamentarios. ¿Y qué fuerza espiritual es más honda que la ironía para practicar la autopsia de nuestras realidades políticas?

Católico, apóstolico y romano, por ingénita y hereditaria

virtud y por educación y atmósfera, su partido político fue el Conservador de cepa auténtica. Acaso me cumpliría el silencio sobre esta fisonomía de Crespo Toral, ya que temo diluir el fermento de mis emociones políticas, al impugnar aquello que no es impugnabile, cuando la altura y majestad de su muerte y la ocasión en que hablo debieran privarme de este derecho. Una vieja máxima de Terencio reza: "soy hombre y ninguna cosa humana me es ajena", y por ello, yo creo que presentaría a nuestro personaje mutilado, si omitiera considerarle como ciudadano que supo traducir sus convicciones públicas en nuestra democracia bárbara y en el ámbito de su partido, cuya historia es por identidad, la historia de nuestros avatares republicanos hasta 1895, año de la segunda independencia.

Al iniciar este discurso, expresé la necesidad de ubicar a Crespo Toral en su tiempo y en su ambiente, y en plena continuidad de lo enunciado, acusé los síntomas de ese tiempo y ese ambiente: siglo diecinueve ecuatoriano y principalmente cuencano. El corolario es nítido: Crespo Toral tenía que gravitar mental y políticamente en los dominios tradicionales, respirando el aire teocrático y feudal que era hálito de vida entonces. Mas sobresale, como excelencia suya —que lo es también de todo político honesto— la ingenuidad abrasadora con que abrigó y mantuvo su doctrina, sin rendirse a los embates y vicisitudes que la excluyeron del Poder con el advenimiento del Liberalismo. Este ejemplo de soberana fidelidad al acervo de las propias ideas políticas comportaba la expresión justa de su lealtad consigo mismo, más lejos del mercado inverecundo, en donde las convicciones públicas se permutan como las lámparas viejas por las lámparas nuevas en la historia de Aladino. Después de 1895, se exila en sí mismo y en el cuadro vegetal de su heredad, para darse por entero a su literatura, sin renunciar tampoco a los requerimientos de su Partido que satisfizo siempre, o vestir eventualmente la casaca diplomática que supo llevarla —no como un ujier sibarita— sino como el severo y dignísimo Representante de un Estado.

He rehusado biografiar a Crespo Toral, porque esa tarea es superior a los límites obligados de mi tema y discurso, y más bien he arrancado del friso de su vida, los escorzos elementales y fugitivos que, mirados totalmente, prestan sentido a su conocimiento y, sobre todo, a su obra. Correspóndeme hoy enjuiciarla y esta responsabilidad es demasiado ingente, para asumirla como debiera, ya que el Maestro fue un polígrafo inmenso de cantidad y calidad que escribió sobre todos los motivos y agotó todas las perspectivas.

Infortunadamente su obra no se recoge en volúmenes precisos, ya que, aparte de unos pocos, permanece desperdigada en publicaciones y revistas, de aquellas que, por su reducido tiraje de edición, dejan a su contenido casi inédito, restando apenas como lectura de bibliófilos solitarios e impenitentes. Además, Crespo Toral rehuía editar sus obras —no por modestia que no cabía en él— sino por una suerte de señorial desdén a la gloria personal, tan buscada y cotizada en las almonedas de escritores, donde se cambian apologías en reciprocidad impúdica.

Crespo Toral es para el vulgo ilustrado y aun para los espíritus dilectos, principalmente el poeta, y este rubro lo ha acompañado siempre. Comenzaremos, en consecuencia, por su poesía y nos adentraremos en ella, para asirla en sus elementos capitales, en la herencia que ha recogido y en la herencia que ha dejado, como presencia de un espíritu en movimiento. Ya enunciamos que la poesía azuaya del siglo diecinueve giraba en dos órbitas: la bucólica y la religiosa. Dentro de ambas, Crespo Toral recogerá el legado, ennobleciéndolo y afirmándolo. El instinto agrario es uno de los más irrefrenables y, cuando se lo transporta al plano de la expresión artística, asistimos a la conjunción del hombre y la tierra. En Crespo Toral, la sombra latina de Virgilio estará presente, aunque en nuestro poeta el sentimiento de la naturaleza se proyectará en grito cósmico y en continua interrogación trascendente. Su instinto religioso asimismo superará la cuita y la piedad plañidera de sus precursores azuayos, para cobrar el imperio de una emoción suprema, de la que parte y a la que llega, en desbordamiento de su yo cristiano que todo lo colma.

Otra modulación de la poesía de Crespo Toral es el acorde cívico, la Patria como historia envolvente, sentido y fin de lo que somos y de lo que debemos ser. Finalmente ensayó un género de poesía biográfica, intensa y extensa, a la manera de un escultor de bustos vivos. Héroes y proto-héroes, personajes de fábula y pastores de hombres, pensadores y transformadores, por el atrio de su verso repujante y repujado, en línea de epopeya y falanje ciclópea, circulan y claman.

Cuando se habla de poesía, se habla de su escuela o sea de su modelo estético en el tiempo y en el espacio. ¿Qué modelo infundió sus privilegios a la poesía de Crespo Toral? Cifra mayor de su época y de su raza, nuestro poeta derivará del romanticismo hispánico, todo lo que en éste, como en todo romanticismo, es transporte y fuga de la sensibilidad,

con esa nota patológica y sombría del hombre inconforme que sueña y espolea a su sueño a fuerza de hipérbole y apóstrofe. Los dioses lares del romanticismo español: Quintana, Espronceda y Núñez de Arce auspiciarán su obra poética, como también de otros siglos españoles, le llegarán las gavillas silvestres de Fray Luis de León y Garcilaso de la Vega y las cuadrigas heroicas de Fernando de Herrera.

Mas Crespo Toral, como humanista vigilante, será primordialmente un clásico, si el clasicismo significa aprehensión y soberanía de la forma, a imagen y semejanza de esa alma apolínea, intuitivamente fijada por Oswaldo Spengler, como animadora y protagonista de la cultura antigua que escogió como tipo ideal de la extensión, el cuerpo singular, sensible y presente. El lastre de clasicismo en nuestro poeta es dominante, y por él, en su segunda y postrera etapa, será un parnasiano plástico que contiene y detiene la ebullición de su sangre en cántaros cerrados y cincelados.

¿Qué herencia ha dejado su poesía? El clasicismo y romanticismo clausuraron su ciclo en la centuria pasada, como formas históricas de la intuición literaria, y su caducidad obedece a un triple y sucesivo estado de alma, engendrado por la ciencia. La biología revela al hombre como organismo vivo, y de ella nacerá el naturalismo. La psicología lo bucea en la unidad sintética de su conciencia, y de ella arrancará el psicologismo y su creación más alta: el simbolismo. La misma psicología escruta el mundo inconsciente y subconsciente del alma y, como su expresión, brotará el suprarrealismo. La sociología estudia al hombre como guarismo del grupo humano, y un común denominador de justicia económica y reivindicadora provocará el nacimiento de una literatura social de entraña proletaria. Con todo, las formas históricas del clasicismo y romanticismo, no por agotadas, sacrificaron a los escritores clásicos y románticos, y uno de ellos fue Crespo Toral, en quien esas formas, ecuatorialmente, se perfeccionaron y clausuraron.

Y en esta parte de mi discurso, deseo traducir un peculiar punto de vista que me sugiere la poesía de Crespo Toral. Una suerte de identidad existía entre el poeta y prosador que coexistían en él, hasta el extremo de que su poesía era la versión misma de su prosa, ajustada naturalmente a las leyes rítmicas del lenguaje y castigada por el silicio de la métrica. Así su poesía vino cargada y sobrecargada de elementos lógicos y conceptuales y su numen sojuzgose a su pensamiento. Presumo que la intuición poética y, en general, toda intuición crea-

dora son representaciones insospechadas del inconsciente y subconsciente, y aunque en la forma externa de esa intuición, el pensamiento lógico intervenga, su aliento mismo es alógico y vital. Toda la rica sapiencia de que está repleta la poesía de Crespo Toral y el arabesco erudito que la rodea son tales que en ella asistimos a la formación de un raciocinio lúcido y ordenado, como el que preside su prosa. Esta afirmación contraviene al criterio corriente y moliente de un Crespo Toral principalmente poeta, y a la opinión de aquel otro insigne humanista azuayo, Honorato Vázquez, quien, a la inversa, afirmaba que su prosa era poesía pura.

Esta incidencia de mi discurso es el nudo central para sobreestimar la literatura en prosa del Maestro. Apagado por la muerte ese cráter en ignición que fué Juan Montalvo, y cuya presencia en las letras universales induce a confirmar el axioma del Génesis: "en el principio era el verbo", una selecta casta de prosadores ecuatorianos se esforzó por mantener la altura de la fabla montalvina. Entre todo-sellos, cuyos nombres omito, sólo uno es estrictamente y a su manera, sin ser montalvino o cervantesco, el sucesor. Este escritor de elección es Remigio Crespo Toral. Bastaría este juicio para terminar mi discurso, pero es preciso explorar su prosa, aunque para ello, tengamos que calzarnos la bota de siete leguas.

Cuando el lector ambula con ansia irreprimida a través del follaje de su prosa, siente y presente que la lengua castellana, aquélla que forjose en los yunques de Alfonso el Sabio, adquirió gravedad de agua tranquila en Fray Luis de Granada, se desbordó en el éxtasis y delirio de Teresa de Avila y alcanzó plenitud de altamar en Cervantes, esa lengua castellana pervive en Crespo Toral.

La impresión sensible que primero aparece al leer la prosa de Crespo Toral es la exhuberancia de su léxico. Bien sabemos que en América, el escritor, quizás más sutil y afinado que en España, ha medrado su vocabulario propiamente hispánico, para enriquecerlo con giros y vocablos autóctonos. Crespo Toral, sin menospreciar los americanismos bien habidos, resucita palabras y giros peninsulares en una forma pertinente y a la vez nueva. No trató jamás de imprimir a su prosa ese sabor arcaico que la vuelve rancia, como que los estados de alma contemporáneos necesitan una locución que no las venga como vestido estrecho a un cuerpo desmesurado.

El arte sumo de escribir un idioma lo poseía él, con la potencia psicológica de encontrar en la justedad del término,

la figura limpia del concepto. De aquí esa claridad suya, en la cual ninguna niebla se cernía, ni ningún sol se apagaba.

Su sentido de composición, de esa sintaxis superior que preside a la obra literaria, hizo la suya, orquesta y sinfónica. Mas, sobre todas sus virtudes de escritor, ninguna tan sobresaliente como su capacidad de expresión simbólica. Crespo Toral sabía que las cosas engendran conceptos y los conceptos engendran palabras, pero la realidad de las cosas en el orden estético es un continente infinito que sólo el signo y símbolo pueden resumir. Por esto recurría a la imagen, y ese prurito suyo de multiplicarla, deslumbraba y cegaba como las luces pirotécnicas. Sin embargo nunca fue frondoso, si este adjetivo ha de asignarse a la manía tropical y gárrula de centuplicar la expresión. Todo lo contrario, Crespo Toral fue el maestro de la síntesis, y verdaderamente conmueve advertir cómo su prosa extensísima que llena numerosos volúmenes, es prosa de contextura apretada, afilada en sentencias y proverbios que la asemejan al acero toledano, por duro, pulido y resplandeciente, forjado para hazañas de guerra que, en Crespo Toral, fueron hazañas de espíritu.

Esta maestría de la síntesis y la precisión idiomáticas nos sugiere una afinidad de Crespo Toral con Goethe, en quien el equilibrio mental lo hizo todo, no tan sólo en los medios de expresión, sino en el íntimo proceso de su pensamiento. Síntesis en lógica pura es la capacidad de conciliar los conceptos contrarios en un concepto único. También Crespo Toral, al vestir con sentencias y proverbios su lenguaje, operaba en su pensamiento extraordinarias síntesis mentales, coeficientes de su visión universal y universalista, de su ilustración literaria completa para su época, de un equilibrio ponderado de varias personalidades en una sola personalidad, porque además de escritor fue jurisconsulto, historiógrafo e internacionalista.

La prosa de Crespo Toral, monolítica y recia, en su bárbara grandeza de bloque, recuerda la arquitectura de un Escorial soberbio en la meseta castellana, en cuanto al ajuste de sus proporciones y a su distribución de volúmenes. Nada le falta, ni nada le excede, y en sus partes continuas no cabe un intersticio. Tiene algo además de cordillera nuestra por su tumultuosa variedad de elevación y abismo. ¿Y qué mejor loanza para ella que compararla al gesto de nuestra naturaleza bravía, en ese tercer día de la creación que es el paisaje americano? Con ella y por ella, Crespo Toral recorrió el espectro de todos los colores y motivos que pasaremos a enunciarlos.

La crítica literaria y, en sus fundamentos, estética, tuvo en Maestro la autoridad severa de un censor que administraba su juicio, sin llevar a sus manos la vara mosaica o la fusta castigadora, porque significaba la regencia de una alma que miraba y juzgaba los valores de una cultura.

La tribuna fue su teatro. Sus ensayos, en forma de oraciones que las pronunciaba patéticamente, versaron sobre varios y ricos temas. Bolívar reaparece en ellos, transfigurado en su grandeza homérica de semidiós vencedor y vencido; el Mariscal Sucre restaura su humanidad magnánima de guerrero impoluto; José Joaquín de Olmedo restituye el Niágara de su canto, y García Moreno —ni deificado a la manera sectaria del Padre Berthe, ni humanizado a la usanza clínica de Roberto Agramonte— cobra su estatura de estadista fundamental y pulquérrimo, cuya bravura se excusa en su limpieza diamantina y cuyo destino trágico se afila en su abolengo de domador de pueblos. Dante Alighieri, en los labios de Crespo Toral, resurge de ese foso de las edades —que es la Edad Media— para una alianza ecuménica entre el logos aristotélico de Santo Tomás de Aquino y el drama cristiano de salvación y perdición de las almas, y Virgilio esmalta su figura de pastor agreste y progenitor de la epopeya latina.

Crespo Toral supo también insinuar el camino de la literatura vernácula, a despecho de las importaciones que la descastan. Su teoría era simple: la inspiración en la naturaleza y el retorno a lo que somos, mas nunca su nativismo pretendía abjurar de nuestro hispanismo cultural, ni menos del soplo de las lenguas y letras clásicas.

Sorprende, en verdad, la riqueza de su conocimiento histórico, universal, americano y ecuatoriano. Fiel en el dato, agudo en la exégesis del hecho, vertía constantemente en sarcasmo su dictamen y ocurría a una ley de contraste para pintar sus claroscuros.

Resta una última faz entre todas sus facetas: la del internacionalista intuitivo, ajeno a los sistemas científicos, mas no por ello menos docto y penetrante. Las morfologías históricas de panamericanismo e iberoamericanismo adquieren en su pensamiento una categoría de altorrelieve. Para Crespo Toral, toda doctrina internacional encuentra su crisis de perfección en Bolívar, el del ensueño de Jamaica, de la antevíspera inmortal de la batalla de Ayacucho y de la Asamblea de Panamá. La asociación de los Estados americanos, suerte de Antifictionía moderna, es la forma de regular su vida, ajustándola al ritmo del derecho. Esa premonición bolivariana sigue sien-

do la inquietud magna de todos los pueblos de la tierra, no obstante la Liga ginebrina y las tentativas de fortalecerla. Por lo mismo, reivindicarla para nuestra estirpe constituye su empresa en un mundo internacional de presagios y asechanzas, de transgresiones y conquistas.

Su juicio sobre el panamericanismo era certero y hondo. A la bondad de la estructura marchaba aliada la sombra paternal de un Estado ultrapotente, el de la mutilación de México, la Enmienda Platt de Cuba y la secesión de Panamá; el de los primitivos desgarramientos territoriales y el de la conquista silenciosa de mercados; el del préstamo usurario y el de las concesiones casi gratuitas de nuestra riqueza total, a trueque de nuestra dorada miseria.

Naturalmente que tales juicios han encontrado un eclipse ante la presencia de ese genio alado y amable que se llama Roosevelt y su política de buena vecindad. Cuando Crespo Toral impugnaba el panamericanismo, para exaltar la unión de nuestros Estados desunidos, dentro de la fórmula iberoamericana, decurría el año de 1929, y las heridas infligidas por los defensores profesionales del derecho de intervención, en la Conferencia de la Habana, todavía no restañaban, y todo ese vasto e incalculable proceso de afirmación de nuestros Estados desunidos en paridad de derechos con los Estados Unidos—Conferencias de Montevideo, Buenos Aires, Lima y Panamá—no se lo presentía siquiera, ni menos se barruntaba que los fascismos cavernícolas irrumpiesen en nuestra confiada y complaciente América y provocasen el nacimiento de un patriotismo continental para impedir su marcha cesárea en la carne palpitante de nuestras instituciones democráticas.

Nos queda finalmente conocer al Maestro como defensor de nuestros derechos territoriales. En pocos temas o quizás en ninguno, aparece tan íntegro de emoción sensible, de erudición prolija y de vigor conceptual como en éste. Al margen del clima oficial de nuestra Cancillería, a la que tampoco rehusó prestarle sus consejos sapientes, cuando ésta los solicitaba, Crespo Toral levanta su tienda de campaña con la bandera flameante y el corazón ardido. Su indignación ecuatoriana ante la imagen de un Ecuador sin geografía física delimitada, es el clamor filial que desea rescatar para su nacionalidad matriz, comunidad de historia, raza, lengua y espíritu, el patrimonio de tierra que la codicia del vecino insaciable lo usurpa y lo depreda, válido y prevalido de su instinto de fuerza contra la fuerza inmaterial de nuestro derecho. En casa adentro, a nadie imputa errores o flaquezas, y si los ha habi-

do y reiterados por culpa de una Cancillería inconsistente, sin tradición ni unidad de pensamiento diplomático, a quienes la han dirigido los indulta cristianamente, en nombre de ese mismo Ecuador desgarrado que demanda justicia plena y habrá de obtenerla, porque, como lo dijo un Presidente patriótico, "toda justicia tiene su victoria". Para exculpar a nuestros directores de la política internacional, piadosamente les atribuye no un pecado mortal, sino una virtud evangélica: su ingenuidad de caballeros manchegos que hidalgamente lo confiaron todo en el honor de la palabra tomada y de la fe comprometida, en el espejismo de la amistad entre naciones, cuando precisamente, y citando un pensamiento suyo: "Don Quijote, tan muerto en las relaciones privadas, no parece asomar en el campo internacional, desierto de conveniencias y deslealtades, casa de rastro de negocios traidores y bolsa de contrataciones sin misericordia".

Para terminar, debo decir que la obra de Crespo Toral reclama un estudio crítico más vasto y penetrante. Apenas he podido detenerme en sus esencias, buscando en ellas la intuición creadora del hombre que vivió su vida como un artífice, ya que la vida es también una de las bellas artes; que escribió con su propia sangre —como lo quería el filósofo iluminado— que dijo su palabra en postura bíblica de profeta, y se entregó a la muerte, como esos ríos de la montaña que se arremansan para copiar —en su espejo de eternidad— la dimensión del cielo.

El mismo lo dijo, al recordar la agonía del centauro proscribo de Santa Marta, que la vida era el aprendizaje de la muerte, y en verdad, no se le entiende a aquélla, sino cuando ésta a sobrevenido, ya que la una y la otra son indisolubles en el fluir de un tiempo sin edad.

Con motivo de su muerte, afluyen en caudal millonario, las ideas suyas y su literatura se ensancha para perpetuarse y conocerse, ya que en vida, el rencor que nadie le guardara —porque era limpio y manso de corazón— pudo suplirse con la indiferencia que es la peor de las inquinas o la ignorancia que es la peor de las cegueras. De esta manera, su muerte, además de libertadora, lo reivindica para todos, y quedan sus libros en nuestras manos, como vestigios de su sueño.

Por todo lo dicho, la Universidad Central de Quito le rinde este homenaje póstumo y, al inclinarse ante sus despojos augustos, le incorpora espiritualmente a su necrópolis de inmortales.

G O N Z A L O E S C U D E R O

MI AMOR AL CAMPO

Para Vicente Moreno Mora

Soy el primer labriego del fundo que cultivo.
Madrugo con el alba estrangulando al sueño.
No soy el patrón hosco del feudo primitivo:
con el ejemplo mando y con la acción enseño.

El tierno sol que besa las vírgenes alturas
me ve todos los días -visión que siempre asoma-
ahuyentando al galope la calma en las llanuras,
o -aparición centáurea- subida en un loma.

Primavera de mayo... Luz que es júbilo y fiesta...
La Natura se viste sus policromas galas...
Placer de mis sentidos, la sonora floresta
en cada rama alberga una flauta con alas...

Senderos que serpean por pampas y laderas,
llevando a alguna parte la ocupación agraria:
del sembrío a los prados y del monte a las eras;
por ellos va y retorna mi erranza solitaria.

Barbechos cenicientos, tierras de labrantío,
surcados por la fuerza paciente de las yuntas:
con la carne mordida por los dientes del frío,
mi vida y la del indio allí padecen juntas.

Mares que agita el viento, mares áureos de trigo,
donde brilla la luna naciente de las hoces:
entre los segadores está mi afán amigo,
y mi voz, en el canto, se mezcla con sus voces.

Tristeza de los campos a la hora vespertina...
Tristeza que parece que medita y que llora...
Mi corazón sufre esa tristeza campesina
por todo lo que sabe, por todo lo que ignora...

Río de aguas parlantes que imitas a la vida
y vas de tumbo en tumbo a un fin por ti ignorado:
mientras tú corres loco, en tu playa florida
se remansa mi anhelo múltiple y obstinado.

Monte enhiesto que te alzas pensativo y sereno
con tu carga de nieve que te levanta más:
en tu actitud comprendo lo que es ser grande y bueno,
y una enseñanza encuentro en tu perenne paz.

Árbol, el de los brazos tendidos en oferta
del frescor de su sombra y el primor de sus flores;
árbol de cuyo cuerpo fabricamos la puerta
que ha de guardar, celosa, nuestros caros amores.

Yo elevo el mejor canto con pronunciar tu nombre,
árbol que te haces fruto después de ser perfume.
Para ti reflorece la gratitud del hombre,
y en tí, mi amor al campo, se concentra y resume!

GUILLERMO BUSTAMANTE

PSICOPATOLOGIA EN EL ARTE

TRES ASPECTOS DE LA PINTURA ESPAÑOLA

- 1º La obsesión del Greco
- 2º La manía de Velázquez
- 3º La vesania de Goya

El mundo exterior es sólo imagen o representación, ilusión de los sentidos, dicen los filósofos. Los objetos no tienen colores por sí propios, dirán los físicos. La luz que se quiebra o refracta sobre un prisma descompone la gama del arco-iris. Los países flamencos que viven bajo la brouillard confieren una pátina de niebla a sus figuras. Brujas la muerta es un digno marco para las pinturas bituminosas y óleos difuntos, a tono con las poesías de Rodembach.

Grecia debe su abolengo artístico a la luminosidad del archipiélago. Lo mismo que la península del Mediterráneo. Siena, una región itálica, añadió un nuevo color a la paleta, proporcionado por el ocre rojizo de su tierra. Por eso fueron posibles el Ticiano, el Veronés y el Tintoretto. Este último predestinado por su nombre a la pintura.

En tierras de Flandes, Rembrandt se evadió de los colores, con conocerlos bien, recurriendo al claro oscuro. Puso su pupila de nictálope al servicio del contraste entre luz y sombras. Fue, en cierto modo, un precursor del Cine.

En España, hasta Carlos V, predominaban los colores fundamentales. Rojo, azul y amarillo. Los mismos que percibe inicialmente el niño. Bajo el sombrío reinado de Felipe II, predominó el tono negro, como digno matiz del Escorial. Con Carlos V, asumió el gris plata un nuevo rol. Se puso de moda el estilo plateresco, como un arte ornamental y suntuario.

España se ufana o se ufanaba de contar en el Museo del Prado, con una de las mejores galerías de Europa. Pero no con la mejor. La producción pictórica se halla repartida en museos y pinacotecas de todo el orbe. Velázquez, Murillo, Go-

ya y el Greco, este último un extranjero, son valores universales. Pero España, no obstante su fiesta de color, el coso taurino, no puede olvidar su herencia árabe. Es de una sensualidad triste y moruna. Sensualidad en orden a la percepción de los sentidos y no como símil de voluptuosidad. Es la tierra del cante hondo y la saeta de semana santa. Especie de ulular del kabileño convertido en salmodia lírica. Por eso el desnudo parecía gravitar bajo el tabú coránico, y apenas Velázquez y Goya nos brindan la Venus del espejo y una maja desvestida. Antes que ellos, Ribera y Zurbarán, eran pintores tétricos, con sus cristos de pesadilla. Como era sombrío el Greco y macabro Goya, el de los Caprichos. No hay que olvidar que es la tierra de la parda meseta castellana. Y esa región confirió su matiz a la personalidad ibera. El caballero de la Triste Figura, magro y estevado, no es una ficción. Realmente existe en carne y hueso, en cualquiera de sus hidalgos redivivos, como todavía impera Sancho, traficante del sentido común y basto hasta lo grotesco, por trastornos endocrinos antes que por el volumen de su tripa.

Fueron Carlos V y el Duque de Osuna, quienes inundaron España de colecciones flamantes y pinturas venecianas. Estos aportes enriquecieron la paleta de los pintores españoles y así fueron posibles Murillo, Velázquez y el mismo Goya. Los venecianos, a su vez, se habían emborrachado con las puestas de sol sobre el Adriático y en sus correrías por las costas de Levante.

Largos siglos estuvo la pintura española confinada al ascetismo. Así como su teatro nació en los porches de las catedrales y fueron sus autos sacramentales las primeras piezas de este género, así la mística proporcionó motivos para los pintores e imágenes para los retablos. La historia sagrada, rica en sugerencias artísticas, inspiró a sus pintores y escultores. Una virgen de Murillo, no desmerece al lado de las de Rafael, pero en la expresión dolorosa de los cristos, en el rictus de agonía de los mismos, nadie ha podido superar a los maestros españoles. Esta afición a la mística halla su raigambre en la Biblia y comienza a ser manifestación de arte a partir del siglo XI, impregnada de influencias mozárabe y bizantina, como la que se encuentra en las iluminaciones de la Biblia Hispanense de Sevilla, en el Codex Emilianensis del Escorial, y, por fin, en innumerables capillas e iglesias españolas.

Naturalmente que las pinturas rupestres de la época troglodita, como las excavaciones en la cueva de Altamira, también revelan un arte primigenio, si bien no relacionado con la

mística, que aguzada sabemos constituye una manifestación morbosa, una fobia como cualquiera otra, en la cual hay desde las alucinaciones hasta la auto-acusación. En ese arte rupestre sólo se encuentran muestras relacionadas con la patología, como reproducciones murales de ciervos heridos por el cazador.

Rivera, Pantoja y el Greco, este último más español que muchos otros, a pesar de su apellido, sobresalían como retratistas de la raza. Se las valían para reflejar los españoles de la época de la Inquisición. Esos personajes sombríos, enlutados y graves, con aires de ejecutores del Santo Oficio, llamáranse Don Lope, Don Pío o Don Gil, sólo podían ser interpretados por sus compatriotas. Como hubo un pintor del siglo XVII, Valdez Leal, quien se complacía en copiar cadáveres en descomposición y en evocar el olor de la carroña, para demostrar la inanidad de las pompas humanas y confirmar el versículo del Eclesiastés. Todo vanidad y aflicción de espíritu.

En el terreno artístico España no ha podido ser superada por otros países en dos cosas: en la mística y en la literatura picaresca. Juan de Juanes corresponde a San Juan de la Cruz. Pero no siempre el místico es contemplativo o estático, sino también militante y dinámico. Ejemplos: Loyola y Santa Teresa. No obstante lo cual, la Iglesia de su tiempo consideraba a Teresa, como "la fémina inquieta y andariega".

Calixto y Melibea, o mejor dicho La Celestina, obra de un judío converso, apareció en una época en que funcionaba el Tribunal de la Inquisición, lo cual no impedía que la protagonista ejerciera sus dudosas artes, dentro de sus siete oficios, entre ellos el de "zurcidora de vírgenes". Y el mismo drama de Tirso de Molina: "Condenado por Desconfiado", pinta un personaje que pudo ser un santo y fue sólo un bandolero. No es de extrañar que digamos pinte refiriéndonos a un escritor, pero hay que convenir en que las bellas artes tienen sus correspondencias. En la lírica parnasiana, especialmente, el poeta es un pintor mitológico o de la naturaleza. Heredia, el cubano que escribía en francés, pinta en sus Trofeos maravillosos cuadros, al extremo de parecer que estuviéramos con los conquistadores, en ruta hacia las Indias, viendo surgir nuevas constelaciones bajo el Trópico.

Con Goya se acabó la tradición de la gran pintura española. Queremos decir la de los genios a estilo Velázquez y Murillo, pues Morales no obstante ser calificado de divino, no puede parangonarse con los otros. En poesía, también,

Herrera fue calificado de divino y era inferior a Fray Luis de León y a Garcilaso de la Vega.

El español de entonces tenía la idea de la condenación eterna y no pensaba en otra cosa que en exterminar herejes y conseguir conversos. La pintura tenía, pues, que representar fielmente esa obsesión. El moro era la figura del réprobo viviente y fueron muchos los lienzos en que aparece el apóstol Santiago, en escenas de caballería blandiendo su flamígero sable contra los infieles.

Innumerables son los cuadros que reproducen escenas de crueldad junto al misticismo e inspiradas en las hagiografías y en las vidas de los mártires. Martín Alonso que figura entre los primitivos españoles, refleja el Martirio de San Medin. Sólo que el santo aparece con facciones de acromegálico y con tipo polinesio, como una figura de Gaugin. Jaime Huget pinta el martirio de los Santos Abdón y Senén. Gallegos reproduce en una amputación de urgencia, el milagro de los Santos Cosme y Damían. Aquí un paréntesis; en nuestro Palacio Episcopal hay una mala copia oleográfica de aquel milagro. El español Berrugate fija en un lienzo la Flagelación de Cristo. Juan de Juanes, la Lapidación de San Esteban. Ribera, el Martirio de San Bartolomé. Ruelas, el de San Andrés. Carreño, el de San Sebastián. Murillo a Santa Isabel de Hungría, curando a los tiñosos. Valdez Leal, sus Alegorías de la Muerte. Finalmente podemos evocar tres cuadros que tienen que hacer con la medicina y, muy especialmente, con la oftalmología. Nos referimos al Músico Ciego de Herrera, a la Curación de Tobías, debido al pincel de Carreño y a la Princesa de Eboli, tuerta de un ojo, el derecho, que aparece cubierto con una venda negra.

Toda creación artística supone una ruptura del equilibrio entre el mundo físico y el psíquico. Entre el consciente e inconsciente. Ya Freud ha asimilado la creación literaria a la realización del sueño artístico, y equiparado el poeta con el soñador Vigil. Generalizando la genial concepción del psicólogo vienés podemos analogar la creación artística al fruto de la ensoñación vigil. El esteta lleva al plano de la realidad el producto de su sueño artístico. Si el creador es un hombre mediocre, un individuo vulgar, su obra podrá ser perfecta desde el punto de vista de la técnica, pero él resultará un artesano antes que un artista. Tal será la obra de un retórico frente a un literato genial. Tal será el producto de un alfarero frente a un ceramista original.

Difícil es establecer un deslinde entre lo normal y pato-

lógico en fisiología, y más arduo aun delimitar esa frontera en materia de arte. El surrealismo en pintura ha sido considerado como la liberación del inconsciente. Como sublimación de la libido del pintor. El cubismo que rompe la geometría euclidiana no es un capricho arbitrario del artista. Tiene su estética y sus exégetas contemporáneos. Como tiene su estética el mundo de la fealdad. Esta, además, varía según las épocas y las latitudes de los pueblos. En italiano hay un aforismo que pinta a maravilla este criterio: "nom e bello que el que bello, ma e bello quel que piace." Se objetará a esto último la definición que dió Leonardo de Vinci, de la pintura; cuando dijo que era: "la poesía de las formas". Pero estas últimas, dentro de la relatividad existencial, ofrecen diversos aspectos sugestivos. Si no fuera así, Baudelaire no hubiera cantado a su malabaresa, una mulata de ébano. Y Nollendorf no hubiera plasmado su Venus Negra, grata al hotentote. Por otra parte, la poesía negra, tan en boga hoy día, de raigambre africana, con el eco del candombe y en tan-tan, no apasionaría a los críticos actuales. Si bien el arte negro, por primitivo e ingenuo, entra en el automatismo de las formas y tiene líneas tangenciales con los dibujos de los niños y con las producciones de los esquizofrénicos.

Ateniéndonos a la cultura occidental, el ideal femenino ha variado en apreciación estética. Sakia, la mujer de Rembrandt, que sirviera de modelo nudista a su marido, era una rolliza flamenca más cerca del ideal gótico que del latino. Grecia dió por milenios tipos estéticos a la humanidad, hasta llegar al Renacimiento en que se corrige el ideal antiguo. Los pintores del cuatrocientos idealizaban ya la figura femenina, a tal extremo, que comenzaron a deshumanizar el arte. Así los pre-rafaelitas pintaban figuras extra-humanas en un ideal de afinamiento sensitivo. Tales fueron las figuras de Boticelli, Ghirlandajo, Giotto y Fray Angélico. Comparables sólo a las figuras de los primitivos rusos, bárbaros e ingenuos. Pintura heterodoxa con sus popes barbados y sus madonas de apariencia eslava.

En la época del barroco y de la gracia pomposa de la crinolina, fueron las figuras carnosas y los ángeles regordetes los que predominaban. La escultura no escapó a esa influencia. Munich, bajo el reinado de Luis de Baviera, llenó sus jardines y pinacotecas con cupidillos adiposos y venus opulentas.

A principios de este siglo el modernismo trató de estilizar las figuras en un adelgazamiento inverosímil, hasta hacerlas aparecer tuberculosas. Era el tipo leptosomático como fru-

to de una dieta de hambre o disfunción hipofisiaria. Y que en época de Doménico Theotocopuli fuera ya el asombro de los críticos, hasta el punto de atribuirle al Greco una aberración visual que explicara los efectos de su técnica.

Decía Camile Mauclair que nuestro siglo sufre de una crisis de fealdad en sus manifestaciones de arte. Y Spengler, por su parte, afirma que se ha cerrado el ciclo en las grandes producciones del ingenio humano. Que ya no hay pintores como los de la edad pre-contemporánea, ni siquiera músicos como los del pasado siglo. Generalizando este concepto podría creerse que todos los impresionistas juntos no valen lo que un Goya o Velázquez, así como todos los compositores reunidos no significan nada al lado de un Bethoven o Mozart. Y que con Wagner expiró el genio musical en Alemania y con Delacroix, Poussin y Wateau la tradición pictórica francesa. Y que el mismo Pubis de Chabanes que quiso revivir al fresco la pintura mural en las iglesias, al decorar Santa Genoveba de París, convertida en Panteón de hombres ilustres, sólo consiguió un efecto de acuarelas con sus óleos de tonalidades claras.

Conviene repetir la frase: nuestro siglo sufre de una crisis de fealdad artística. Pero surgen críticos que aseguran que la fealdad tiene también su estética. Entonces resultan discutibles los postulados de Kant, quien sentaba tres afirmaciones respecto a la belleza, y, entre otras, la que despierte un sentimiento estético en la generalidad. Como también resulta discutible la afirmación de Benedecto Croce, de que lo artístico es lo bello, y, con mayor motivo la definición de Bujarin, uno de los corifeos del materialismo, quien sentaba que lo bello es lo útil. A ese paso una maquinilla de afeitar resultará más bella que la Venus de Milo, dolorosamente inútil.

Decíamos enantes que la fealdad tiene su estética a condición de que sea artísticamente realizada. En efecto, una noche de Walpurgis, o un sabático aquelarre del medio evo, con su cohorte de trasgos, brujas y vestidos resulta poetizada por un Goethe. Por ese mismo Goethe, naturalista y filósofo, quien decía que "el alma no verá la belleza si primero no es bella a su vez, y que el órgano de la visión debe tornarse análogo al objeto que ha de contemplar." Pero aquí entra en juego la perspectiva del artista. Este ve lo que los otros humanos no contemplan o no saben ver. Es decir el concepto relativo aplicado a la belleza, o la representación original que el artista se forja de las cosas. Así no es de extrañar el pensamiento del Conde de Lautremont, quien refiriéndose a algo que había

suscitado su admiración, escribía: "era bello como el encuentro fortuito sobre una mesa de disección de una máquina de coser y de un paraguas recién abierto." He aquí un apunte sugestivo para una naturaleza muerta.

El arte es intuición, atisbo original, creación en suma. Es la huella del espíritu sobre la materia, como dijo Hegel, el creador de la Dialéctica. Se puede ser un pintor de genio fuera de la Academia, como nuestro Montalvo era un consumado literato, extraño a esa Corporación. Pero no se podrá ser un pintor maestro desconociendo la anatomía de las formas. Esa anatomía artística a la que Leonardo de Vinci, legara impecables modelados. Los modernos, a partir de los impresionistas, quisieron prescindir del dibujo y reducirlo todo a vibración cromática y a desplazamientos de masas de colores. Pero esos artistas conocían muy bien el contorno de sus figuras y aparentaban ignorarlo, siendo así que lo sabían de sobra. El mismo Lenin, con ser un revolucionario, consignó una ocasión: "somos excesivamente negativos respecto a la pintura. Hay que conservar lo bello, tomarlo como modelo, partir de ello, aunque sea viejo." Se objetará a esto que más sabía Lenin de **Proletkult** o **Lumpenkultur**, como dicen los alemanes, que de cosas de arte. Pero tal era el pensamiento de Plejanov y Lunatschitzky, dirigentes intelectuales rusos. ¿Dónde está, pues, la ruptura con la tradición artística? La ruptura existe en los fanáticos o faltos de equilibrio. La medida consiste en la armonía de las proporciones, mientras la anarquía presupone todo lo contrario. La carencia absoluta de frenos. En los extremos de la escala estética están Velázquez y Picasso. Un Salvador Dalí escapa a toda crítica sensata. Como también escapa las postreras fases de van Gogh y Gauguin, porque sus últimas muestras pertenecen a la esquizofrenia artística.

EL GRECO

Aparece como un artista sombrío en un mundo más sombrío todavía. Discípulo de Ticiano, en Venecia, y pintor consumado a su llegada a la Península, el candiota fue largo tiempo incomprendido. El mismo Felipe II rechazó algunas obras suyas y eligió a italianos de segundo orden para decorar el Escorial. No obstante su condición exótica, el Greco fue

el más español de los pintores. El que mejor supo interpretar la raza. El hecho mismo de haber escogido Toledo para morir, o sea la más rancia ciudad de Castilla, elogiada por Barrés y exhumada por Rodríguez Larreta, estaba demostrando su acendrado casticismo. Y, por fin, su imaginería religiosa, como su San Francisco, San Antonio, el Cristo con la Cruz a Cuestas, el Juicio Final, la Anunciación, Espolio, Martirio de San Mauricio, Jesucristo Descansando en Brazos del Padre Eterno, San Pablo, la Verónica y otros cuadros por el estilo. En obras suyas como en *El Entierro del Conde Orgaz*, hay una impresión religiosa o de ascetismo. En el *Entierro del Conde* se dice que está toda la espiritualidad plástica que utilizó después Velázquez para sus figuras. Pero pronto comenzaron a darse cuenta sus contemporáneos que, no obstante lo acabado del dibujo, sus siluetas se resentían en sus dimensiones. Resultaban muy altas o muy planas sus figuras. Especialmente las manos de sus caballeros parecían demasiado largas. Sus imágenes religiosas fueron más de una vez rechazadas por las congregaciones, pues sus dirigentes opinaban que esos santos despertaban poca devoción. Hasta llegó a tener diferencias con la Inquisición, que sentaba reglas canónicas respecto a la magnitud de las alas de los ángeles.

Todas estas objeciones ópticas fueron causa de que le acusaran de sufrir de astigmatismo, y tal fue la creencia de los críticos del siglo XIX, hasta que en el congreso de Oculística de 1926, reunido en Salamanca, el Dr. Márquez desbarató científicamente esa presunción. En efecto, hay figuras de la misma época en que los rasgos anatómicos aparecen correctísimos, como en su San Lorenzo, cuya cara es un perfecto óvalo anatómico. Con razón otros de sus conterráneos —quienes fueron juzgados mezquinamente entonces— opinaban que el Greco deformaba voluntariamente su técnica para que no lo creyeran un servil discípulo del Ticiano. Este criterio coincide con el moderno del crítico Cossío, quien afirma que "se trataba de un pintor independiente hasta el salvajismo y que pintaba como todos los de su tiempo, más para él mismo que para los demás." La escuela de Greco podía ser considerada como románica-bizantina, sin que excluyera el colorido de los venecianos. No obstante esto, prefería usar del blanco y negro hasta saturar de hollín sus cuadros. Hasta convertir sus lienzos en carbonería, según decían sus malquerientes "como fruto del delirio senil de sus últimos días."

Los personajes del Greco son individuos taciturnos o seres deshumanizados casi. La mayor parte de ellos, como los del

Entierro del Conde Orgaz, exhiben rostros de mártires o ponen los ojos en blanco, como si contemplaran seráficas visiones. El mismo Caballero de la Mano al Pecho, que es una de sus más perfectas realizaciones, tiene aire de comendador o asceta. Podría ser el retrato del fundador de alguna orden militante y monástica. De Don Íñigo López de Recalde, por ejemplo. Ninguno de sus personajes respira ese aire saludable de paisano de kermesse flamenca que tenían los sujetos de Teniers o Rubens.

Como el Greco sólo pintaba figuras religiosas a seres melancólicos y los recursos de la mitología eran refocilamiento de paganos, su libido no encontraba cauces para derivarse en obra artística. Tenía, pues, que realizar una auto-fijación, desarrollada sobre el phatos místico. Esta super-valoración del yo le llevó a fijar su propia efigie en el acompañamiento del Conde de Orgaz y en el Martirio de San Mauricio. En este sentido fue menos modesto que otros pintores que legaban a la posteridad sus nombres, disimulándolos bajo una capa de barniz o inscribiéndolos en el dorso de sus cuadros.

Pero fue más honesto que otros profesionales del retrato. Que Rembrandt o van Dick. Que este último, especialmente, quien se retrató más de cuarenta veces, apareciendo no pocas de ellas en posturas lánguidas, con ropillas de terciopelo y encajes en las mangas.

Se ha estudiado esta cuestión bajo el aspecto narcisista, pero para nosotros reviste otra preocupación. Es un desafío al nopsé te ipsum de Sócrates, en sentido integral, Físico y metafísico. El hombre en lucha consigo mismo, desconocido de sus contemporáneos, quiere vengarse de ellos legando su multiplicada imagen, mientras que de los otros no quedarán siquiera rastros. ¿Y qué tragedia anímica la de querer fijar en unos cuantos trazos la figura del pintor, el auto retrato psicológico que obre como documento humano y que hable a las generaciones posteriores, sobre la personalidad verdadera del artista!

VELAZQUEZ

No nos vamos a ocupar del pintor consumado que fue Velázquez, maestro de la técnica y el colorido, que apenas halla par entre sus pares, ni del artista genial que ha dejado lienzos admirables como el Cuadro de Las Lanzas, en la Rendición de Breda, o el de las Meninas, o el de las Hilanderas.

Aquí nos vamos sólo a referir a su manía pictórica, porque era en él una manía, la de reproducir engendros originalmente anti-estéticos, pero que el pintor les confería belleza con sus pinceladas de arte.

Extraña manía la de Velázquez, que apenas si se explica en las postrimerías del siglo de oro de las letras y que hace par a la literatura picaresca de la época. Como si el pintor no hubiera tenido sobrados motivos de arte en el mundo fastuoso en que vivía.

Waldo Frank, en algunos de sus libros, se cree obligado a recoger el reproche que se hizo a España, de albergar demasiados pícaros en su literatura, como si los bribones no medraran en todos los países. Igual reproche se le podría hacer al pintor sevillano por trasladar a sus lienzos tantos tipos patológicos, tarados por los vicios o la herencia. Parece que hubieran sobrado en la Corte los bufones y cretinos, para que Velázquez se decidiera a inmortalizarlos al lado de los personajes de su época.

En el maravilloso cuadro *Las Meninas*, rompen la armonía del conjunto, al lado de las figuras aristocráticas de las Infantas, dos tipos de barracas: la enana María Bárbola, mujer en fase menopáusica y de igual talla que las infantinas, y el liliputiense Nicolasito Pertusato. Ambos aparecen regiamente ataviados, pero desentonan el rostro acondroplásico de la Bárbola y el raquitismo del pigmeo.

Su niño de Vallecas es el tipo del adenoidano, criatura extrumosa que respira con la boca abierta y que exhibe de adehala una escotadura de silla de montar en la nariz, como un estigma de sífilis hereditaria.

Su Bobo de Coria, estudiado desde el punto de vista biológico por el Padre Feijóo, es el tipo del insuficiente tiroideo, con déficit endocrino y cuya mentalidad desciende hasta el cretinismo.

El Calabazas, es otro tipo abyecto, lo mismo que el Soplillos, un pequeño hidrocefálico, y, por tanto, un heredero luético.

Pablillos de Valladolid, Bautista el del Ajedrez y Cárdenas el Toreador, son tres personas distintas y una sola verdadera en cuanto a muestras de degeneración humana.

Luis de Aedo, conocido con el mote de "El Primo", más que monstruo era una sabandija, al decir de sus contemporáneos.

Al enano de Morra, lo retrata vestido de Bufón, Bufón dos veces. A don Antoñín el Inglés, le confiere cierto aire de

gentleman británico, merced al lujoso atavío de su traje. Al Príncipe de Parma, niño, lo retrata junto a un enano, como

Su retrato de un truhán de la Corte de Felipe IV, es el de

Su retrato de un truhan de la Corte de Felipe IV, es el de un bebedor crapuloso hasta la imbecilidad. Resulta la dignificación del rufián a manos de Velázquez.

Ni los personajes mitológicos escapan a su irreverente burla. Gusta de pintar a Polifemo, que es el arquitecto de la fealdad en Grecia. Cuando retrata a Esopo, parece que hubiera querido presentar a un vagabundo, cubierto de andrajos y de mugre. Su Marte no es la encarnación del clásico guerrero, sino la de un jayán sentado, semi-desnudo, con unos bigotes a lo Vercingetórix y tocado con un casco como los que pintaba Rembrandt. Su famoso cuadro Los Borrachos, en que el observador vulgar sólo ve tipos plebeyos, magistralmente reflejados, constituye para Ortega y Gasset la derrota de Baco a manos del pintor. Pues el festivo andaluz lo exhibe como un sileno democrático, escanciando con soldados y con tipos palurdos de la calle.

Parece que el pintor que vivió en belleza, hubiera querido por ley de los contrastes psicológicos, reproducir ejemplares de degeneración humana. No los pintaba para inspirar horror o lástima, sino para hacer resaltar la elegancia de las figuras de la Corte. Más que perversión estética la suya, era la manía del coleccionista que gusta de hallar ejemplares raros. Como el deseo del clínico que, al lado de la presentación de specimens normales trata de encontrar algunos patológicos y hasta teratológicos, a los que calificará de bellos casos.

Esa manía de Velázquez en reproducir tipos tarados, se convirtió después en Goya en obsesión o fobia. En una especie de vesania aguda. Nos referimos al Goya de la segunda época, al de los caprichos o aguas fuertes. Si Velázquez halla su explicación en la literatura picaresca española, no la podemos encontrar en Goya, porque todavía no habían aparecido los genios de la pesadilla, como Poe, Baudelaire o Hoffmann. Nunca encontró arraigo en la Península esa literatura exótica, propia de una civilización envenenada. Hubiera sido preciso salir de las fronteras de Europa y llegar a un país euro-asiático como Rusia, y de mentalidad antípoda, para encontrar en Dostoiewsky, el del Idiota y la Casa de los Espectros, un equivalente de ese otro tarado genial que fuera Goya.

GOYA

Este pintor es el antípoda del Greco. Parecen haber vivido en dos mundos distintos. En dos climas diferentes. Mientras el uno adolecía de phatos religiosos, el otro estaba acosado por algún demiurgo interno, por ese Deus inverso que decía Madame Blawatsky. Por algún maligno íncubo, que a partir de su edad madura hubiera tomado posesión de su persona. Posesión en el sentido teológico de la palabra. Porque hay que advertir que existen dos Goyas en la pintura española, como existen dos Góngoras en su literatura. El uno es el que se atiene a los cánones del arte y a las reglas de su oficio, el otro el que prescinde de esas pragmáticas y exprime su espíritu en cosas fantásticas y absurdas.

Si el Greco era un personaje apolíneo, Goya era un dionisiaco. Si el primero gravitaba en el mundo del ensueño artístico, el otro vivía bajo el imperio de la pesadilla. Mientras el uno realizaba la entelequia pura, el otro resultaba el dinamis sin freno. Si el primero fulgía como una lámpara votiva en el tabernáculo, el otro crepitaba como una tea revolucionaria.

En lo temperamental, el Greco era un esquizotímico. Goya, un ciclotímico. En lo físico, el primero aparecía como un tipo estático y contemplativo, no ajeno a las disciplinas místicas, mientras el otro era un torbellino vital con el aspecto exuberante de buen bebedor de vino. Al uno podía concebirse llevando el palio en una procesión de semana santa, al otro danzando una jota aragonesa, como buen baturro que era.

No nos vamos a ocupar del Goya cortesano, del que retratará a los monarcas de su tiempo, lo mismo que al Duque de Wellington; ni siquiera del artista consumado que dejara ese milagro cromático de tapicería: La Gallina Ciega, que hubieran firmado Watteau y Fragonard. Nos vamos sólo a referir al Goya de los Caprichos y los Disparates.

El genio comenzó a manifestarse en Goya, en forma irregular, después de una enfermedad que lo dejó sordo, al igual que Bethoven el de la Novena Sinfonía. El fosforescente espiroqueta tiene la propiedad de hacer genios o imbéciles. Tal fue el caso de Nietzche en quien también había dos individuos como en Goya; el del Origen de la Tragedia y el de Ecco Homo.

A Goya se le podría aplicar la frase de Stephan Zweig a Nietzsche: "era un hombre que vivía en lucha terrible con el demonio". Su imaginación tenía que ser alucinante y calenturienta como que era morbosa. Algunas de sus aguas fuertes recuerdan los grabados de la Edad Media, reproduciendo la Danza de los Muertos, o los convulsionarios del baile de San Vito. Tuvo otro precursor en Sebastián Brandt, el de la Nave de los Locos. Sólo Gustavo Doré en sus ilustraciones del Infierno, en la obra dantesca, o Gustavo Moreau, de imaginación exasperada, pintor de la hija de Herodías: "Salomé extinta, Salomé sucinta, Salomé distinta", pudieran parangonarse con él. Otro tanto que James Ensor, el pintor belga de la fealdad. Acaso el húngaro Brughel, entre sus contemporáneos, con sus Tullidos y su cuadro: Si el ciego guiara el Cielo... podían rivalizar con él. Acaso Gericault, con su Alienado, del Museo de Gante, evoca algo de la "Casa de Orates" del pintor aragonés.

Con razón dice la Condesa de Pardo Bazán: "al revés de Dante, Goya empieza su viaje por el Paraíso y acaba por el Infierno". En efecto, qué distinta la producción impecable, desde el punto de vista artístico, del primer Goya; del "discípulo de Velázquez, Rembrandt y la Naturaleza", como confesaba él mismo! Qué noble desenvoltura la de su Maja Desnuda, en contraste con cualesquiera de sus Caprichos, con el que intitula, por ejemplo, "Perdone...". Y era su madre, que respira un frío cinismo por doquier.

Hasta en ese prodigio de arte y de color que intitula El Pelele, hay un contraste dual entre lo sano y lo macabro. El observador desaprensivo mira y pasa, o sonrío ante esa muestra de humorismo del pintor. Pero es un humorismo glacial el suyo, pues no se trata de un simple polichenela mantenido por cuatro majas, sino de un muñeco grotesco, desarticulado y trágico, que exhibe un rostro siniestro de calavera. Una máscara que evoca la imagen de la muerte.

Su Hospital de Pestíferos es un cuadro alucinante. Su enana aragonés, un sujeto de exhibición de feria de fenómenos, un individuo acondroplásico para la endocrinología. Su estampa del Gigante revela a un sujeto con un tumor en la glándula pineal. Sus brujas rodeando al gran Baco, es una caricatura grotesca del sileno griego, en la que el Dios Pan aparece con quijadas de asno y con los cuernos en forma de lira órfica, mientras una ronda de aquelarre danza en torno suyo. El disparate intitulado Suma de la Mentira y la Inconstancia, es una mujer con un cuerpo y dos caras, un producto de teratología

humana, que acaso en la mente enfermiza del autor reproducía una grotesca Jano. Junto a una proxeneta pinta un galápago y una bruja. ¿Por qué el galápago? En la *Decrepitud* y la *Vejez*, presenta a dos dueñas que aún presumen de coquetas, mientras un fantasma alza una escoba sobre sus cabezas. En el *Agarrotado*, aparece un supliciado post-agónico, que recuerda a los Cristos trágicos de Zurbarán. Sus fusilamientos del Dos de Mayo y la Carga de los Mamelucos al pueblo madrileño, son escenas de escalofriante horror. En los *Caníbales*, aparecen unos salvajes comiéndose a pedazos el cadáver de un Obispo. No hay que olvidar que la mente febricitante de Goya, fue recalentada con las escenas de la revolución del Dos de Mayo. Por eso en algunos de sus cuadros refleja ese clima de barbarie, que sólo fue sobrepujado por la toma del Cuartel de la Montaña, y escenas subsecuentes, en el mismo Madrid hace tres años.

Pero, no hay que olvidar que toda esa producción espeluznante, digna de un museo de Medicina legal, era posterior a la enfermedad que lo dejó sordo. Cuando había que entenderse con él por señas de mano. De esa época es otro grabado espantable intitulado *El Sueño de la Razón produce Monstruos*. He aquí un epígrafe que bien convendría para toda la segunda parte de su obra. El sueño delirante de Segismundo le hizo concebir a Calderón un personaje metafísico y semejante al paranoico de Hamlet. Pero el delirio onírico de Goya, lo sumergía en el inconsciente freudiano, haciendo surgir en su cerebro las medusas del mal y del espanto.

De los dioses mitológicos el que le sedujo fue Saturno. Lo retrata en plena escena de canibalismo, devorando a uno de sus hijos. Sus cuadros de carnaval son de un humor macabro. Figuran danzantes de San Vito, brujas horripilantes y calaveras mondas. Sus *Viejos comiendo Sopas* aparecen como personajes calcinados de un planeta muerto, como figuras de un Guignol funambulesco y lúgubre.

En sus aguas fuertes los personajes no demuestran fisonomía humana. Tienen caras de momias o de cartón prensado. Había en él una deshumanización del arte, pero con signo negativo. Mientras la del Greco era ascendente, en un afán de espiritualidad, la de Goya era descendente y de un materialismo craso hasta rayar en lo plebeyo.

Los panegiristas de Goya ven en la obra atrabilaria del pintor la de un revolucionario que subvertía los valores estéticos y sociales. Y lo conceptúan en cierto modo como a un precursor de Comte, el fundador de la filosofía positiva, primera

etapa del marxismo. Acaso haya algo de verdad en ambos genios, en lo que tenían de universales. Pero, especialmente en lo que respecta a la primera parte de la obra de ambos. Pues el Goya de los Disparates estaban más próximo del autor del Catecismo Positivo y Supremo Pontífice de la Humanidad, afecto ya de parálisis general de origen luético. Del que quería reformar el calendario con nombres bizarros para reemplazar al de los *sans culottes* del reinado del Terror, bajo el culto de la Diosa Razón. Del que instituía nuevos sacramentos para sustituir a los de la Iglesia, cuya cronología histórica declaraba abolida, a partir de 1789, o sea el año de la toma de la Bastilla, debiendo comenzar la nueva era a partir del siguiente que debía ser el de la flamante evolución humana.

Es posible que haya coincidencias en vidas paralelas y hasta divergentes. Entre pintores y filósofos. Pero los que nos interesamos por las producciones de los grandes hombres, a la luz de la biología, sólo vemos en las últimas muestras de ambos, lamentables extravíos del genio. Es indudable que el delirio de la razón produce monstruos.

Guayaquil, Ecuador.

J. A. FALCONI VILLAGOMEZ

MEDICION LIRICA DEL VIAJE

Para el final de la carrera no estamos prevenidos
y confundimos el malestar con el presentimiento.
Cuando las hojas caen, la imagen nos demuestra
el arrancarse siempre de los días efímeros.
Pero algún día seremos desprendidos.
No hay anchura mayor que la del océano, decimos.
Pero es más grande la de la tierra sin salidas.
Somos sólo un anhelo, la realidad de un largo anhelo,
en el cual los más son los instantes fallidos.
Pero la esperanza nos alimenta, inventando
la obra que no hacemos, como el azul de tierra de los marinos,
cuando sólo la ola nos es infiel y siempre indiferente
y en forma quebrada es sólo el agua que pasa
y no regresa, —¿nunca?— de tumbo en tumbo modelando
un cotidiano viajar que es diferenciarse sin recuerdo,
sin memoria, siempre ola, agua sólo del color del cielo.
Somos el viaje. Vamos sobre el viaje. Huímos conteniéndonos.
Volvemos, sin medida, incontenidos, para irnos
y de regreso en partida, estamos como los viejos,
deshilando la memoria, entrelazando recuerdos.
A veces hay la difusa felicidad que florece,
otras, el día pleno, naturista, es cual si viviera
por nosotros, de una savia generosa y perdurable.
Estamos hechos de viaje sobre el día que no pasa.
Nos iremos ya. No importa. Pero somos hoy. Vivimos.
El grito lírico explora. Se alza. ¿Dura? Prolongándose
es como ayer, como ahora, hombre que habla, vida nueva,
voz lanzada para siempre, para siempre o para nunca,
rayo breve, antena o eco.
Voz de mañana también... Sólo se sabe el anhelo,
cuando se siente distancia, cuando se sabe regreso.
Para el final de la carrera no estamos prevenidos
y confundimos el malestar con el presentimiento
y la alegría con el vuelo medio ciego del anhelo
y la esperanza con el ahinco de corporizar lo que queremos.
¿Hoy o después? Legua o milla de caminantes o marinos.

La muerte juvenil, poema trunco, libro de precioso imperfectismo,
golpe breve, soslayado temblor, porcelana conmovida
o quizá otoño sávido, día de las sienas nevadas,
surcos del viaje para el rostro experimentado...
Dejaremos, alerta, esa inquietud qua abra la ruta,
y sobre la trunca historia, otros han de llegar, vencedores...
O en la tarde, tal vez, de los cabellos canos,
tendremos valor para rasgar el alba que comience...
Hemos de quedarnos, inexpresiva voluntad, hechos de ayer,
sin comprender la fuerza de los días que llegan
o avanzaremos, zapadores, revelando y despejando?
Límite andino que nos cerca o nos impulsa
y en el comado mar, línea azulosa, siempre lejos...
Tierra para el sabor insaboro de trasmutarse o acabarse
o grito de volver, empinado o vagoroso, en el libro o la memoria
o grito para siempre de la obra, del combate o del hijo.
Irémonos apagando como la llama ya sin aceite
o brusca, soplará la ventisca sobre nuestra luz entera?
Desmoronándonos acaso como la tapia carcomida
o en latigazo súbito, como el árbol bajo el rayo?
Pero hoy somos y estamos. Y existe el viaje bajo el cielo,
sobre la tierra, sobre la anchura salada del océano,
con el vestido del que escribe su página cada día,
con el overall del que impulsa la máquina o alienta
sobre el madero informe la voluntad del ebanista,
con el traje del grumete tal vez, con el traje descolorido,
untado de yodo transeunte, de gaviota y de vago azul marino...
Después leerán nuestras páginas o nos olvidarán si lo hubimos merecido.
volarán nuevas virutas sobre el cepillo carpintero
y otros hombres de mar repasarán nuestra travesía
y vivirá nuestro libro o viviremos en nuestro hijo
y la máquina de ahora será reconstituida.
Sobre el anhelo de hoy se tiende una esperanza sin contorno.
Hemos venido, aquí estamos y nos iremos un día.

A U G U S T O , A R I A S

EL SENTIDO DE LA CULTURA

PORTICO

En las horas que vive el mundo —llenas de zozobra y pesimismo—; en estas horas turbias —mezcla de sangre y dinamita— en las que parece que fracasan y se ahogan todos los principios elementales —primarios, diríamos mejor—, de la razón y de la ética —pensamos que no estará por demás un ensayo que trate de someter **a medida** el sentido de la cultura, porque creemos que las siete letras de esta palabra, encierran un contenido infinito, mereciendo por lo mismo que se dé de ella una exégesis clara y meditativa, serena y fría y que esa explicación sea traducida en un lenguaje más fácil que el que usa el filósofo o el ensayista de los cuadros oscuros de sociología.

Y en las líneas que continúan no enfocaremos el problema en la forma como muchísimos escritores lo han hecho —Luis Alberto Sánchez, en América, Max Ernest Mayer, en Europa, para citar ejemplos— reduciendo los hechos a un aspecto episódico del arte o de la filosofía. Pretendemos nosotros, en cambio, analizar la cultura tomándola como **un todo**, como una resultante total del **hacerse humano**, mediante la aplicación de las diversas hipótesis que las ciencias del espíritu y de la sociedad han creado para el estudio de sus problemas respectivos. Finalmente, para conseguir el objeto que apuntamos, nos servimos de los **hechos** que, en estos momentos, dolorosamente, vive la humanidad.

I

CULTURA Y CIVILIZACION

Como punto de partida para el análisis, discriminaremos el concepto que encierran las palabras **cultura** y **civilización**: ¿qué se ha de entender por cultura? ¿qué por civilización? ...

La voz **cultura**, como es sabido —además lo dijo ya Ortega y Gasset— aún dada su etimología, se emplea para expresar el desarrollo intelectual, estético, moral, económico y social del hombre o de un pueblo. Por tanto, de ser así, tendríamos que la **cultura** no es otra cosa que una síntesis formada por el hombre, mediante la fusión de sus varias energías en el crisol del tiempo y del espacio. . . Y solamente así se explica que la **cultura** tenga una profunda realidad, que sea algo que esté en nosotros, que sea algo que esté fuera de nosotros: que nos envuelva, que nos rodee, que nos sature por los cuatro puntos cardinales.

Pero **cultura** no es **civilización**. En esto están de acuerdo casi todos. También nos lo dice el mismo Ortega. El término **civilización** se refiere a la acción de civilizar, es decir concreta y sustantiva el hecho de sacar a alguno del salvajismo. La **civilización** no es, en este sentido, otra cosa que el estadio de permeabilidad, que el primer paso dado por los hombres o por los pueblos en su camino hacia la **cultura**. El hombre civilizado es aquel que se ha desvestido de todos sus elementos de crudeza primitiva. Y culto es por fin el civilizado que ha bañado su espíritu en las fuentes puras de la ética y del estudio.

Por tanto, la distinción que se puede verificar entre los dos conceptos, es clara y absoluta. Y es así, para hablar ya de los grandes grupos sociales, que podríamos decir que Europa tiene una cultura, en tanto que de América Sureña, diríamos que es civilizada, puesto que, como apunta Luis Alberto Sánchez, su camino es una inversión de la marcha continental. . .

Concretando, pues, este análisis, acaso podríamos firmar las siguientes palabras de Carlos Ibarguren, pronunciadas en Buenos Aires, durante la Séptima Conversación de la "Organización Intelectual de la Liga de las Naciones": "La cultura, como fenómeno colectivo, es la expresión espiritual de un pueblo, de una raza o de un continente en sus acciones y reacciones con relación al Universo, a la naturaleza, a la sociedad y a la vida."

II

LAS DOCTRINAS EN TORNO

Si tal es el concepto de **cultura**, si es ésta un ente vital autónomo, como quiere el Profesor J. Imbelloni, es justo y necesario que nos propongamos estos problemas: cómo hemos de explicar su naturaleza, su contenido y su propia formación? ;

y luego, en qué forma hemos de seguirla en su camino y por qué medios hemos de explicar sus diversos rumbos? . . .

Desde todos los tiempos se ha tratado de explicar estos problemas, porque desde todos los tiempos se ha tratado de desentrañar el sentido de la cultura. Filósofos e historiadores, biólogos y sociólogos con criterios los más contrapuestos han encarado tal tarea, creyendo, los unos, que se trataba de una simple tesis de historia; los otros, que no era otra cosa que un capítulo de filosofía; aquellos, que era una cuestión de economía; y los de más allá, finalmente, que tal problema no era sino un caso de las ciencias naturales.

Por esto, nosotros, en nuestros deseos de síntesis, catalogaremos todas las hipótesis, en tres grande grupos:

- 1º Las hipótesis filosófico-sociológicas;
- 2º Las doctrinas biológicas, y
- 3º La hipótesis histórico-cultural.

Y el estudio de cada uno de estos grupos lo haremos en un rápido brochazo, atendiendo únicamente a sus rasgos y aristas más salientes.



En el grupo de las hipótesis filosófico-sociológicas, se catalogan el mayor número de criterios que, cada uno, según su respectivo punto de vista, trata de explicarnos lo que es y cómo hemos de entender a **lo social** y por tanto a la cultura. Entre esos criterios, si prescindimos del providencialismo, que tiene su fragua en la obra de Bossuet, de acuerdo con el Profesor García Morente, tenemos los siguientes:

- a) La dialéctica hegeliana,
- b) La dialéctica materialista, y
- c) La realización de los valores.

a) **La dialéctica hegeliana.**—Con los rescoldos del viejo Heráclito, Hegel, en su **Filosofía de la Historia**, por medio de la dialéctica racionalista, intenta dar a la historia, y con ella a la cultura, una explicación histórica.

Es el primer intento, colosal por cierto, afirma García Morente, de dar a los hechos humanos una explicación humana, como, asimismo, es la posibilidad más briosa de atar el **hacerse humano** al carro del liberalismo individual.

Sostiene el idealismo, mediante una sutil dialéctica, que todos los hechos humanos—incluso los que dan vida a la cul-

tura— están concatenados entre sí de acuerdo con una ley lógica —la ley racional— que traba a los hechos humanos en la misma forma como se traban entre sí los pensamientos en el discurso.

Y el hegelianismo hizo escuela. La exégesis de la cultura del siglo XIX, como toda su filosofía, está signada con su crisma sacramental.

b) **La dialéctica materialista.**—Atacada por todos los costados y defendida en todas sus murallas ... Atacada por todos los horizontes y defendida en todos sus ámbitos ... La getatura morbosa, el microbio corrosivo... La estrella y esperanzas, la panacea mítica... Tal, el sino del marxismo. Y tal los polos en los que la sociedad humana se ha dividido en torno de esta nueva concepción de la vida y del mundo.

García Morente toma al marxismo como una variante del hegelianismo. Concepción equivocada, puesto que es como si dijéramos que Hegel, por haber partido de los dialécticos griegos, no fuera más que una variante de tal filosofía. Es igual a si dijéramos que Fierbach no es más que un aspecto simplista de Hegel.

Pero qué es el marxismo? ... Con un ejemplo tomado del mismo profesor español daremos de él una ligera idea:

Para comprender lo que es el marxismo, las semejanzas y diferencias que tiene con el hegelianismo, es del caso comparar a la cultura con un gran cable de muchas fibras enrolladas ... Si preguntamos a Hegel qué es la cultura, nos dirá que es un gran cable de muchas fibras una de las cuales es la sucesión lógica de los acontecimientos, la ley racional, que es la que explica a todas las otras fibras, o sea, traduciendo a nuestro romance, es la que explica todos los otros hechos que dan su acento a la cultura ... Y si hacemos la misma pregunta a Marx, si también a él preguntamos qué es la cultura, el juicio de todos los siglos, nos dirá que la cultura es un gran cable, pero que el hilo que imprime su estilo a los demás, es el hilo económico en sus dos modalidades más importantes, producción y consumo ... De manera que, para Carlos Marx, es preciso encontrar el hilo de la economía para explicarnos el resto de los hechos que engendran y que forman la cultura y, en general, a todos los acontecimientos humanos.

Y esta simple idea central del marxismo, se encuentra rodeada, cual si fuera con nuevos puentes levadizos, con nuevos fozos de un viejo castillo feudal, por todo aquel aparato doctrinario conocido con el nombre de infraestructuras, estructuras y superestructuras; tesis, antítesis y síntesis; las le-

yes de penetración de los opuestos y de oposición de los contrarios; teoría de los valores, plus-valía y lucha de clases, que constituye el tabú de los marxistas más marxistas que Marx y que vuelve romo a ese aríete formidable que bien pudo imprimir su estilo a toda la cultura humana. . .

c) **La realización de los valores.**—Este es un nuevo cartabón del grupo filosófico-sociológico. Se lo debe a Rickert. Y nos recuerda, con sus postulados, al mismo Hegel; pero, así mismo, nos trae remembranzas de Carlyle y de sus héroes, como, por otro lado, de León Duguit y de Ramiro de Maeztu, quienes, con sus doctrinas sobre los valores y las funciones, han tratado de dar un nuevo sentido a las estructuras actuales de la sociedad.

Pero bien, en qué consiste el criterio de Rickert? ... Manifestaremos que Rickert en sus obras "Ciencia Natural y Ciencia Cultural", y en "Los límites en la concepción de la ciencia natural", lo aplica únicamente a la historia y que nosotros lo generalizamos al estudio de la cultura toda. De acuerdo con los mejores expositores de este criterio —García Morente, Imbelloni, etc.— consiste en lo siguiente:

Para exponerlo, comienza el autor distinguiendo exactamente la manera cómo forman sus conceptos el historiador y el físico: el físico, dice, para formar sus conceptos, se fija en la realidad; el historiador, o sea en nuestro caso el sociólogo, se fija también en la realidad; pero ambos se diferencian en la parte de realidad que contemplan. Para el físico lo interesante es lo que puede servir de **ley general**; para el sociólogo, que estudia la cultura, en cambio lo interesante es **lo singular**, lo único, el hecho que en el pasado no constituye lo repentino, sino lo excepcional, porque al sociólogo no le interesa tanto construir leyes generales, como conseguir que sobrenaden en el caos los hechos únicos, los hechos guías... Y estos hechos son los que siempre realizan un valor, y los valores no son más que cualidades irreales de las cosas, no tienen existencia objetiva; pero, esto no obstante, pueden ser distinguidos con facilidad, y en donde mejor se los distingue es en las obras y en los hechos que arrancan el aplauso y la admiración de los hombres...

De este modo, esas cosas que se exprimen del pasado, por haber arrancado el aplauso de los hombres, son aquellas que han realizado un valor. . . Y la cultura no sería sino el producto sensible de todos esos valores: un valor ético, jurídico, político, económico, estético, social.

Tenemos entonces que, de acuerdo con los criterios de la

corriente filosófico-sociológica, la cultura es una resultante de los fenómenos sociales, una consecuencia vital de los hechos humanos, guiados, cual lazarelos, por la forma de producir y de consumir la riqueza, o entrelazados entre sí obedeciendo a la ley racional, o, finalmente, concatenados, de acuerdo con el valor realizado y la admiración arrancada a los hombres.

Si como en el caso anterior, agrupamos los criterios de la corriente biológica, obtendremos la siguiente clasificación, que nos puede servir para nuestro estudio:

- a) El positivismo,
- b) El mesologismo,
- c) El psicobiologismo, y
- d) El neopsicobiologismo .

a) **El positivismo:**—Es a mediados del siglo pasado. Augusto Comte, hombre y místico, quiere fundar una nueva religión y con ella anhela también imprimir un nuevo sentido a las cosas, a las ideas, a la vida misma... Y es así como surge el positivismo para explicarnos la filosofía, la historia y la cultura...

Para una posición de esta escuela, escribe García Morente, la de Comte y Ranke, hay que tomar a la cultura como algo objetivo, como algo tangible, pero sin meditar sobre ella, aunque se la vea y se la palpe... En cambio, para los neo-positivistas —para quienes la cultura, como los demás hechos sociales, es también algo objetivo— sin embargo debe meditar-se en ella, porque todos los hechos humanos manan metafísica por todos sus costados.

b) **El mesologismo.**—Burke y Taine son sus cruzados. Para el mesologismo la cultura no es otra cosa que la resultante de la evolución de la humanidad en función con el medio ambiente, clima, geografía, etc.

Pero este criterio, expuesto en esta forma cruda, después de los estudios de von Uexkül, Ortega y Gasset y otros biólogos y filósofos, ha perdido un ciento por ciento de su prestigio; el hombre de hoy, el hombre culto de esta hora, es quien hace su medio y, por tanto, quien hace su cultura. ... Y apuntamos que tal criterio, en su forma de crudo primitivismo, había perdido su prestigio, porque, en cambio, estetas de

sutil ponderación como el francés Felicien Challaye, tratan todavía de reivindicarle, considerándolo como uno de los factores que se dibujan en las creaciones del Arte.

c) **El psicobiologismo.**—Desde Darwin y Spencer, sobre todo en el campo de la psicología, la escuela biológica venía explicando los diversos problemas del espíritu y de la sociedad. Mas, si apartándose en la forma, y en cuanto a la concepción misma de ciertos problemas, como los relativos a la herencia, selección, etc. aparecen hoy una serie de postulados psicobiológicos, físico-biológicos y aún simplemente mecanicistas, que tratan de explicar el origen, la naturaleza y la formación misma de los fenómenos sociales y, con estos, la propia vida de la cultura. ... Y, aquí, nos basta recordar los nombres de Paul Sollier, Ardigó, Sergi, Levy-Brhul, como también el del mismo Haekel, para hacer memoria de las semillas arrojadas al surco por las ciencias de la naturaleza en su empeño de explicarnos las intrincadas tesis del espíritu.

d) **El neo-psicobiologismo.**—El filósofo de la cruz gamada, Spengler, el teórico del fascismo, no pudo por menos que explicar también a su modo lo que era la cultura. ... Para esto considera a la historia como una morfología de las culturas, constituyendo un tipo de historia naturalista, según la que, los hechos históricos son de esencia físico-biológica. Entonces, la cultura, no sería otra cosa que la Filosofía de la Historia, porque la historia deja de ser tal para convertirse en un aspecto de la evolución de la cultura ... Es por estas razones que consideramos al **spenglerianismo** como un neo-psicobiologismo.

Pero he aquí que, de eso que semeja un capítulo de las ciencias naturales, surge una fuerza extraña, oscura, ajena a simple vista a todo lo que es biología, una fuerza mística, el **sino**, que gobierna al mundo, que traza los caminos de la cultura, que conduce, seguramente hubiera dicho hoy Spengler, a que Herr Hitler se atrape el Austria, se coma a Checoeslovaquia, haga trizas a Polonia y se abraze luego con el silencioso, con Stalin, el rojo zar de todas las Rusias.

Mas, qué es el **sino**?... El **sino** es la fuerza que mueve la cultura: es experiencia de la vida, no experiencia científica; vigor intuitivo, no cálculo; centro de gravedad de esa imagen del mundo llamado universo como historia, en distinción del universo como naturaleza. ...

Y ese **sino** fatal, intuitivo, ese **sino** ario, combate ahora con el otro **sino**, con el **sino** calculador, equilibrista, seguro, frío, con el de Inglaterra, la otra predestinada. ... Y los dos

sinos luchan a mordiscos por imprimir su sentido a la cultura humana, sin pensar que en su camino pueden ser interferidos por el **sino** eslavo, o acaso para el fin de la cultura actual, por el **sino** de ojos oblicuos y de tez amarilla. ...

Finalmente, en estos mismos cauces, creemos nosotros que bien puede ubicarse también el espíritu de Max Scheler... Para este finísimo filósofo, la cultura como todos los **agregados sociales**, se halla influenciada por la obra del **espíritu**; pero este **espíritu** actúa de acuerdo con las necesidades de las masas y de los grupos. ... En consecuencia, ese su principio, obedece a fenómenos de orden natural, biológico, humano, acaso demasiado humano como diría el Visionario.

De acuerdo, pues, con los criterios de la escuela biológica, tenemos también que la **cultura** es una resultante de las fuerzas naturales y que, por tanto, su estudio en encuadra en el amplio campo de las ciencias de la naturaleza.

Por fin, hemos dicho que para explicarnos lo que es la cultura, su contenido y su trayectoria, tenemos una tercera escuela: frente al evolucionismo, en cuyos cuadros se enmarcan todos los criterios que acabamos de exponer, como también el **faseologismo**, cuyo representante y fundador es el sociólogo alemán don Francisco Müller-Lyer, levanta su tienda la escuela "histórico-cultural", que comienza a formarse con Ratzel y su discípulo Leo Frobenius y que llega a la madurez con Graebner, el mismo Frobenius, el Padre W. Smith, Foy y otros cuantos etnólogos conocidos. Nosotros, para exponer las ideas de esta escuela, verificaremos una síntesis de la exposición que, al respecto, realiza J. Imbelloni en su **Culturología**:

Para la escuela "histórico-cultural", la **cultura**, en palabras del citado pensador "es una entidad abstracta y potencial del espíritu de una sociedad humana organizada"; no pudiendo definírsela sin que se recurra al examen de su producto sensible, es decir, de la masa de sus bienes, escribe el mismo expositor.

Ahora bien, el camino de la **cultura**, según la tercera escuela, no es ya el postulado del progreso concebido a la manera de Tylor: un profesor gradual, uniforme, unilateral y

universal. ... La tesis "histórico-cultural", tiene su camino propio y sus métodos propios para la elaboración de la cultura: humanismo integral, universalidad de comprensión psicológica; intuición de que los caminos del mundo y de la naturaleza siguen una lógica propia, la que no siempre es posible sustituirla por la simple y corta lógica humana, como pretendió el racionalismo...

Cree el racionalismo y con él el individualismo idealista, que el mundo marcha siguiendo una línea recta o, a lo más, de acuerdo con esas posturas concebidas por Vico o por Goethe y que se traducen en círculos o espirales. Pero aquello no es exacto: la contemplación de las realidades sociales, de ciertos fenómenos de orden psíquico, nos dicen todo lo contrario... Y en refutación del evolucionismo, Imbelloni recuerda cabalmente las siguientes **inexplicables monstruosidades lógicas**, que dijera Lasch:

1º El monoteísmo no es una prerrogativa de las altas culturas superiores, como afirmara el evolucionismo. Se presenta entre los pigmeos del Centro del Africa y sus congéneres asiáticos. **La Historia Comparada de las Religiones**, del Dr. Guillermo Smitd, es elocuente testimonio de esta afirmación:

2º Los pueblos agricultores sedentarios de la Melanesia, nunca han pasado por el nomadismo, contradiciendo así, con los hechos vividos, la tesis contraria de los evolucionistas; y

3º La monogamia existe entre los grupos más pobres de cultura. Y el "progresismo" tendrá que convenir que el gorila enfrenta al cazador al pie del árbol donde están su hembra y sus hijos, dispuesto a morir en defensa de su familia monogámica en sentido más estricto...

Y todo esto que parece ilógico, y todas estas inexplicables monstruosidades, prueban que la **cultura** no ha ido de lo más simple a lo compuesto, de lo sencillo a lo heterogéneo, siguiendo siempre este molde confeccionado por el ingenio sin emoción y sin vida del frío Spencer... Y nos prueban esas monstruosidades, que "ya no es posible la afirmación de juicios jerárquicos para explicar la sucesión de las formas culturales"; y nos prueban, por fin, "que estamos en el caso de afrontar resueltamente la realidad de las asociaciones orgánicas, sin titubear ante las contradicciones aparentes y la preocupación del "progreso", que no es más que un efecto de nuestros hábitos subjetivos"... (J. Imbelloni-Culturología).

III

AMBITOS Y CICLOS CULTURALES

Si la **cultura** es un ente vital; si, pues, tiene una personalidad autónoma, es justo, como querían Ratzel y sus discípulos, que a la par que posea un campo en el espacio y en el tiempo, posea también un conjunto de bienes propios, un patrimonio determinado... Y es a esto lo que en sociología se denomina "ámbitos y ciclos culturales", respectivamente. Como ejemplos de ámbitos y ciclos culturales, podríamos recordar las clasificaciones de Montandon, la de Spengler y la de Müller-Lyer, en las que predominan ya el aspecto etnológico, ya el filosófico o ya el geneonómico, en su orden; como también podríamos recordar la vieja división del profesor Solla de Oxford, recordada también por Imbelloni.

Como ejemplo de estas divisiones citaremos esta última y la de Montandon adaptada por Imbelloni y en su última parte completada por nosotros. La primera, con fundamentos tomados de la paleo-etnología, clasifica así:

Eolíticos	Tasmanianos
Chelenses	
Acheulenses	
Musterienses	Australianos
Aurignacenses	Bosquimanos
Solutrenses	
Magdalenienses	Esquimales

La segunda, a su vez nos da los siguientes ciclos:

- I.—La cultura primordial, desconocida;
- II.—Las **protoculturas**, ciclos pigmoides, tasmanoides y del bumerang;
- III.—Las **culturas primarias**, ciclos de cazadores, de pastores, de agricultores de la azada;
- IV.—**Culturas compuestas**, del arco, el señorial drávida, etc.;
- V.—**Culturas complejas** (protohistóricas). Ciclos de los grandes Estados: sector mediterráneo, México-Andino, etc.; y

VI.—**Culturas complejas** (históricas). Ciclo del maquinismo: sector europeo occidental, supercapitalista; sector norteamericano y sector oriental asiático, supercapitalista; sectores europeo oriental, sector americano comprendido desde el sur de Estados Unidos hasta Tierra de Fuego, capitalistas o acapitalistas; y sector asiático oriental y africano, coloniales.

Mas, lo que hasta aquí hemos apuntado, hace referencia a la cultura de ayer. Ahora todo ha sufrido un cambio. Hoy la imagen del mundo no tiene ya esa fisonomía que nos era tan familiar. Ahora no sabemos si podríamos hablar del "buen salvaje" defendido con todas las armas por Afranio Peixoto y que en las selvas vírgenes de la Amazonía invita a una nueva meditación sobre la naturaleza humana... Ahora no sabemos, si con más derecho, deberíamos volver nuestros ojos al hombre lobo del hombre, que en las tierras lloradas ya de sangre de Francia y de Alemania, o en los fiords de los países nórdicos, nos hacen pensar en las razones por las cuales conservamos todavía tanto de trogloditas...

Por esto, si en los momentos actuales pensamos en los ámbitos y ciclos de la **cultura** que vivimos, creemos que se la pudiera clasificar así:

Por el ámbito:

- a) cultura europea,
- b) cultura americana,
- c) cultura asiática, y
- d) cultura afro-oceánica.

Por el patrimonio:

- a) cultura individualista, capitalista o burguesa, y
- b) cultura proletaria, colectivista o socialista.

Mas, si verificamos una exégesis de cada uno de los ámbitos que hemos indicado, coincidiremos con Carlos Lalo y Luis Alberto Sánchez, que ahora ya no se debe hablar de ellos, puesto que la cultura es ecuménica, ya que es tal su tendencia irresistible, a pesar de los nacionalismos torbos y de los provincialismos intransigentes y sordos, como escribiera el segundo de los estetas nombrados...

Y si alguno quisiera defender la existencia de tales ciclos —cosa en la que infantil y ociosamente caen sobre todo los indoamericanos, en su empeño de oponer una nueva cultura a la yanqui o europea— estamos seguros que se encontraría en los mismos círculos viciosos y en los mismos apuros que se vieron Alfonso Reyes, Henríquez Ureña y Carlos Reyles, ante la lógica dulce y tremenda de Georges Duhamel, Romain y Maritain...

IV

EL SENTIDO DE LA CULTURA

Y tratemos ahora de descifrar el sentido de la cultura. Esa cultura ecuménica qué es lo que contiene y hacia dónde va?... Tomémosla el pulso y procuremos intuir su sentido mediante un brevísimo análisis de sus manifestaciones sociales: la economía, la estructura política-social, la vida internacional, la filosofía, el arte y las religiones.

La economía.—La economía, en sus dos formas principales, producción y consumo —si hemos de colocar paréntesis en ciertas pequeñas etapas de la vida de la humanidad—, ha estado gobernada, podríamos decir, por los mismos principios que, en el siglo XIX y en los tres primeros lustros de este siglo, han constituido la escuela liberal inglesa, escuela que se da la mano, en un profundo apretón, con los principios básicos del derecho romano... Y así, los movimientos económicos, tanto de los Gracos en Roma, como los de la Francia de la Revolución y luego los de la Comuna, no fueron otra cosa que paréntesis, como hemos dicho, o, a los más, lejanos avisos de lo que podría suceder en estos tiempos... Por esto, pues, creemos que no sería erróneo concluir que toda la cultura de los pueblos hasta hace poco ha poseído una médula individualista-liberal: la oferta y la demanda, el libre cambio, etc., han sido sus normas fundamentales...

Pero, en estos momentos, si observamos la estructura económica de los países, llámense estos socialistas, capitalistas, neocapitalistas o supercapitalistas, hemos de ver que el liberalismo manchesteriano ha desaparecido: en estas horas, por diversos caminos, todos los pilotos del mundo conducen a sus países hacia la economía intervenida o planificada... Y esta economía, ya se traduzca en la apropiación en nombre del Es-

tado por parte de unos pocos de toda la riqueza —economías fascistas—; o ya, como en las economías socialistas, los instrumentos de producción y el consumo estén socializados; o ya, finalmente, como en los llamados Estados democráticos, el comercio, la agricultura, etc., se encuentran intervenidos por el Estado, aunque toda la riqueza se quede, asimismo, acaparada en un reducido grupo de personas, es lo cierto que la **cultura que asoma**, mediante su factor económico, llega a su clímax, clavando una flecha en la garganta del liberalismo ortodoxo...

La estructura político-social.—Y en cuanto a la estructura político-social de los pueblos, el camino que sigue la **cultura** en estas horas es difícil de descifrar. Los hechos que se suceden, contrarios y contradictorios, son vallas y obstáculos que imposibilitan la contemplación... Será posible hablar ahora de un Estado Liberal?... Por un momento, para respondernos, observemos a su manifestación más señera, la democracia. Un atildado publicista nuestro, apunta por ahí: "He establecido, anteriormente, que la democracia vive de la libertad, antes que de la igualdad"... Pero, aun cuando nosotros hubiéramos afirmado cabalmente todo lo contrario, o sea que, para que la democracia viva en la libertad, se necesita antes de la **igualdad**, recordemos el viacrucis de algunas de esas llamadas democracias formales:

Alemania, conforme lo saben todos, organizó su democracia en la **libertad**, dándose una de las Constituciones Políticas más sabias del mundo —la de Weimar: no fue menester muchos días para que Hitler rompiera esa Constitución y con la swástica flameara su cesarismo... Y en Francia— la de los derechos del Hombre y del Ciudadano, en la Francia liberal y de las bastillas rotas, Petain desbarata a los Partidos Políticos, persigue a los parlamentarios y se inviste de todos los poderes... Y para qué recordar el caso de Italia?... Y ante el martirilogio de la República Española, no tenemos otra cosa que un enorme crespón funerario en la Democracia que vive de la Libertad!

Pero se habla de democracia por doquiera. Como si la democracia fuera una jofaina de agua turbia, como si la democracia fuera una servilleta de hotel para todos los labios... Y nuestra América, esta América mestiza, esta América maestra de políticos caciques, se dice también democrática... Y para qué recordar los casos vividos?... Si no hace un año tan sólo que encarcelados bebimos reumatismo por mandato de

un presidente que así mismo se llamaba demócrata y constitucional!

Y si no es posible concebir ahora un Estado Liberal, acaso será dable pensar en un Estado Orgánico, como soñaba un poeta nuestro?... Será posible reconocer atribuciones políticas a instituciones domésticas, como la familia p. e.?... Pero para llegar a esta especie de Estado fascistizante, por felicidad hemos rebasado ya la **fase alta familiar**, que dijo Müller-Lyer. Si hasta el siglo XVII, según nos lo cuenta Craik, los hijos solamente podían permanecer en presencia de sus padres trémulos y silenciosos o estar arrodillados, sin poder sentarse sin autorización de ellos, ahora, como uno de los resultados del capitalismo, la familia moderna se encuentra en su **fase tardía** habiéndose en muchos casos trocado el papel de los padres actuales con el de los hijos de antaño: quizá en estas horas muchos padres de familia necesitan de la autorización expresa de sus hijos aún para tomar asiento... Entonces, cómo dar vida al Estado Orgánico?...

Y también aquí el sentido de la **cultura**, apunta una nueva flecha a las viejas estructuras político-sociales que, hasta hoy, organizan a la casi totalidad de los países: a esa estructura denominada liberal-democrática...

La vida internacional.—Mas, lo que acabamos de anotar en la organización interna de los países, tiene un acento más fuerte, un acento salvaje, en lo que mira a la vida internacional de los pueblos, a la **magna civitas**... Es aquí en donde la vieja cultura más ha sufrido. Ayer Italia, la Italia de Mussolini, invadía con sus legiones a Abisinia, un país, miembro por añadidura de la Liga de las Naciones, de esa Liga en la que Paul Valery fincaba todas sus esperanzas... pero, en atropello inaudito, un pequeño país, un país como ningún otro, necesitaba de la protección de la Liga contra los posibles ataques de los fuertes, en gesto de desaliño, en pobre gesto de humillación y de esclavitud, era el primero en votar pidiendo que se levanten las sanciones a Italia: ese país era nada menos que nuestra desgraciadísima República!...E Italia continuó en sus conquistas: Albania fue su segunda víctima. Y ahora Italia y Ecuador acaban de protestar por ese paso en falso, necio acaso, que acaba de dar la Unión Socialista invadiendo el tranquilo País de los Lagos... Y protesta Francia y protesta Inglaterra, los dos imperios que mayor número de hombres esclavizados amarran en sus coyundas. Y protestan Estados Unidos, el país que ahogó en sangre a México, que sembró la muerte en Nicaragua, que diariamente fusila a los estudiantes

portorriqueños... Y por fin protesta Argentina, el país que, bajo una pobre máscara de latinoamericanismo, desde siempre, sueña en su imperialismo en Nuestra América... Es que las naciones invasoras de ayer pertenecen a la cultura capitalista; en tanto que la delictuosa de hoy pretende, cabalmente, derribar a tal cultura.

He ahí, pues, un buen número de contradicciones internacionales. He ahí al viejo derecho internacional, prototipo de la cultura de los siglos, pisado, roto en mil pedazos... Es acaso que en la vida internacional tiene cumplida realización, más que en parte alguna, aquella observación que, sobre la vida de las culturas, formulara ya hace algún tiempo Ortega y Gasset?... Dijo el filósofo español: Las culturas se niegan, se superan, pero no se suprimen. Así es como las culturas más adelantadas no eliminan el salvajismo, sino que se lo incorporan...

Pero, sea como fuese, es la verdad que, tanto en la organización interna de los pueblos, como en su vida internacional, a la libertad, como imagen de la cultura, encontrámosla con otra herida en el pecho.

La filosofía, el arte y las religiones.—Y por fin, para terminar, estamos obligados a contemplar estas otras manifestaciones de la cultura: la filosofía, el arte y las religiones... Y también aquí golpeó las puertas el individualismo... Y también aquí trataron los guías de levantar la mano... Mas, con todo, **sus culturas**, en estas aristas niveas, en estas vivencias las más nobles del espíritu, echaron raíces superficiales, débiles; porque siempre las más hondas meditaciones, los cuentos más claros y las plegarias más dulces pensadas fueron y habladitas fueron con el cerebro y con el acento de las grandes masas, de las masas doloridas... La filosofía socrática, todo el pensamiento oriental, la obra de Calileo, el mismo cielo estrellado de Kant, la filosofía de Marx, la de Freud, las Encíclicas de León XIII y Pío XI, escritos fueron con el puño de la cultura social. Los cinceles de Fidias y Miguel Angel, las madonas de Rafael Sanzio y las majas de Goya; el infierno dantesco y la divina locura cervantina; las sinfonías de Beethoven y los llantos de Schubert, desde todos los siglos, diciéndonos están de la cultura que sólo ellos la vivieron pero un día llegará para todos... Y, por fin, desde la apacible figura del Buda y la santa prédica de Confucio, hasta el mismo sangriento alfanje de Mahoma, nos están también hablando de lo mismo. Y por encima de todos, el Cristo de los pobres,

con todas sus voces, con su cruz como un señuelo, con su roto corazón como una luminaria inmensa, nos está diciendo **el sentido de la cultura que un día llegará...**

Cuenca del Ecuador.

L U I S M O N S A L V E P O Z O

LA LLAMADA DE LA TIERRA

DIALOGO

Poeta

Ya oí tu voz, Tierra.
Anoche la inmensa palabra del viento
se vino olorosa a yerba y a fruto.
He oído tu llamada.
No sé si te he oído porque hablabas en mi sangre
o porque llegabas aleteando en la noche.

Tierra

Vengo en pos de Ti. Vengo a que retournes
y unas tu voz a las voces enraizadas en mí.
Vengo a hablarte. Me habías olvidado.
Escucha mi voz que mis palabras te llegarán a la sangre.
Yo nunca olvido. Soy la que espera
y cuando no retornan voy en su pos.
Tú alimentaste tus oídos con la música de mis vientos,
sobre tu lengua chorreó miel de mis frutos,
tu piel está laminada con la marca de mi sol.

Poeta

He de escucharte.
Desnudo, con la cabeza en la ventana,
con las manos hacia el río.
Te escucho con mis cinco sentidos.
Te escucho con la frente erizada de preguntas
y un agujero de angustias en el pecho.
¿Por qué vienes a verme? ¿Para qué me requieres?
Tu voz me viene arterial.
Llegas de improviso,
cuando amo, cuando mi carne florece, cuando mi verbo es.
Llegas solapada en la voz del río.
Vienes salpicando en la noche elástica.

Escarbas en mis pupilas hasta sacar a flote mis primeros paisajes,
Arañas en mi cuerpo y dejas otra vez el polvo de tu costra.
Habla, ya que me has sorprendido.

Tierra

No vengo de afuera, no vengo del río.
Hablo desde tu entraña más profunda.
No te llamo siquiera. Es que tu sangre empuja.
Habías olvidado y esta noche en el llanto de tu hijo
oíste mi voz vegetal que es tu canto y tu verbo.
En tu sueño profundo me habías dado la espalda;
Mas, ahora despiertas y me miran tus ojos.

Poeta

Hablas con densa palabra hundida en el misterio.
¿Desde dónde me llamas, Tierra?
Yo te siento en mí mismo como una floración de muerte.
Y hay noches en que vienes, tabú de mis preguntas,
inmensa, oscura, disgregada y eterna,
bordeando el amor de mi carne.
Hay noches en que solo, retorcido de angustia,
tenso como el arco de un vuelo,
levantado como una tromba marina,
yo te siento llegar y te presiento fin.
Polvo como la fauce que busca sangre y carne.
Hambre mineral, insaciable,
anhelo de la piedra y del aceite,
enterrador del árbol y la bestia,
yo te siento llegar, Tierra,
impasible, muda en tus armonías, negra en tu policromía,
yo te siento llegar minuto a minuto.
Incansable roedora, te siento en mí y no sé cuándo surjas.

Tierra

Tu alarido de animal que ama,
tu grito carnal de bestia joven y creadora,
tu llaga de hombre con terror a la muerte,
sólo ve en mí el gran dolmen a la memoria de los que han sido.
Yo soy la tierra nueva, yo soy la joven hembra,
la siempre vestida de verde, la que canta, la que crece;
yo soy la canción de las aguas que se elevan en árbol,
y la canción del viento en voz de las palmeras.

Y soy susurro del crecimiento de las espigas.
Tú has oído la canción de las semillas en la noche,
cuando hablan con la tierra en cópula de verbo.
Tú has cantado con la lluvia la canción del nacimiento.
Y tú sabes, cómo me hincho de amor, cómo estoy crispada
tantas veces como la luna alumbra.
Vengo a tí, voz de tí mismo.
Vengo a tí, en la savia de tu canción,
soy la presencia vegetal en tu voz humana...

Poeta

No me estremece tu llamada vegetal.
Mi primer paisaje fue una palmera desmelenada al viento,
mi primera canción fue para la lluvia.
Mas, no tuve ojos para el paisaje ni voz para la canción,
sino aquel día en que mi carne llamó con fuerza,
el día en que sentí en mí otros hombres que reclamaban vida.
La primera angustia que agitó mis entrañas
no había nacido por la plácida contemplación del cielo.
Creció cuando me detuve ante este polvo hecho carne,
cuando oí el viento hecho risa y el grito hecho palabra.
Tengo tatuado en carne viva
el recuerdo de los labios que tiemblan de amor,
de pechos que se agitan porque el sollozo no se hace llanto,
de frentes surcadas como piedras hendidas,
llameantes de averiguaciones.
He sentido correr, cálida, la sangre de los alumbramientos.

Tierra

No violentes tu voz ni tu canción.
Tú, el de espíritu inmenso y libre como los vientos,
Tú, el que crece de mí hasta el cielo, frondoso como árbol,
Tú, la voz sanguínea de la piedra, la madera, el polvo,
el que lleva la verdad en sí mismo como un don,
cierra los ojos y se verterán tus palabras claras
como la primera lluvia de Diciembre.
Deja fluir tu canción como lo hace el ave.
Lleva a tu cantar la madrugada
que se abre como risa de negro,
canta cuando tu carne ha sembrado tu sangre,
cántame vestida con manto de vientos y cintas de flores,
perfumada con alientos de frutas desnudas,

caminante y eterna en polvo arrebatado
y creciente como un mar, toda erizada de espigas.

Poeta

Cantaría tu florecimiento de paz...
Pero otra voz que está muy en mí,
torna áspera mi canción de inquietudes.
Cuando canté de amor,
cuando canté mi florecimiento de amor,
cuando dije a la mujer amada la canción de nuestro hijo
ardía en ella la angustia de los hombres,
las palabras surgían ansiosas de terminar con los dolores,
se elevaban mis palabras adoloridas llenas de las voces de todos los
hombres;

y era la canción de mi florecimiento,
la que a fuerza de ser humana destilaba amargura.
Era la canción que me inundara como un aguaje,
la que surgía turbia;
la que se esforzaba por ahogar la tristeza,
la canción ansiosa de ser libre,
la canción de mi carne y de mi verbo
la que surgía torva de angustias...
¿Cómo quieres que cante para el día?
¿cómo quieres que cante para el sol,
cómo quieres mi alegre canción,
si mi carne es igual a la carne
del hombre que sobre tu costra existe
con un pecho en su vida, una voz en su pecho
y un par de manos que parecen raíces
porque abren tu ser para vivir de él?

Tierra

Para tu angustia humana está mi frescura vegetal.
Si el gemido de los hombres entenebrece tu voz,
la miel de mis frutos hará agradable tu canción.
Para la profunda pregunta dentro de tus hombres,
tengo la respuesta abierta de mi cielo infinito.
Buscas la paz.
Creías que en el amor estaba,
creías que en la pregunta te esperaba tu paz.
La paz soy yo porque soy tu soledad.
Para la profunda pregunta dentro de tus hombres,
tengo la respuesta abierta de mi horizonte elástico.

Poeta

¡Paz! Paz! Paz! Paz!

La muerte es la quietud imperturbable y eterna,
es el silencio y la vasta piedra rociada de nieve,
es el polvo inerte, sin voz ni aliento ni fuerza.

Tú no eres paz, Tierra!

Tú vas, eternamente vas.

Del polvo al árbol.

Del polvo al fruto.

Del polvo al animal.

Del polvo a la sangre.

A la voz, al grito, a la luz, al viento.

Tierra, tierra mía, tu cálida voz estremece mi piel.

Tierra, tierra mía, ¿desde dónde me hablas?

Otra vez ya no se dónde estás.

Ya no sé si te siento sobre mi piel o bajo ella.

¿Vienes a mí? ¿Voy hacia tí?

¿Surges de mí? ¿Surges hacia mí?

Tierra

Cuando la soledad llena tu noche de espanto,
cuando estés solo, lleno de un millón de hombres,
y sientas sobre tí el peso de los que han sido
y aún son, fantasmales, en tu entraña,
cuando la muerte de mis hombres
fundidos a mí en el polvo, vertidos a la yerba,
regados en el agua para la sed animal,
es aún vida de espíritu en Ti,
es cadena de hombre a hombre,
a pesar del principio y el fin;
cuando solo, en la soledad religiosa y dual
del instante supremo de la especie,
asomado a la ternura de abismo en los ojos de tu compañera,
veas el futuro de tu carne, de tu raza,
y sepas que estás dando en tu hijo
para lo porvenir el dolor más fuerte que te diera tu padre:
cuando caiga tu frente abatida
y te dobles como árbol herido,
ven a mí, ven a contemplar mi luz y mi color,
a escuchar mi canción.
Y oye y ve. Y que la paz sea en tí.

Poeta

Atiende al profundo significado de tus voces.
Por la raíz que te hiende y la hoja que te refresca,
el calor que te agita, el espasmo de tu vuelta,
la flor en que vuela el olor más hermoso de la germinación,
el fruto que lleva la pulpa de más miel;
por los animales que se encrespan y se aman,
y por tus venas henchidas de metal y aceite,
los hombres pululamos en Ti.
Y tú eres nuestro frente,
nuestra fuerza es en Ti un amor profundo.
Y de allí se vierte la vida
abriéndose como el viento,
agitándose como el mar,
ahondándose infinita como el espacio que nos cubre.

Tierra

Vuestra fuerza cae en mí.
Es sudor, sangre y llanto.
Mi fruto es de vosotros.
Es grano, agua, piedra, hierro, carne,
Mas, ¿por qué no venis plenos,
y llagáis mis campos y creáis ciudades?
La ciudad es un cubil árido.
Solamente asciende la marea de mis frutos
en su margen de piedra.
Y vosotros les dais hasta la última gota de sangre.
Clavad vuestras frentes en la noche.
Amaneced lívidos de esfuerzo.
Amaneced enfebrecidos.
Todo lo habéis dominado.
La ciudad es un árido cubil,
frondosa por los bosques de los hombres ambulantes,
crujiente de hierro y acero,
elevada en piedra a lo más alto,
donde las palabras dialogan con los truenos,
atestada de selvas de hierro
con el fuego de Dios entre manos humanas.
¿Y qué os falta a los hombres?
Hasta la misma noche está trizada toda.
Todo lo habéis dominado. Todo.
Sólo yo soy la olvidada.

Y hasta en mí pesa vuestra mano de garra.
Y nuestro olvido denso.
Más que olvido, desamor.
Mi dolor es de madre.
Elemental, puro, bárbaro, digno de Dios.
Doy todo lo que solicitáis.
Como hembra, doy, doy, doy.
Mi entraña no es mía si es de hembra.
Ni mi fruto. Ni mi adorno. Ni mi gala.

P o e t a

Tú, la que se da toda,
la que reclama los suyos,
la que se opone a la ciudad del hombre,
ya no eres vida libre,
tu propio camino está inundado
por la creciente impetuosa de la ciudad.
Ya tu voz ni tu fruto se elevan de su propia raíz
ni siguen la ruta de tu meta.
Todos salimos hacia la ciudad,
donde crece la humanidad que en Ti se hace bárbara.
En vano tus cielos son abiertos.
En vano tus ríos son frescos
y tus árboles de sombra
y tus seres de amor.
Tú no eres más que la esencia.
Al fin somos polvo, pero en la vida somos carne,
y la carne tiene aliento y el espíritu crece sobre sangre.
Tú, el polvo, el polvo que es todo,
que es germen y semilla y grito.
Tú que eres voz,
el grito eléctrico y crispado de amor,
el sollozo mordido del surco hendido y abierto,
de la carne penetrada y la sangre vertida,
tú, el alarido sangriento de los partos
y la densa oración de vientos en la noche,
el susurro de espigas en la brisa
y el murmullo de aguas en la tierra,
no eres más que el eco de los miseros hombres,
que con los ojos oscuros y las manos tendidas,
con las plantas llagadas y la pierna insegura,
entre nuestra propia noche
vamos con la fiebre en la frente,

el dolor en el sexo, la angustia en el pecho,
y el hambre en la entraña,
torvos y rencorosos, tanteando nuestra ruta,
En el fin nos espera la conversión al polvo,
el retorno a ti, inertes, sin amor y sin fuerza.
Mas, tú vienes plena en mitad de la vida.
Nutrido de tus frutos,
su pulpa nos sabe a sudor y sangre de hombres.
Por cada fruto tuyo, que su miel es nuestra,
los hombres crecidos en ti,
llagas para el olor del fruto,
son llagas que dan vida, placer y ternura
en el viento perfumado de una naranja desnuda,
y llagas que carcomen entre siglos y siglos
el espíritu al hombre.
Y ante la belleza de luz y colores,
y ante la amplitud de tus noches y tus cielos,
entre las voces elementales de donde viene Dios,
el hombre está desolado y triste,
abierto su pecho sólo para el gemido,
tristemente animal, bajamente hombre,
donde la palabra es roma para el canto
y el canto no es música para la palabra.
Los hombres están sembrados
con palidez de árbol en Noviembre.
Hundidos en el lodo,
mudos ante el horizonte, ciegos a su camino.
Tú, Tierra, estás encadenada a su dolor.
Tú, Tierra, libre en el polvo,
sólo la Muerte llega a tu libertad.
La vida está dada a tu repartición.
Vuela y canta el pájaro.
Se abre y perfuma la flor.
Pero el hombre es triste.
Tan triste que está solo ante su verdad
y atado a su dolor y hundido y hundido en su sombra.

Tierra

La verdad de tus palabras
mana como el agua de las nubes.
Pide aliento de trueno y olor de tempestad.
Cuando hablas de la tierra
más que nunca tus palabras son humanas.

Guayaquil, Ecuador.

ENRIQUE GIL GILBERT

VIDA, PASION Y MUERTE DE MIGUEL DE SANTIAGO *

Cuando, en 1492, las tres carabelas colombinas arribaron, por primera vez, a tierras americanas, trajeron, con el espíritu dominador de la Conquista, el aporte que, a través del Océano, España había de dar el desenvolvimiento universal, al plasmar en el medio respectivo los gérmenes de esplendor y poderío, como fuerza inicial de la epopeya.

Quizás pueda acusarse al impulso afirmativo de la raza el no haber respetado las manifestaciones autóctonas que, tras la arriesgada travesía, había de encontrar en nuestro suelo. Pero, es el caso que, aún sin detenernos a considerar el hecho en referencia, resulta innegable que no se puede hablar de unidad, con respecto a las primeras manifestaciones de arte genuinamente nuestro, o sea, el correspondiente al período anterior a la Conquista.

Poblado nuestro suelo por hombres provenientes de lugares muy diversos y deshechada por la Historia la leyenda de los Shyris como fuerza de expansión imperialista, es lógico que, cada uno de los tipos etnológicos que ocuparon nuestro medio, tuvieran su sensibilidad propia, de acuerdo con sus respectivos caracteres. Mas tarde, la conquista incaica, si bien pudo unificar la acción política, al someter a nuestros primitivos pobladores, no logró, en cambio, imponer su sensibilidad de pueblo dominador y fuerte. Es, pues, con la venida de los españoles, en las postrimerías del siglo XV, o, más propiamente, en las alboradas del siglo XVI, cuando empieza a plasmarse en el medio americano, y, de un modo especial, en Quito, un arte capaz de responder a un sentido de unidad, por su orientación y por su técnica.

Pero ¿cuáles eran las características de ese arte que, atravesando el Océano, había de hallar en las faldas del Pichincha, su representación más genuina y su expresión más elevada?

* Conferencia sustentada en la Universidad Central, el 3 de Abril de este año.

España que, con anterioridad al descubrimiento de América, se había visto sometida a la influencia artística de las más variadas tendencias, hubo de atravesar un período de indecisión antes de entrar, con paso firme, en las nuevas corrientes que el Renacimiento había abierto al espíritu de la Humanidad. Y, al producirse, en 1492, uno de los hechos más trascendentales de la Historia, el arte espapañol había rubricado ya, en la conciencia de la época, los caracteres que, más tarde habrían de consagrarlo, con Murillo y Velázquez, con Montañez y Cano. De modo que, al penetrar en el espíritu mismo del medio americano, si bien no respetó la modalidad autóctona que hallara, logró, en cambio, hundir sus raíces culturales en medios que, como Quito, correspondieron a la plenitud de concepciones que, a la sazón, se había registrado.

Bien es verdad que, desde los primeros tiempos de la Colonia, España se preocupó de enviar a tierras americanas, no sólo artistas de reconocido prestigio, sino, también obras capaces de determinar la ruta de futuras concepciones. Entre nosotros, por ejemplo, no es difícil encontrar, ya en colecciones particulares, ya en iglesias y conventos, producciones que, según ha podido constatarse, corresponden a los más inspirados maestros del Renacimiento europeo. Para demostrarlo, bastará consignar, a continuación, los términos que, con absoluto dominio de la cuestión tratada, registra el señor doctor don José Gabriel Navarro, en su importante obra titulada: "La Escultura en el Ecuador".

En efecto, dice el indicado autor:

"Conocido es el comercio de cuadros y obras de arte que, al principio de la vida colonial, se desarrolló entre España y el Nuevo Mundo. Se sabe como Murillo, huérfano y abandonado de su maestro, que marchó a Cádiz, pintaba telas por los años de 1639 a 1642, para venderlas, en la feria de los jueves, en la plaza de Sevilla. No han sido raras las identificadas como pertenecientes a este gran maestro, encontradas en Quito. Algunas de ellas aún permanecen en esta ciudad, como una Inmaculada Concepción, conservada en el Museo del señor Jijón Caamaño, y una Santa Teresa de Jesús, que reposa en el Convento de las Carmelitas. De Zurbarán, existe un San Francisco, en el Convento Franciscano de Quito, y otro cuadro fue exportado hace algunos años y se muestra ahora en el Museo Británico. También los dominicanos tienen dos telas de Velázquez, perfectamente autenticadas. Una tela de Rafael poseen los Jesuitas y dos del Ticiano —muy bien docu-

mentadas, por haber, con esa calificación, formado parte de los bienes del mayorazgo de la familia Lasso— han desaparecido, sin dejar otro rastro que la descripción detallada y la historia de su posesión por los antepasados de aquella familia, en los inventarios que aún se conservan en el rico Archivo de la Casa. Los Franciscanos trajeron, a principios del siglo XVII para adornar la preciosa galería del claustro bajo principal de su convento, 54 cuadros de la vida de San Francisco de Asís, pintados en Roma, y en el magnífico Museo que han formado con algunas de las obras que andaban antes desparramadas y casi sin cuidado alguno por todos los ámbitos de su enorme convento, muestran todavía muchos cuadros españoles, italianos y flamencos. La iglesia Catedral tiene, además, una colección de Profetas, traídos de Roma, a mediados del siglo XVII, por don Alfonso de la Peña Montenegro, XI Obispo de Quito, y el Convento de San Agustín posee, entre otras telas, una muy hermosa, firmada por Carreño.”

Y, luego, agrega:

“Lo mismo puede decirse de las obras de escultura: los colonos españoles traían gran cantidad y Vírgenes, Santos y Crucifijos, para iglesias y oratorios privados, que los habían muchos en casas y haciendas de los ricos, empeñados en hacerlos de veras primorosos. Y como, a principios del siglo XVII, se establecen ya, en Quito, las procesiones religiosas, como uno de los mejores recursos para despertar y mantener la religión Católica en nuestros antepasados, comienzan a venir de España estatuas procesionales, algunas de ellas, magníficas obras de reputados artistas, como el Cristo con la Cruz a cuestas que tienen los franciscanos para el paso del Cirineo y el Santo Domingo que poseen los dominicanos: Obras de Montañez”.

Tal fue el hermoso aporte que, con los primeros años de la Conquista, España dió a las tierras que habían sido descubiertas. De acuerdo con las modalidades de la época, las tendencias artísticas que llegaban a nuestro medio, venían inspiradas del más puro fervor místico, pues, el arte que, a la sazón, se hacía conocer a los colonos, se hallaba al servicio de la fe, como medio afirmador de la Conquista. De allí la grandiosidad de las iglesias coloniales, que si, en su aspecto exterior, constituyen verdaderos monumentos, en su aspecto interior, son relicarios de sublimes concepciones, dignos, uno y otro, de un prolijo y meditado estudio.

Así nació el arte quiteño: al ritmo de la Conquista y al amparo de la fe. Y es, por esto, que sus primeras concepciones se resienten de una falta de originalidad de sus motivos, o sea, de una carencia absoluta de temática propia. Sus primeros maestros, esto es, sus precursores, se vieron, muy de cerca, deslumbrados por la acción del dogmatismo, que imponía sus más recios caracteres, de un modo total, irrecusable.

Pasado el primer momento —que bien podría llamarse de aclimatación estética— los artistas quiteños, por sí solos, empezaron a realizar sus brillantes concepciones, las que, si no hubieron de apartarse del motivo religioso, registraron, en cambio, modalidades propias, en la ejecución de sus ideas.

Diego de Robles, escultor, y Luis de Ribera, pintor, y decorador, establecieron, en Quito, en la primera mitad del siglo XVI, un taller, que sirvió de escuela a un núcleo numeroso de discípulos. Las labores se realizaban de un modo armónico y conjunto, dividiéndose el trabajo, de acuerdo con las habilidades de cada uno de los ejecutores. Los **imagineros** —que así se llamaba a quienes se dedicaban a esta clase de actividades, por el carácter religioso de sus obras— adquirieron, en breve, gran renombre, no sólo en las más importantes ciudades americanas, sino, también, en España, de donde provino una demanda inusitada. Y lo más raro es que, como se ha dicho, la producción se realizaba, al igual que en España, donde los artistas se agrupaban por Gremios, mediante la división de trabajo, que se hacía entre los propios creadores. Así, mientras los **talladores** hacían las figuras, los **encarnadores** las daban vistosidad, complementándose, de este modo, las funciones, sin romper la unidad y la armonía, propias de la obra de arte.

Cada vez adquieren mayor valor estas primeras manifestaciones del sentir estético quiteño, las mismas que, después de todo, sólo pueden ser consideradas como las precursoras de una época de esplendor, que alcanza, en el siglo XVII, su expresión más elevada, con la aparición de quienes habrían de constituir, más tarde, la representación más genuina de la escuela clásica quiteña.

Y, por lo mismo, los errores de técnica que, como es natural y lógico, hubieron de registrarse en las primeras creaciones, van desapareciendo, con la evolución gradual del conocimiento, hasta dejar de ser, en la época antes indicada, en la que Miguel de Santiago constituye la figura de más fuerza y representación, dentro de la conciencia estética del medio.

En efecto, la Pintura, que, como modalidad propia, había visto, con anterioridad al siglo XVII, las obras del Padre Be-dón, religioso dominicano, empieza a deslumbrarse, a mediados de este siglo, con las producciones de Miguel de Santiago, considerado, con justicia, como la más alta expresión del sentir artístico de la Colonia. Y si bien, de acuerdo con lo antes expresado, ha sido discutida su personalidad, por la falta de originalidad en sus motivos, no puede negarse, en cambio, el dominio de su técnica, caracterizada, casi siempre, por pinceladas largas y seguras, que, como dice un autor, al propio tiempo que comunican frescura al color, son indicios ciertos del talento artístico de tan inspirado maestro.

Y es que en Miguel de Santiago, mas que en cualquiera de los otros pintores coloniales, se deja sentir, con caracteres firmes, la decisiva influencia que, en su espíritu, tuvieron los más grandes pintores españoles. De allí que, en determinados momentos, el Ilustrísimo Federico González Suárez, Arzobispo de Quito, llegue a pensar que "o vino de España, cuando ya era un pintor diestro, o estuvo en España, en Sevilla, donde, indudablemente, fue discípulo de Murillo a cuya escuela pertenecen sus cuadros". "Nos parece imposible —afirma el sabio sacerdote— expresar de otro modo el estilo y la manera de sus pinturas". . . . "En las obras genuinas del pintor quiteño, hay rasgos y pinceladas de mano maestra y parece como si el pincel del mismo Murillo hubiese dado esos toques diestros, que han inmortalizado, con razón, entre nosotros, el nombre de Miguel de Santiago."

Sin embargo, cabe expresar que, contra estas aseveraciones, se pueden oponer numerosas transcripciones de importantes personajes que vivieron o vinieron a Quito, durante la época de la Colonia. El señor doctor don Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, por ejemplo, en 1792, esto es, en "Primicias de la Cultura de Quito", edición correspondiente al N^o 6, al referirse a las magnificencias del medio, dice que "cuando estaba negado todo comercio con la España y apenas, después de muchos años, se recibía, con repiques de campanas, el anuncio interesante de la salud de nuestros Soberanos, en el que bárbaramente se llamaba Cajón de España, entonces, estampaba las luces y las sombras, los colores y las líneas de perspectiva, en sus primeros cuadros, el

diestro tino de Miguel de Santiago." Y los sabios marinos españoles, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, que, en comisión regia, visitaron nuestro continente, en 1736, en la "Relación Histórica del Viaje a la América Meridional", impresa, en Madrid, doce años después, afirman, al referirse a Quito, que, en la Pintura, "fué célebre un mestizo, nombrado Miguel de Santiago", de quien, dicen, "se conservan con grande estimación algunas obras", afirmando que "otras, de su mano pasaron a Roma". Igualmente, el Padre Juan de Velasco, en su "Historia Moderna del Reino de Quito", concluída en 1789, asegura, también, que "no pocos de sus artistas se han hecho célebres y de gran nombre: Entre los antiguos se llevó las aclamaciones, en la Pintura, un Miguel de Santiago, cuyas obras fueron vistas con admiración en Roma."

Pero, si las anteriores transcripciones inducen a creer, de un modo claro y terminante, que Miguel de Santiago nació en Quito, no son, con todo, un documento que, en forma irrefutable, demuestra lo que se desea. Es, tan solo, el precioso hallazgo que, en 1937, hiciera, en una de las Notarías de esta Capital, el señor don Alfredo Flores Caamaño, el que ha venido a poner en claro la cuestión tratada. En efecto, consiste el encuentro en referencia en el testamento que el propio artista otorgara, el 31 de diciembre de 1705, ante el Escribano Público, señor don Manuel de Cevallos y Velasco — "en entero juicio, memoria y entendimiento natural" — en el cual se ha podido comprobar que tanto Miguel de Santiago como sus padres fueron nativos de nuestro medio, según puede deducirse de los términos que, a continuación, se copia: "En nombre de Dios todopoderoso, amen: sea notorio a todos los que este presente testamento cerrado, última y postrera voluntad, vieren, como yo, Miguel de Santiago, vecino de esta muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito, hijo natural de Lucas Vizúete y Juana Ruiz, originarios que fueron de esta dicha ciudad", etc.

Con lo cual queda despejada la incógnita: Miguel de Santiago nació en Quito, ciudad en la que permaneció casi toda su vida, según será dable comprobarlo en los capítulos que, a continuación, registran.



¿En qué año nació Miguel de Santiago?
He aquí un punto que la investigación histórica no logra

dilucidar todavía, no obstante los esfuerzos hechos con este objeto.

En nuestro concepto, Miguel de Santiago debe haber nacido, aproximadamente, en 1626, por cuanto se halla debidamente comprobado que en 1656 permaneció pintando los cuadros que representan la vida de San Agustín, que en 1683 estuvo decorando las puertas del nicho y del sagrario del Santuario de Guápulo y que en 1706 rindió su tributo a la tierra.

Para demostrar lo primero, se considerará el hecho de que en uno de los indicados cuadros —cuya serie se exhibe en el Convento del mismo Santo— se lee la inscripción que sigue: **"Este lienzo con 12 o más pintó Miguel de Santiago en todo este año de 656, en que se acabó esta historia."**

Para probar lo segundo, se establecerá que, en el Libro de Cuentas que, correspondiente al año ya indicado, consérvese en el respectivo Santuario, encuéntrase el siguiente dato: **"A Migl. de Santiago, que pintó las puertas del nicho y del Sagrario, pagué 50 p.,"** etc.

Para afirmar lo tercero, se señalará que en la documentación testamentaria del mismo artista, es fácil encontrar la declaración del Escribano Público, don Manuel de Cevallos y Velasco, quien, en cumplimiento del pedimento y mandato del Juez de la Provincia, certifica que, con fecha 5 de enero de 1706, fue a la morada de Miguel de Santiago, situada en el barrio de Santa Bárbara, donde, dice, **"en una sala de dicha casa, sin puerta, hallé el cuerpo de dicho Miguel de Santiago, tendido en el suelo, con hábito de la religión del Gran Padre San Agustín, por mortaja, y su Santo Cristo Crucifijo, al pecho, asido a las manos, frío el rostro y sin huelgo..."**

Establecido, con exactitud, lo anterior, cabe suponer que, para la ejecución de obras como las que constituyen la serie correspondiente a la Vida de San Agustín, debió el artista poseer la suficiente madurez estética para la ejecución correspondiente, lo cual no pudo suceder antes de los treinta años, o sea, la edad que tendría en 1656. Más tarde, con mayor dominio de su técnica, estuvo en Guápulo en 1683, o sea, a los 57 años. Y, por último, lanzó el último suspiro, en 1706, o sea, a los 80 años, lo cual nos parece muy factible.

Claro es que estas apreciaciones están sujetas a futuras rectificaciones, cuando la investigación paciente y el estudio de nuestros archivos nos deparen nuevos datos, que, por su importancia, despejen las sombras encontradas.

Se ha supuesto, en más de una ocasión, que Miguel de Santiago, si no nació en España, por lo menos, estuvo en la Península, donde fue discípulo de Murillo.

Tal aseveración no es factible, pues, hoy que la penetración histórica ha logrado llegar a descubrir algunos detalles acerca de su vida, se puede deducir la imposibilidad material en que se hallaba para emprender tan larga travesía.

En efecto, si nos atenemos a los bienes que, según su testamento, poseyó, en vida, Miguel de Santiago, podemos establecer que ellos no pudieron nunca facultarle los medios, suficientes para una empresa de estas proporciones. Por el contrario, en el documento en referencia, el artista hace constar, como sus propiedades, la casa que habitaba —adquirida por herencia de su madre— en el barrio de Santa Bárbara; y la que adquirió —por compra, en 120 p., a Francisca de Mesa e hija— situada en el mismo barrio; un solar en la Colación de la Parroquia de San Sebastián, el que, en parte, fue adquirido por herencia de su madre, habiendo, con posterioridad, comprado los derechos de los demás condóminos; y media cuadra de tierra cercada **“con un cuarto de vivienda de teja de media agua”**.

Con estos únicos bienes, mal pudo Miguel de Santiago realizar el viaje en referencia, pues, según parece, apenas le rendían lo suficiente para vivir estrechamente en Quito, según lo demuestra la escritura que, el 26 de junio de 1660, hubo de suscribir en favor de la señora Jerónima López viuda de Quintana, quien, según lo acredita el documento en referencia, le facilitó 110 p., **“para suplir sus necesidades”**.

Por otra parte, existen diversos testimonios que aseguran la permanencia de Miguel de Santiago, en Quito, durante los años de 1656, 1660, 1672, 1676, 1684 y 1697, o sean, la leyenda existente en uno de los cuadros que se exhiben en el Convento de San Agustín, escrituras públicas celebradas con posterioridad y su permanencia en el Santuario de Guápulo, igualmente comprobada.

Por lo tanto, es dable presumir que Miguel de Santiago residió regularmente en Quito, donde aprendió su arte, en contacto con uno de los tantos maestros que vivían, a la sazón, en nuestro medio.

Miguel de Santiago, según su declaración, fue hijo natural de Lucas Vizúete y Juana Ruiz. Nada se sabe acerca de los progenitores del maestro, cuya madre, según parece, poseyó pequeños bienes de fortuna, que, a su muerte, fueron heredados por sus hijos. Así se desprende de la afirmación del artista, al referirse, primero, a la casa en que habitaba en el barrio de Santa Bárbara, y, luego, al solar de la Colación de la Paroquia de San Sebastián, acerca del cual textualmente dice: **"Parte de dicho solar quedó por fin y muerte de dicha mi madre y las más partes —que pertenecían a los demás herederos— las compré, con que únicamente poseo y son más dichas partes."**

En un día que la Historia aún no puede precisar, Miguel de Santiago contrajo matrimonio, probablemente en Quito, con doña Andrea Suñoros y Alvarado, la que, según declaración del artista, no aportó dote ni bien alguno, al igual que su esposo, quien, a la sazón, no poseía capital de ningún género, habiendo con posterioridad adquirido los bienes constantes en su testamento, en la forma antes dicha: Parte por herencia y parte con su **"propio sudor y trabajo"**.

De este matrimonio, nacieron Agustín de Cisneros, otro Agustín, Bartolomé de Cisneros, Isabel de Cisneros y Juana de Ruiz y Cisneros, los primeros de los cuales fallecieron in dejar descendencia, más no así las dos últimas, o sea, doña Isabel —que casó con el Capitán Antonio Egas Venegas de Córdoca, de quien tuvo un hijo, llamado Agustín Venegas de Córdova (presbítero)— y doña Juana, que tuvo un hijo, llamado Agustín Ruiz, quien, a la muerte de su madre, pasó a poder del maestro, el que, al hacer su testamento, el 31 de diciembre de 1705, declaró que el niño tenía, a la sazón, 7 años.

Por mucho tiempo se ha creído que Isabel de Cisneros contrajo matrimonio con Nicolás Javier Gorívar, o sea, el más aprovechado discípulo de su padre. Pero, con posterioridad, la investigación histórica ha logrado comprobar que Gorívar casó con doña María Guerra, de la que tuvo un hijo, que fue bautizado, en Guápulo, el 10 de octubre de 1688, con el nombre de Francisco de Borja, quedando, por lo tanto, rectificado lo anterior.

En cuanto a la condición social de Miguel de Santiago, cabe decir que, por la preposición empleada entre su nombre y apellido, llegóse a creer, en un principio, que se trataba de un hidalgo español venido a nuestro medio. Pero, como, con tanto acierto, lo ha hecho notar uno de nuestros más distinguidos historiadores, en aquellos tiempos, muy lejanos de los actuales, estaba de moda el uso de la preposición *de* antes del apellido, seguros de que, con ella, adquirirían título de nobleza. Así, el autor a que me refiero cita el caso de un sirviente del doctor Herrera y Cevallos, que solía firmar: Gregorio de Cevallos.

Con respecto a su situación económica ya nos hemos ocupado al referirnos a la imposibilidad material en que estuvo Miguel de Santiago, para emprender su viaje a Europa. Además, precisa ratificar que esta nunca fué holgada, ya que el maestro tuvo que pintar, sin descanso, hasta los últimos años de su vida, para, de este modo, ganar el sustento.

Por lo demás, según lo acredita la tradición, Miguel de Santiago fué siempre impetuoso, irreflexivo y violento, razón por la cual relatanse de él muchas anécdotas, que, a continuación, registraremos. Ciertamente es que muchas de ellas carecen de originalidad, habiendo sido, con anterioridad, aplicadas a otros artistas. Pero, con todo, las anotaremos, como manifestaciones del concepto que, sobre la personalidad de Miguel de Santiago, se ha llegado a formar el vulgo.

Y si, como dice don Juan León Mera, el lienzo del Milagro del Peso de las Ceras, contiene el retrato de Miguel de Santiago, este poseía fisonomía agradable y talle erguido, muy de acuerdo con las condiciones psíquicas antes dichas.

Como la de todos los grandes artistas, la vida de Miguel de Santiago está envuelta en una serie interminable de leyendas...

Se cuenta que, una vez, en su deseo de alcanzar una reproducción exacta de la agonía de Jesús, para un cuadro que debía pintar con este motivo, no vaciló en crucificar a uno de sus discípulos, aprovechando su gesto de dolor, para la rápida reproducción en el lienzo. Cuando, con la última pincelada, Miguel de Santiago trató de descolgar a su modelo, halló, no sin sorpresa que este había fallecido. Lo que, según la tradición, obligó al autor a refugiarse, por más de un año, en el Convento de San Agustín, rehuyendo la acción de la Justicia.

Durante este lapso, Miguel de Santiago pintó, según se cree, los numerosos cuadros que representan la vida de San Agustín, entre los que cabe mencionar, de un modo muy especial, la Genealogía del Santo Obispo de Hipona.

Sin embargo, en contradicción con la leyenda, está la aseveración hecha por un inteligente Padre agustino, Fray Valentín Iglesias, quien, en su opúsculo titulado: "Miguel de Santiago y sus Cuadro de San Agustín", asegura que no existe en el Archivo de la Orden ningún dato que compruebe la reclusión en referencia y sí que los indicados cuadros fueron hechos con los donativos de personas piadosas, entre las que se hallaban los propios Oidores de la Real Audiencia.

Se dice, además, que, en otra ocasión, habiendo tenido que trasladarse, por pocas horas, a Guápulo, Miguel de Santiago recomendó a su mujer que cuidara, durante su ausencia, el retrato recién terminado de un alto funcionario de la Audiencia. Sin embargo, no bien se había alejado el artista, cuando un cerdo se acercó a la obra y la destruyó en parte. Por felicidad, Nicolás Javier Gorívar, quien, como se ha dicho, era su más aprovechado discípulo, tomó, en el acto, el pincel y reparó, con tanto acierto el daño, que Miguel de Santiago, de regreso a Quito, no se fijó en él; mas, al saber, por el propio Gorívar lo que había sucedido, cargó contra este a cintarazos, cortó a su mujer con una espada y puso en fuga al funcionario, que intentó intervenir en la refriega.

Por último, se afirma que, después de convencer de las magníficas cualidades de la obra que le había encomendado, Miguel de Santiago arrojó a los pies de un cliente descontento, el valor recibido por la misma.

Ya se ha dicho que los más grandes maestros de la pintura española tuvieron una decisiva influencia en el espíritu de Miguel de Santiago, al extremo de llegar a suponerse que si no nació en España, por lo menos, estuvo en la Península, donde fue discípulo de Murillo. A lo que hay que agregar que el señor doctor don José Gabriel Navarro cuenta que, al visitar el Ecuador, en el presente siglo, el pintor español José López Mezquita, no pudo menos que expresar la impresión que le causaba el parecido de las obras de Miguel de Santiago con las de Goya, pintor peninsular que vivió cien años después de aquel. Todo lo cual demuestra que el espíritu del más grande pintor clásico quiteño llegó a identificarse en tal forma con la Escuela Española, que, adelantándose a su época, tuvo rasgos y pinceladas que, con posterioridad, hubieron de repetirse en la Península.

Naturalmente, lo antes referido sirve para demostrar la escasa originalidad de Miguel de Santiago, en la composición de sus cuadros. En Quito, por ejemplo, se ha llegado a comprobar que los lienzos correspondientes a la serie que representa la Vida de San Agustín y que se exhiben en el Convento respectivo, son tomados de las láminas del grabador Schelte Adams —llamado Bolsweert, por el lugar de su nacimiento— aunque es justo reconocer que, en muchos casos, la ejecución de Miguel de Santiago, supera, a la del europeo.

Por lo demás, estas apreciaciones han dado lugar a los más variados comentarios, negándose, en ocasiones, la significación de Miguel de Santiago. Sin embargo, como bien claro dice uno los más decididos panegiristas del maestro, el que, en un momento dado, se discuta la personalidad de un autor, por la falta de originalidad de sus producciones, no significa, en modo alguno, que, por eso, sea incapaz de interpretar, con maestría, el natural.

Las obras de Miguel de Santiago existentes en Quito, se encuentran, principalmente, en los Conventos de San Francisco, San Agustín, El Tejar y otros. También hay algunas en el Museo Nacional y no pocas en colecciones particulares. En Europa, como se ha dicho ya, se exhiben, también, producciones del mismo autor, llevadas, en su mayor parte, durante la Colonia, y, algunas, durante la República. En Lima, Capital de la República del Perú, se halla, según lo afirma un entendido, en el Convento de los Franciscanos Descalzos, un hermoso cuadro de Miguel de Santiago, que representa a Cristo en agonía. Todo lo cual viene a demostrar que la producción artística del primer pintor de la Colonia, ha llegado a difundirse, no sólo en América, sino, también, en Europa.

De allí que su personalidad se haya afirmado en la conciencia estética del medio ecuatoriano, pudiéndose asegurar que, como muy bien lo dijo ya un escritor del siglo pasado, Miguel de Santiago es para nosotros, lo que Rafael Sanzio es para la humanidad...

Miguel de Santiago dejó de existir el 5 de enero de 1706, según la certificación hecha por el Escribano Público, don Manuel de Cevallos y Velasco, que antes queda mencionada. Su cadáver fue seguramente, sepultado en la iglesia de San Agustín, pues, en el testamento del artista aparece como su postrera voluntad la de que "sea sepultado en la iglesia del Convento del Gran Padre San Agustín y entierro de los religiosos de él", con la concurrencia del Cura de la Parroquia de Santa Bárbara, con Cruz Alta y dobles de campanas. Para terminar, textualmente dice: "Aquel día, si fuera competente, y, si no, el siguiente, se me dirá una misa cantada y ofrendada de pan, vino y cera, con Diácono y Subdiácono. Y se pagará de mis bienes".

Con la anterior declaración, queda totalmente deshechada la posibilidad de que el cadáver del primer pintor quiteño de la Epoca Colonial, hubiese sido sepultado en la Capilla del Sagrario, al pie del altar de San Miguel, como, en 1877, lo creyó el profesor español Gonzalo Jiménez, quien hizo colocar una placa relativa a este asunto. Con posterioridad, un investigador ecuatoriano, el señor doctor don Pablo Herrera, hubo de comprobar que tales datos correspondían a un certero de igual nombre, que murió en 1673 y no al más alto exponente del sentir estético del medio.

Su testamento fue abierto veinte días después de su muerte, o sea, el 25 de enero de 1706, por el mismo Escribano Público, tantas veces mencionado, en presencia del maestro Antonio de la Chica Cevallos y de doña Isabel de Cisneros, hija legítima de Miguel de Santiago, ante quienes, **despuntando los hilos que se hallaban cosidos y desquiciando los partes de lacre**, abrió el respectivo documento, leyéndolo de principio a fin, con el concurso de varias otras personas, entre las que, de un modo especial, se cita al Capitán Matías Zapata.

Para terminar, cabe expresar que, a través del tiempo, en el Ecuador, no obstante la escasa capacitación de nuestro ambiente cultural, se ha mantenido siempre con veneración la memoria de Miguel de Santiago. Sus obras, que constituyen lujo y ornamento en diversos lugares de Quito, han sido miradas siempre con el recogimiento espiritual que inspiran las más elevadas concepciones de la Estética. **"En 1857 —cuenta el tradicionalista peruano, don Ricardo Palma— fue robado un pedazo del cuadro (La Genealogía del Santo Obispo de Hipona) que contenía un hermoso grupo: La ciudad se puso en alarma y el pueblo se constituyó en pesquisador, hasta que el cuadro fue rescatado"**. Y es que, no obstante lo antes expresado, no es posible rehuir el tributo de admiración que se merece quien alcanzó del Ilustre Padre Cappa —después de recorrer todos los países de nuestro Continente, antes de la publicación de su obra, titulada: "Estudios Críticos acerca de la Dominación Española en América"— los siguientes significativos conceptos: **"Sólo Miguel de Santiago, en la Pintura, contrabalancea y supera a todos los pintores del resto de la América del Sur."**

J O R G E P E R E Z C O N C H A

TIEMPO Y RITMO DE LA AVENTURA

ESTAMPA DEL FABULOSO CONQUISTADOR DON SEBASTIAN DE BENALCAZAR *

Exigencia es del Grupo América una conferencia pública de cada uno de sus nuevos socios. Y por tal motivo me he atrevido a ocupar ese sitio, al que nunca esperé llegar. Traigo en mis manos, para cumplir con la obligación, no el tratado científico que comentarán los sabios, ni la balada suave dirigida al corazón de los poetas, ni la invención lírica cara a los dioses, sino unos modestos apuntes de historia, que de tal tienen muy poco y de entusiasmo mucho.

Es un retazo de historia americana. De nuestra historia, en la que pueden encontrarse todos los placeres y todas las enseñanzas que buscamos afanosamente en la historia de Roma o en la historia de Francia. Pero tranquilícense ustedes: no va a ser una clase, va a ser una novela la que van a escuchar. Porque así comprendo la historia: como una novela de realidades que parecen fantasías. El relato de realidades escuetas y mondas está bien para los eruditos, y yo no soy más que un estudiante que va a leer unos apuntes extraídos de los grandes libros.

Me he situado frente a la figura de un conquistador español y he medido toda su grandeza y su soberbia. Poco conocía yo de estas historias, ya que estaba, como todos, con la atención volcada sobre el pasado y el presente de Europa. Y una íntima satisfacción he tenido al retornar la vista y contemplar estas tierras ecuatoriales que nos dan vida.



Leyendas, acertijos, brujerías y mitos poblaban la atmósfera de la Edad Media, volviéndola espesa, exasperante, propicia a la inquietud y a la aventura. De entre las nieblas del

* Conferencia leída en el Salón Máximo de la Universidad Central, el 10 de Abril de 1940.

Océano, y por obra de la audacia de Colones y Vespuccios, de frailes y de mareantes, de soldados y de cosmógrafos, iba saliendo a la luz un mundo desconocido, un continente poblado de extraños hombres, de animales nunca vistos. Y se iba formando poco a poco el mapa de una América misteriosa, vestida con los colores del arco iris, que excitaba las fantasías y que invitaba a todas las audacias.

Nació América para el mundo y murió la Edad Media para Europa. La atmósfera espesa y exasperante que cubría a la Europa medieval, insufló de energía el espíritu de los hombres, y el viejo Atlántico pudo contemplar asombrado el espectáculo que hasta entonces fuera patrimonio del Mediterráneo: el paso de guerreros, el sonar de espadas, el tejer de ilusiones; un desfile de jasones que dejaban atrás seguras playas para ir a conquistar los reinos de la quimera. Un ir y venir de adalides sobre unas aguas que hasta hace pocos años fueran el *Mare Tenebrosum*, temido y temible.

Cada viaje era un nuevo descubrimiento. Cada nao que regresaba llevaba informes que modificaban las cartas hechas el día anterior. Donde se suponía una isla estaba un continente. Donde se había dibujado un mar estaba un río. Y afloraban hasta las mesas de los cartógrafos llanuras inmensas, cordilleras gigantescas, selvas milenarias.

España, que dió el dinero y el aliento para el descubrimiento, convencida ahora de la existencia de un mundo nuevo en la mitad del océano, da también su sangre para la conquista de ese mundo. Y enrojecido de sangre europea y de sangre americana, comienza a llegar a la Península, en pesados galeones hinchados, un metal amarillo que va a crear el Siglo de Oro español y que va a crear toda la grandeza de España. Oro robado en los bohíos indígenas, arrancado de los templos mexicanos y peruanos, buscado con afán por cordilleras y llanuras, obtenido mediante tormentos y asesinatos. Oro de América para el esplendor de Europa. Oro de la América bárbara para satisfacer la civilización de Europa.

España se reproduce sobre la carne de América. Carne roja y áspera en cuya superficie aparece una Nueva España, una Nueva Castilla, una Nueva Granada, una Nueva Andalucía. Poco a poco una América española va naciendo entre sonar de armaduras, relampaguear de espadas, relinchar de caballos y agonizar de hombres. Empresa titánica iniciada en el mar, bajo la protección del astrolabio y continuada en la Tierra Firme con la cooperación del músculo y el acero, ante las miradas atónitas de un Sol divino, cuya divinidad ha llegado

al ocaso definitivo con el sacrilegio inverosímil de los conquistadores.

Héroes de Homero estos conquistadores y mareantes, en cada uno palpita una epopeya grandiosa, en la que no faltan el artilugio sobrenatural ni el amor de la mujer. Para los frailes y los filósofos, América es un continente creado por el diablo y poblado de incubos y súcubos y cuyas riquezas, añagazas son del demonio, fatales para los hombres. Y en cada aventura, en cada poblado, el capitán español vencedor y soberbio, busca a la mujer indígena como parte de su botín. Amor de paso, incidental y accidental, engendrará, a pesar de la fugaz presencia del macho, la raza futura de América.

Aventureros y bastardos, empresarios y contratistas, embaucadores y mercaderes, todos llegan al borde de la quimera y construyen la más grande epopeya de la historia, que no necesita ser escrita ni cantada para ser magnífica y sublime. La epopeya está en marcha y Bernal Díaz del Castillo nos llama la atención: "Miren los curiosos lectores esto que escribo, si había que ponderar en ello. ¿Qué hombres ha habido en el Universo que tal atrevimiento tuviesen? Pasemos adelante."



La historia había abierto las puertas de la oportunidad, y por ellas se precipitaba una multitud anónima, flor de aventura nacida en la miseria, anhelosa de tener un nombre y un sitio bajo el sol. Hidalgüelos sin fortuna, leñadores, porquerizos, estudiantes ilusionados, capitanes formados en Flandes o en el saqueo de Roma, todos toman pasaje en las galeras que despacha Sevilla hacia el mundo fantástico con que tropezara Colón en su viaje al Extremo Oriente.

Sin más bienes que una capa y una espada, salían de España jóvenes y sin nombre. Al final de la travesía, durante meses angustiosos a través del Mar de Sargazos, ya les había nacido un bigote y una barba hirsutos que los convertirán en semidioses ante los ingenuos habitantes de América. El nombre... ya lo irán forjando de golpe en golpe, de estocada en estocada.

Hombres sin edad y sin nombre, se puede decir que nacieron en América. Que nacieron armados de todas armas y

con la madurez necesaria para la heroicidad. Como nació Minerva de la cabeza de Júpiter, tal se presentan los conquistadores a las miradas que escrutan seis siglos después.

Las Antillas fueron conquistadas. México fué conquistado y destrozada su civilización. Guatemala, Nicaragua, el Darién, Santa Marta, Cartagena, el español miraba hacia todos los horizontes con la mano en la empuñadura y la mirada brillante. Porque había encontrado oro en las tierras recién descubiertas. Y el oro sería lo que comprara toda la felicidad presente y futura. Y lo que abriera todas las puertas.

Descubierto el Mar del Sur, nuevos horizontes se extendieron ante la ansiedad de los aventureros. En el Darién se hacen y deshacen expediciones de descubrimiento, se construyen navíos, se remiendan velas, se enganchan soldados, y un continuo trajinar de mareantes, de pilotos, de capitanes, de artilleros y de infantes, promete una era de nuevas aventuras, de nuevos descubrimientos, de nuevas riquezas.

Y allí, ante la tentación del mar virgen que vela todos los misterios que la imaginación puede concebir, firman contrato para un descubrimiento un tal Francisco Pizarro, mozo audaz y ambicioso, un tal Diego de Almagro, montaraz y decidido y un clérigo con ribetes de loco llamado Fernando de Luque. ¿Los nombres son verdaderos? ¿Cuáles son sus antecedentes? En ambiente de tensión constante, en un puerto poblado de tipos de toda catadura, en un momento en que lo único que importa es el arrojo y la valentía, ¿quién se preocupa de averiguar nombres y antecedentes? Importan los hombres, y las firmas pueden hacerse solamente con una cruz.

En 1524 sale Pizarro con 114 hombres, en la primera exploración sobre el Mar del Sur. Las costas hostiles, los vientos desconocidos, el misterio por todos lados, esa expedición es un completo desastre. Noticias llegan de ello a Panamá, y el Gobernador Pedrarias decide poner remedio a la situación de los peones enganchados.

Y con un gesto magnífico, con sonar de espuelas y brillar de dagas, se inicia la epopeya allá en la Isla llamada del Gallo, que consagra a los trece de la fama. Pizarro explora por primera vez las costas del Perú y regresa extenuado a Panamá. La sociedad está expuesta a la quiebra, ya que los gastos son infinitamente mayores que los ingresos. Y además, el gobernador Pedrarias prolonga su autoridad hasta esas tierras no descubiertas, pretendiendo apoderarse de lo que todavía no existe, para fastidio y preocupación de los socios.

Con el fin de arreglar este asunto, marcha Pizarro a Es-

paña en 1528, firma unas capitulaciones reales por las que se le nombra gobernador y Capitán General de todo lo que descubriere en el Mar del Sur, Adelantado y Alguacil Mayor, todo con carácter vitalicio. Regresa entonces con el papel real en la mano y doscientos hombres en las galeras. Le acompañan también sus cuatro hermanos: tres Pizarros y un Alcántara.

En estas idas y venidas, en negociaciones y habladurías, han pasado siete años desde que se verificó la primera expedición. Al cabo de este tiempo sale la segunda compuesta de 180 hombres, 27 caballos y tres navíos. Los compadres del contrato habían regado la voz por todas las Gobernaciones y Capitanías: iban a descubrir y conquistar el Perú, el más rico de cuantos reinos existían por acá. Y la propaganda no tenía más objeto que hacer acudir marineros y soldados para reforzar una expedición que marchaba contra fuerzas ignoradas todavía. Y habían, además, invitado a cooperar a varios capitanes amigos que languidecían inactivos en diferentes lugares de América Central.

Pero se necesitaba comprobar ante los ojos escépticos de los que se quedaban, que no eran fabulosas las riquezas prometidas, que no eran fantasías ni visiones los montones de oro anunciados. Los expedicionarios divisaron tierra habitada un día y dirigieron sus quillas hacia la playa. Asaltaron y saquearon la población como primera y única providencia, y el botín arrojó la cantidad de treinta mil castellanos de oro. Era la comprobación de los rumores, era la demostración de todas las fantasías. Estaban en la tierra del oro, y había que hacérselo saber también a aquellos que con sonrisa burlona los despidieron en Panamá. Por eso Pizarro, astuto y certero, remitió aquellos treinta mil castellanos al Istmo, "para acreditar la tierra, dice, y poner codia a la gente."

La expedición siguió rumbo al Sur, pasó por las tierras de los Cojimés sin tocar, y fué a echar el ancla en una bahía serena que llamaron el Puerto Viejo. Aquí es cuando aparece en la escena tropical un nuevo Capitán: don Sebastián de Benalcázar, quien venía de Nicaragua atendiendo la llamada de Pizarro que lo conocía como bueno y valiente. Dos años más tarde, todos juntos, ocupaban ya Cajamarca, en pleno reino de los Incas del Perú. Habían matado muy cristianamente a Atahualpa y eran en total quinientos hombres.

¿Quién era este Benalcázar?

Como de todos los aventureros de la época, poco sabemos de Benalcázar. Nació en cualquier pueblo de España, cre-

ció y fugó un buen día a América, refugio de pobres diablos y de ambiciosos. El, pobre diablo también y ambicioso, iba con su capa y su estoque a nacer allá y a forjarse un nombre.

Ni siquiera se llamaba Benalcázar, pues éste era el nombre de un castillo en los alrededores de Córdoba, junto al cual nació. Su hermano se llamaba Fabián García Moyano y su hermana Anastasia Moyano. De manera que él pudo ser Sebastián García, Sebastián Moyano, o Sebastián García Moyano. Pero prefirió nombre más sonoro y señorial para entrar en las páginas de la historia, por lo cual escogió el de Sebastián de Benalcázar.

En cierta carta posterior al Rey, señala que pasó "a Indias en descubrimiento dellas", en el "año de 1507, siendo solamente descubierta la Isla de Santo Domingo a donde llegué." Con Nicuesa o con Pedrarias debió pasar al Darién, en donde fué designado para una guarnición en Nombre de Dios, guarnición abandonada y olvidada, que se moría de hambre y que mataban poco a poco los indios. De allí los sacó Vasco Núñez de Balboa, y les dió tierras en Santa María la Antigua. Seguramente Benalcázar acompañó al descubridor del Mar del Sur, y sus ojos fueron también los primeros en ver aquel mar que no conocían los mapas de los más afamados cartógrafos.

Poco habrá durado su vida como colono en Panamá, ya que el ambiente era de inquietud y de improvisaciones. Seguramente por entonces ya habló con Pizarro y con Almagro, con quienes habría platicado y hecho proyectos. De aquellos absurdos proyectos que entonces se hacían, y que a la vuelta de pocos meses o años dejaban de ser absurdos para convertirse en asuntos corrientes y naturales.

Anduvo Benalcázar por Centro América; estuvo en la fundación de Nueva León y fué su primer alcalde. Descontento con la conducta de Pedrarias, fué uno de sus violentos opositores, por lo cual se le remitió prisionero a Santo Domingo en donde fué juzgado y absuelto. No todo era aventura y fuerza en las nacientes colonias. El capitán descubridor y conquistador llevaba en sus mesnadas hombres de leyes y hombres de iglesia que establecieran en las nuevas poblaciones el mecanismo judicial y el mecanismo religioso. Golillas y frailes combatían también con el acero en la mano y cuando el caso lo requería dejaban el arma a un lado para empuñar la pluma y sentar una acta o para dar a un agonizante los últimos socorros espirituales.

Retornó Benalcázar a la ciudad de León, en donde de-

bió haber recibido la misiva de Pizarro en que le solicitaba su concurso para la conquista del Perú de los Incas, empresa difícil pero prometedora. Las palabras de Pizarro tocaban sus fibras más sensibles y ofrecían la oportunidad que estaba buscando. Nuestro héroe, que por entonces se llamaba ya Don Sebastián, fletó por su cuenta un navío, compró caballos y enganchó hombres. Mar adelante, jugando una partida en que sólo confiaba en el azar, fué a reunirse con Pizarro en las costas de Puerto Viejo, llevándole un refuerzo de 30 hombres y 12 caballos.

Y así acometieron esos capitanes la conquista inaudita del poderoso imperio de los Incas. Desembarcaron en Piura y se internaron en el continente, cruzando desiertos y ríos hasta avistarse con Atahualpa en Cajamarca. Del rescate del Inca, cupo a Benalcázar 407 marcos de plata y diez mil pesos de oro.

Pero la pequeña tropa española debía dividirse para intentar la conquista. Debía sobre todo tener lista la retirada y vigiladas las espaldas. Benalcázar fué designado para hacer guarnición en el puerto de San Miguel de Piura, a donde marchó con nueve de a caballo, mientras Pizarro seguía la marcha hacia adelante, hacia el corazón del Imperio de los Incas, comandando una fuerza de quinientos hombres con que intentaba sojuzgar un imperio de varios millones de habitantes.

Y aquí tenemos ya a Benalcázar de guarnición en San Miguel de Piura. Su situación es un tanto secundaria para sus inquietudes y ambiciones: guarda libre el camino hacia el mar para Pizarro y Almagro que están conquistando un rico imperio. Un desierto de arena se extiende ante sus ojos separándolo de la expedición; el mar a sus espaldas, inmenso e inexpresivo, significa el camino hacia Panamá. Y hasta el mísero poblado con pretensiones de plaza fuerte, llegan de vez en cuando rumores que son tentadores: hacia el Norte existe un Reino de grandes riquezas, el mismo que suministró el oro para el rescate de Atahualpa.

Don Sebastián medita en las noches largas y monótonas de Piura. Él no ha venido a ser teniente de Pizarro, el peón de un Capitán que va a obtener la gloria. Él no puede sumergirse en la masa anónima de los que cooperaron en una conquista. Es tan valiente y tan audaz como su jefe. Merece tanto o más que él. ¿Por qué no puede iniciar por su cuenta una conquista que le capacite para tener Gobernación propia y ser el amo de sí mismo? La Gobernación de Pizarro está delimi-

tada en las capitulaciones reales que trajo del último viaje de España. Pero fuera de esos límites, hacia el Norte y hacia el Sur, existen extensas tierras que no son de nadie. Y hacia el Norte, los rumores que llegan hasta Piura dicen que hay fabulosas riquezas. Ayer no más se supo de la existencia de un señor indígena que cumpliendo un rito religioso bárbaro, doraba su cuerpo y se sumergía en una laguna. La conquista de esta tierra del señor dorado, ¿no sería una empresa digna de su coraje? Y contempla sus armas en reposo y su armadura arrumbada contra una pared, mientras la idea le trabaja insistentemente la imaginación.

Por fin un día llegan embarcaciones de Centro América. Llegan hombres y caballos, y llega también la noticia de que don Pedro de Alvarado, el conquistador compañero de Cortez se apresta a la conquista de las tierras tropicales con gran número de navíos, de gente y de caballos. No duda más Benalcázar. Toma doscientos hombres de los recién venidos y 60 caballos, con los que emprende la marcha hacia el Norte dejando abandonada la población de San Miguel.

Era un acto desesperado de honda raigambre española. Delante un mundo por conquistar; detrás una selva que se cierra aislándolo de todo lugar de salvación. Al lado una tropa hambrienta y enferma. Benalcázar revive así la esencia trágica de España, para la que la desesperación es el punto de partida hacia las obras creadoras. Ha quemado sus naves también, y se juega la vida en una carta.

No se cuida de comunicar a Pizarro por no demorar más su proyecto, y por así "parecerle a él que servía al Rey". Comprende que esta marcha es una verdadera deserción y que en adelante no podrá contar con la irrestricta confianza de Francisco Pizarro. Pero comprende también que es su oportunidad esperada, y se lanza sin vacilar a la aventura. Va a iniciar la conquista de tierras desconocidas, defendidas por fuerzas que no conoce, pobladas por gentes cuyo idioma ignora. Pero la suerte está echada y ya marchan abriendo trocha en la espesa vegetación costanera los 200 hombres y los 60 jinetes. En las oquedades, entre la maleza, sobre los pantanos, empiezan a sonar ruidos extraños: las armaduras crujen, las espadas golpean los arreos, los caballos piafan de impaciencia. Es el año de 1533.

Carrochobamba primero, Zoropalta después, en pleno territorio cañari. La expedición ha sentido ya los primeros fríos de una sierra eterna e inhóspita, sobre la que caminarán todavía muchos días, muchas semanas, muchos meses. Y tro-

pezaron con la primera e indecisa resistencia de los indios que huyeron a los primeros fuegos dejando un botín de ovejas y de mujeres de piel de canela, necesarias, tanto las unas como las otras, a los ávidos españoles de la expedición.

El azar se mostraba favorable desde estos primeros pasos: los cañaris, que habían sido rudamente maltratados por Atahualpa en su guerra contra el Cuzco, mantenían latente su resentimiento contra el Reino de Quito, y creyendo encontrar el instrumento vengador en los españoles, los recibieron bien y les obsequiaron provisiones y tejidos. Ocho días permanecieron los expedicionarios en Tomebamba y siguieron hacia el Norte, hacia el nudo de Tiocajas.

Era la primera experiencia con una naturaleza terrible, a la que habrán de acostumbrarse en los próximos años, y a la que habrán de vencer en los próximos meses. Los Andes se presentaban como el primer obstáculo y la primera avanzada de las fuerzas indígenas alarmadas ya por su presencia, y por sobre las montañas, a través de las llanuras, cruzando ríos y pantanos, caminaba la pequeña tropa, precedida por los jinetes, y sintiendo constantemente el frío que atravesaba las férreas corazas, la fiebre que los mosquitos dejaban luego de su estocada imperceptible y el hambre que atormentaba implacable en medio de un paisaje soberbio y magnífico.

Al final de esta etapa hacia Tiocajas, llegaron a acampar a una legua escasa de una tropa indígena que estaba resuelta a defender la tierra. Diez hombres de a caballo destacó Benalcázar como exploradores, al mando de un Teniente que, para conservar presente y activa la esencia de la heroicidad española en tierras americanas, se llamaba Ruy Díaz. La tropa de avanzada, después de haber estudiado la posición de los indios, sus medios de defensa y su posible capacidad de ataque, regresó a dar cuenta de su cometido al campamento español. Al ver aquello los indios, creyeron que su presencia había infundido miedo a hombres y caballos, y como avalancha de cobre corrieron sobre los que regresaban, gritando, como cuenta ingenuamente algún cronista: "Aguarda, aguarda, que daros hemos el tesoro de Atabaliba o pagarnos heyes su muerte". Del real de Benalcázar salieron a socorrer a los de Ruy Díaz cuarenta jinetes que, a la voz de ¡Cristo y el apóstol Santiago!, arremetieron contra los quince mil indios adornados de oro que combatían con ardor. En esta embestida los indios dejaron muchísimos muertos en el campo y se desbandaron, pero se rehicieron pronto y volvieron al ataque, poniendo en grandes apuros a Benalcázar. La situación era

grave y las pérdidas considerables: habían muerto cuatro cristianos y cuatro caballos.

El caballo era el arma más eficaz de la conquista. Su aspecto infundía terror a los indios, y a su paso se abría inconscientemente la fila de flecheros. "El éxito de la conquista después de Dios se debe a los caballos", afirma Bernal Díaz del Castillo. Y se comprende que la pérdida de un caballo fuera más lamentada que la pérdida de un cristiano.

La segunda embestida fué rechazada trabajosamente, y caía ya la tarde, cuando los indios se presentaron de nuevo al ataque, como si comprendieran que todo el porvenir, todo el futuro de la raza americana dependía de ese día, enrojecido ya por la sangre de miles de hombres. Diez mil combatientes se lanzaron sobre el campamento español, arrojando flechas y piedras y venciendo el temor que producía en sus filas el fuego de los arcabuces y el resoplido húmedo de los caballos. El cerco se iba estrechando cada vez más y allí hubiera terminado la expedición, si la noche no hubiera venido a poner una tregua en la batalla.

Ya los españoles barbados y cubiertos de hierro no eran dioses para los indios. El rumor de su crueldad y de su codicia se había extendido rápidamente, y el hálito divino que los rodeaba había desaparecido para siempre. Los indios comprendían que eran hombres como ellos que venían a usurparles la tierra y las riquezas. Y hasta los caballos dejaron de tener poco a poco el ascendiente terrorífico del principio. Ya los arqueros se atrevían a dirigir sus envenenados dardos contra los bellos nerviosos, contra los hijares palpitantes, contra las grupas redondas de alazanes y tordillos traídos de Castilla y de Andalucía. Más apreciaban los indios, dice Oviedo, matar un caballo que diez cristianos. Y su inventiva se había ingeniado para anular a la caballería en campo abierto: construían hoyos en el campo, los cubrían de ramas y se retiraban provocando la persecución de los jinetes. Los caballos que caían en los hoyos estaban irrediblemente perdidos.

En 75.000 calcula Oviedo el número de indios que atacó a los españoles en esta jornada. Al día siguiente, la tropa indígena se había replegado a la montaña, vigilando siempre el movimiento de los españoles. Y acariciando un sentimiento de igualdad de fuerzas, nacido del resultado indeciso del día anterior. El prestigio de las armas españolas se había roto y, por primera vez en tierras del Incario, los hidalgos y aventureros españoles palpaban y comprendían su temeridad.

El dilema se presentó entonces aterrador. O regresar o

avanzar. Lo primero significaba la seguridad, la tranquilidad, la vida. Avanzar era el batallar continuo, la zozobra permanente, la muerte -de frío en el páramo inclemente, de hambre en el valle hostil, a manos de indios en cualquier parte. Pero el regreso significaba también el desprestigio y el final de una carrera, mientras que el avance podía ser la gloria, la riqueza, el poder. Benalcázar, aventurero ambicioso y adalid temerario, no podía dudar ante el dilema. Y no dudó.

Comprendió que para el buen éxito de su empresa, para levantar el ánimo maltratado de sus hombres, convenía vencer de cualquiera manera a los indios, o burlarlos, que era también una forma de obtener victoria. Y la casualidad vino a ponerse a su servicio en tan crítico momento. El vecino Juan Camacho de Piura tenía un indio que conocía un camino escondido hacia el territorio de Puruhá; y a las indicaciones de ese guía se confiaron y levantaron el campo "sin esperar la claridad del día".

Rumiñahui, —Orominavi para los españoles— que estaba tejiendo esta resistencia continua ante el avance, había guardado la vía clandestina con quinientos hombres que fueron destrozados por los conquistadores. Era una victoria pequeña, pero fué un botín magnífico. Jinetes y arcabuceros, infantes y capitanes, habían olvidado por el momento su obsesión de oro, pues tenían la desesperación del hambre. Y el botín de la pequeña batalla fué una gran cantidad de provisiones, entre ellas "unas raíces que llaman papas". Ese día pudieron llenar el estómago, reparar energías y entregarse a la muy española costumbre de la siesta. Ningún oro podría proporcionarles la felicidad que en aquellos momentos les deparó el hallazgo del maíz y papas.

En los días siguientes, y ante las dificultades de la ruta, Benalcázar optó por verificar una desviación: retrocedió de donde se encontraba y dobló hacia el Poniente, encontrando un río, el Chimbo seguramente, que atravesaron construyendo balsas. Pero no iba solo el capitán español: escondido en la manigua, acechando en las montañas, siguiendo la altura cuando ocupaba el valle, y bajando a la hondonada cuando él tomaba la altura, el ejército de Rumiñahui desarrollaba una marcha paralela, vigilante y amenazadora. Así llegó Benalcázar a la laguna de Colta, con Rumiñahui a los alcances. Su mirada abarcó el llano y la laguna y comprendió que las alturas que los dominaban serían el mejor sitio para su campamento. Dejó treinta hombres para que entretuviesen al ejército indígena, mientras él escalaba la pequeña colina que

le servía de refugio. El caudillo indígena descargó toda su fuerza sobre esos treinta jinetes, esperando desbaratar el plan de Benalcázar. Los treinta hombres que cubrían la retaguardia empezaron a batirse en retirada y pidieron auxilio, dando oportunidad a su Capitán para una réplica de puro acento épico. Benalcázar respondió al enviado que "si treinta hombres no bastaban, que se enterrasen vivos."

Es admirable esta novela en que frecuentemente se baten hombres contra ejércitos, y en que treinta o cuarenta jinetes resisten a miles de indios desnudos. Los hombres de Europa, forrados de hierro, dominando el fuego, peritos en el arte de matar hombres, combatían contra indios armados de flechas y de hondas, primitivos todavía en el arte de la guerra, que gritaban y se pintarrajeaban para espantar a sus adversarios.

Burlando a los indios, Benalcázar continuó su marcha por las alturas, rehusando siempre la pelea en los valles, en donde los hoyos inutilizaban su caballería. Perdió prestigio a los ojos de los indios, pero ganó terreno hacia el Norte. En esta partida, más valía la astucia que la fuerza, y astuto desde su nacimiento había sido Benalcázar.

Pronto llegó a la vista de Riobamba, pero ya no pudo rehusar la batalla. Treinta mil indios lo atacaron, y la pelea fué dura y agotadora. El brazo se cansaba de dar mandobles, los arcabuces se calentaban con los disparos, los caballos tenían rojo de sangre hasta los pretales. Y nuevos indios se presentaban a aumentar el número de los muertos. Por cada uno que caía diez nuevos saltaban hacia adelante. Al final, Rumiñahui comprendió que era inútil la carnicería y retiró su tropa. Cinco españoles habían muerto. Y los demás pudieron descansar algunos días en Riobamba, en los aposentos del señor del país.

Sebastián de Benalcázar no llevaba consigo, como Jimenez de Quesada, ni un teólogo como Las Casas con quien platicar sobre cosas de religión, ni un poeta como Castellanos con quien hablar de amores y amoríos. Sus compañeros eran todos soldados, hombres de armas, rudos y duros, magros y enjutos, con quienes de vez en cuando cavilaría acerca de ese triángulo trágico que los enlazaba por igual: la vida, la muerte y la guerra. Poco tiempo tendría, además, para estas pláticas y poco tiempo también para las reflexiones. Esta marcha de pesadilla, con un ejército indio a la vista, en que cada quebrada podía ser una emboscada, en que cada breña podía ocultar un flechero, afilaba los sentidos de todos, hacía enmudecer sus bocas, suavizar los pasos, alertar los ojos; esta

marcha exigía toda la atención hacia el camino y sólo los músculos estaban tensos. Para la charla casi no había lugar.

Aspecto siniestro debía presentar esa tropa de hombres cubiertos de armaduras que había enmohecido la humedad, tocados con yelmo y celada que enmarcaban unos rostros pálidos, en los que acentuaba más el colorido enfermo el negro de una barba y un mostacho criados durante meses de fatigas, y en los que brillaban con fulgores de daga, unos ojos febriles por el hambre, por la sed, por el cansancio y por las enfermedades que, en forma de vapor salían de los pantanos, que en forma de insectos revoloteaban por la selva, que en forma de raíces se les ofrecían a su ansia famélica en los páramos. Arañadas sus entrañas por el hambre, entumecidos sus miembros por el frío, estos hombres estaban conquistando un reino de igual extensión que España.

Luego del corto descanso en Riobamba, la expedición reanudó la marcha hacia el Norte. Siempre al Norte, en busca del oro, de las tierras donde un rey cubre de metal su cuerpo. En busca de El Dorado.

¿Estaría El Dorado en ese Quito que empezaba ya a sonar en labios de indios como promesa cercana? El cálculo de las probabilidades no entraba en el cálculo de los conquistadores. Cualquiera versión podía ser buena, cualquiera leyenda tenía que ser comprobada. Y todo debía ser visto con los propios ojos.

La marcha eterna continuó sobre los Andes. Los volcanes miraban atónitos a la insignificante mesnada ante la que retrocedían los guerreros que habían llegado hasta el Cuzco. Cerca de Ambato, de nuevo Ruminahui se presenta incansable y tenaz. Y de nuevo tiene que retroceder ante el hierro y ante los caballos. En su persecución, Benalcázar llega hasta Latacunga, dejando cubierta de cadáveres cobrizos la ruta que construyera el Inca. Sin embargo, el brazo no descansa, la resistencia indígena no cesa nunca y nuevas escaramuzas, nuevas emboscadas y nuevas batallas tienen que librarse para seguir avanzando.

El caudillo indígena, que desde las fronteras Puruhá había venido oponiendo valiente resistencia a los invasores y retrocediendo irremediablemente ante las diabólicas armas, después del último encuentro retrocedió hasta la capital del reino que intentaba defender. Regresó a Quito, ordenó la salida de todos sus habitantes y puso fuego a la ciudad. En su afán de despoblarla, y poseído de mística locura, arrasó la ciudad, dió muerte a las mujeres del Inca y a las vírgenes del

Sol, y recogiendo 11 hijos de Atahualpa y todas las mujeres de la población se alejó al Occidente a esperar otra oportunidad para volver a la lucha. Los españoles que buscaban el tesoro real, y que en Quito encontraron una cantidad de oro menor que la imaginada, supusieron que Rumiñahui se lo había llevado, y enviaron destacamentos a buscarle. El general quiteño, huyendo constantemente, pudo organizar una última resistencia con los caciques de Chillo y Latacunga, pero de nuevo la derrota terminó los esfuerzos.

Mientras tanto el oro prometido no aparecía. Aquello que recogieron en Quito y en los campamentos sucesivamente abandonados de Rumiñahui, no bastaba a colmar la ambición. El Dorado no era éste; pero estaría cerca seguramente. Y Benalcázar continuó su marcha hacia el Norte. Pasó por Cayambe y llegó hasta Caranqui, en donde encontró una casa cuyos muros estaban recubiertos de planchas de oro y plata. El Dorado estaba próximo!

¿Cuántos meses habían transcurrido en esta loca carrera por la avenida de los volcanes? Tal vez un año, tal vez menos. En todo caso, mucho tiempo han vivido esos hombres desde que salieron de Piura. Muchos años de sufrimientos y de amarguras, en que sus cuerpos enflaquecieron, sus músculos adquirieron destrezas supremas y sus cabezas blanquearon. Sin embargo, el corazón de esos españoles seguía latiendo rítmicamente y el coraje había aumentado.

Una inesperada noticia llegó al campamento de Caranqui: Almagro estaba en tierras del Reino de Quito, y ordenaba a don Sebastián regresar inmediatamente. La llamada era urgente.

Los conquistadores del Perú eran también los dueños del Perú. A pesar de todos sus celos, a pesar de sus ceños fruncidos, se conservaba entre ellos una especie de solidaridad ante el peligro. Almagro, que debe haber venido a Quito por disposición de Pizarro, a vigilar de cerca los trabajos de Benalcázar, pide ayuda a éste en un momento de peligro. Así lo deja advertir el mensaje que recibe al pie del Imbabura. Sólo entonces sofrena los caballos cubiertos de espuma, sólo entonces vuelve a una realidad prosaica el Capitán que desde hace tiempo está corriendo obsesionado buscando oro y matando indios. Regresa a donde está Diego de Almagro, quien le informa que Pedro de Alvarado, el Teniente de Hernán Cortez en la conquista de México, ha llegado de Centro América dispuesto a conquistar Quito, que caía fuera de los límites asignados a Pizarro.

Almagro y Benalcázar, unidos ante el peligro que representaba el capitán centroamericano, deciden oponerse a sus intentos por todos los medios a su alcance. La primera providencia, legal y de gran valor, es presentar una ciudad española que demostrara la primicia en la posesión y que ubicara a Alvarado en la poco favorable situación de invasor o usurpador. Efectivamente, con precipitación, fundan los capitanes en la llanura de Riobamba la ciudad de Santiago de Quito, y se aprestan a recibir al centro americano.

Alvarado, aventurero también y español, había desembarcado en las costas ecuatorianas e inmediatamente había emprendido la ascensión hasta Quito. Atravesó selvas, cruzó pantanos, escaló cordilleras, y llegaba a Riobamba después de haber pasado por tremendas calamidades. Los hombres se le morían helados en el páramo, los caballos caían rendidos por las jornadas, los soldados arrojaban en medio de la nieve el oro que habían podido recoger, para aligerarse y caminar más livianos. Ochenta hombres y muchos caballos habían muerto durante la violenta marcha. Una vez en la altiplanicie, al observar aldeas arrasadas y huellas de caballos en la arena, supuso que una expedición española le había precedido.

Unos y otros destacaron avanzadas de reconocimiento y se informaron de sus fuerzas. Un español en estas tierras abiertas a la conquista, podía ser enemigo de otro español. Ambos sabían a qué iban, y ambos blandían en la diestra una espada que podía dirimir derechos y superioridades.

Los de Alvarado toparon a los de Almagro y los apresaron. Llevados al campamento, fueron puestos en libertad y encargados de un mensaje de don Pedro para don Diego: el recién venido pedía provisiones para sus hambrientos soldados y que se le informara del camino al Cuzco, que quería conquistar para sí.

Mientras tanto, la primera ciudad castellana en tierras del Ecuador estaba ya fundada. Era Santiago de Quito, y su fecha de nacimiento el 15 de agosto de 1534. Fundada precipitadamente, fué también pronto organizada. El español, por más hombre de armas que fuera, trajo siempre consigo al leguleyo capaz de escribir una acta y de atestiguar, en calidad de notario, para la fe pública.

Las primeras providencias en la nueva ciudad fueron organizar un Cabildo, nombrar alcaldes, regidores y procuradores y leer un pregón en que se invitaban a los que quisiesen ser vecinos de ella, a registrarse como tales ante el escri-

bano. Sesenta y ocho personas acudieron a este primer registro de vecinos de Santiago de Quito.

Teniente de Gobernador de la ciudad, Diego de Almagro, se dirigió a Alvarado conminándole a salir de estas tierras o a exhibir el permiso real que para conquistarlas tuviera. Los emisarios de Almagro, al mismo tiempo que cumplían con su cometido, realizaban también faena de astucia y de soborno, ponderando ante los famélicos recién venidos las riquezas que habían obtenido y las que podrían obtener. Alvarado decidió poner punto final a estos manejos, y levantó su campo resuelto a avistarse con Almagro. Confiaba en su superioridad numérica, y sobre todo en la suerte, la compañera inseparable de todos los conquistadores que andaban de aventura en América. Avanzó hasta Mocha y se situó frente a la ciudad de Quito levantada en la llanura de Riobamba. Almagro se hizo fuerte dentro del recinto, cavó fosos, construyó bastiones y se dispuso a la resistencia.

Pero el Cabildo, que fuera consultado para salvar responsabilidades, se mostró indeciso tornando al Capitán conciliador. Alvarado, por su parte, irritado por las continuas deserciones y animado por alguna tribu indígena que comprendió la ventaja de que los cristianos se destruyeran mutuamente, marchó sobre Riobamba en indudable actitud agresiva. Sin embargo, después de las bravatas, los españoles volvieron a envainar las espadas, no atreviéndose a pelear y acudiendo a la razón para arreglar sus situaciones.

Después de incidentes sin importancia, llegaron a un acuerdo: Alvarado recibiría diez mil castellanos de oro a cambio de sus soldados, sus naves y sus esclavos. El precio debía serle pagado por Pizarro, por lo cual prepararon la marcha hacia el Sur Almagro y Alvarado.

Antes de partir, Almagro dispuso el traslado de la fundación al lugar en donde estuvo la capital de Atahualpa, sitio ideal para una ciudad, que en ese entonces debía cuidar sobre todo del aspecto militar, por las ventajas que ofrecía como fortaleza natural. La villa quedó fundada y fué su Gobernador don Sebastián de Benalcázar, que disponía de 450 hombres. La fecha de esta fundación nos la da Castellanos en un verso casi cabalístico:

Y comenzaron a fundar aprisco
El día del seráfico Francisco,
Año de treinta y cuatro, con los ciento
Quince, que cuenta la religión cristiana.

En el que la fecha no es del todo exacta, ya que "el día del seráfico Francisco" es el cuatro de octubre, y sabemos que la fecha de la fundación fué el 28 de agosto, escogiéndose el nombre, no en honor del santo de Asís, sino en honor del Muy Magnífico señor Francisco Pizarro, Capitán General de todo lo descubierta, en cuyo nombre se hacía la fundación.

Benalcázar quedaba de nuevo como único jefe de estas tierras. Pizarro y Almagro estaban muy lejos, y su iniciada carrera podría ser continuada sin estorbos. Tenía ya una importante población en el centro de un rico reino,

Quito,

Cuyas riquezas vende por milagro
La veloz fama con soberbio grito.

según Castellanos, el poeta de la época. Y su importancia personal están diciéndola las actas del Cabildo: "el muy noble señor Sebastián de Benalcázar, thenyente de gobernador e de capitán general" de esta provincia. Su nombre es el primero en el empadronamiento de vecinos para la villa recién fundada.

Dura la mirada, negrísimos los ojos, contraídos constantemente los labios, el mentón fuerte, el torso ancho como de un atleta, Sebastián de Benalcázar ha llegado a la madurez espiritual y física, templando sus diafanidades, poblando de aristas cortantes su contorno. El sol y la lluvia, el frío y el hambre, el oro y las vírgenes indias, le han dado la experiencia y le han pulido el alma. Está en el ecuador de su vida y en el Ecuador de la tierra. Y se encuentra ya, recubierto de acero y cota de malla, con el paisaje de la montaña que él venciera al fondo, ilustrando definitivamente las páginas de la historia americana, junto a las figuras de los Pizarros, de los Solís, de los Quesadas, de los Valdivias, de los Cortez.

Ya ha partido Almagro hacia el Sur con Alvarado, y Benalcázar se dirige hacia el Norte a cumplir con la providencia de fundación de la villa de Quito. Santiago de Quito queda desierta de hombres blancos, y termina allí su vida, terminando el objeto para el que fué creada.

Recorriendo senderos y cruzando parajes conocidos, Benalcázar se dirige lentamente hacia Quito. Pero en un "puccará" de Pillaro, fortaleza inexpugnable y bien situada, le espera tenaz Rumiñahui, cuyo bronce heroico a menudo golpeó los flancos de la cabalgata española y que sólo con la muerte

cejó en su empeño de la hazaña americana frente a la aventura española. Las dos razas, las dos tropas, los dos mundos se encontraron en una batalla larga, dura y encarnizada. A pesar del número de los indios, Benalcázar sintió de nuevo la satisfacción de la victoria. Rumiñahui, herido sangrante, intentó sin éxito la huída hacia el Oriente. En adelante tuvo que sufrir la humillación de acompañar al vencedor y de ir recogiendo el polvo de la sierra detrás de la caravana de hierro atenta sólo a la epopeya que estaba viviendo.

Una última resistencia y una nueva victoria en las cercanías de Ambato. Otro cacique, otro caudillo, otro héroe indígena sintió en sus venas profundas hervir de rabia la sangre espesa: Zopasopanqui detuvo durante dos días la marcha de los españoles, para caer vencido y prisionero víctima de un asalto sorpresivo que su estrategia embrionaria no pudo prever.

Rumiñahui, Zopasopanqui, un cacique de Chillo, seguían atados y doblegados el cortejo de los vencedores. Quisquis había muerto. El reino de Quito quedaba sin caudillos, y los hombres de las tribus y los niños y las mujeres, estaban agotados por una pelea continua contra estos diablos barbados a quienes respetaban las lanzas y los dardos. Los dioses lares parecían haber abandonado a la gente de la montaña y del páramo apenas llegaron los españoles. Aun los volcanes habían rugido y arrojado torrentes de lava, en señal segura de enojo. El fatalismo nacía ya en el cerebro indio, engendrado por su impotencia frente al hombre venido del mar. Todos pedían paz y se rendían sin pelea. El Reino de Quito se entregaba al vencedor. En una entrega que era más bien refugio y ocultamiento, antes que ofrenda abierta y total. El indio en adelante, por más esclavo que sea, por más junto al español que se encuentre va a ser el espectador de la vida, el que ve pasar, el que ve suceder, sin tomar parte en nada, sin dar de sí ni un esfuerzo íntimo, sin sentir emoción por ese trabajo y esa vida que le son ajenos, que le han costado lágrimas y sangre.

Benalcázar inicia sus tareas como Teniente Gobernador de San Francisco de Quito con una ordenanza para el trazado de calles. La ciudad se encuentra en un terreno desigual, cruzada de quebradas, dominada por un volcán, limitada por colinas. Las calles no podían sino seguir el zig-zag de una quebrada, la ondulación de un ribazo, formar encrucijadas y recodos. Bastante trabajo debió haber dado configurar esa

ciudad que continuaría a través de los siglos la tradición de Atahualpa.

Disposiciones municipales, preocupaciones administrativas, pacificación de zonas vencidas, distribución de solares, arreglos de colonización, fueron las primeras cosas que hizo don Sebastián. Pero su espíritu y su capacidad no eran para la vida administrativa. Su mano no sabía manejar la pluma y durante la vida sólo tuvo tiempo para aprender a dar estocadas. Las cuatro paredes de la oficina, a pesar de que era la primera de la ciudad, y de que quedaba en su misma casa, le ahogaban y le oprimían. Entre ellas su poderoso pecho no hallaba el aire suficiente, y su mano no sabía qué hacer.

El airecillo del campo llegaba puro todavía a la incipiente ciudad, y en él se adivinaba el perfume de los bosques, el relente de los ríos bravíos, y venía la llamada de afuera, incitadora de la inquietud e invitadora a la hazaña.

Don Sebastián se dió en pensar sobre su próximo futuro. Podría ser que el destino le reservara en propiedad la Gobernación de Quito en estos reinos del Perú, y era necesario que hubiera una salida al mar, propia y directa. Seguramente pensaba en las ventajas de un puerto, como punto de llegada antes que como ruta de huida.

Como consecuencia de esto, marchó hacia la costa, hacia el vasto golfo que podía albergar millares de galeones, y fundó la ciudad de Santiago de Guayaquil, en la que dejó a su teniente Diego Daza como Capitán y Alcalde mientras él regresaba a Quito para explorar la zona Norte.

Diego Daza y sus soldados, maltrataban a los huancavilcas, a los que pedían oro, plata y "mujeres hermosas". Los indios se sublevaron, atacaron la ciudad y mataron a toda su guarnición. Sólo pudieron escapar Daza y unos pocos soldados, que se dirigieron a Quito a dar cuenta de sus malandanzas. En ausencia de Benalcázar, el capitán Diego de Tapia organizó una expedición de castigo que fué derrotada lastimosamente.

Por esta época, el nombre del Perú sonaba ya en España con tintineo metálico prometedor de fabulosas riquezas. Empezaban a llegar los lingotes del oro peruano que iba a deslumbrar la Península. Cristóbal de Mena llegaba un día con ocho mil pesos y novecientos marcos de plata como quinto para el Rey. Otro día llegaba a Sevilla Hernando Pizarro portando 153 mil pesos de oro y cinco mil marcos de plata, que era el quinto que venía a entregar al Rey. Los peruleros envia-

ban a sus allegados y parientes el oro que habían encontrado, y la suma de los encargos subía a cantidades exorbitantes.

España había sentido estremecerse su carne a la vista de tanto oro, y de los puertos autorizados partían embarcaciones de todos los tamaños repletas de hombres que iban allá, a recoger el oro con las manos. El Emperador concedía ya a Pizarro el título de Marqués de Atavillos y a Almagro el de Mariscal del Perú y Gobernador de Nueva Toledo, con lo cual encendería la primera guerra civil entre los conquistadores, que terminaría sólo con la destrucción de los Almagros primero y de los Pizarros después.

La tierra era rica por virtud natural, y Oviedo explicará: "Atribúyese toda esta riqueza y abundancia de metales finos y tantos minerales que hay en este reino, con más abundancia y fineza que en todo lo descubierto, a la mayor cercanía a la línea por la mayor actividad de los influjos del sol y de algunas estrellas y astros". Los dos Capitanes del Perú eran ya famosos y ricos, mientras Benalcázar estaba quedando a la zaga. El oro que había hallado, a pesar de ser abundante, no lo era tanto como para colmar sus ambiciones. Necesitaba encontrar la tierra de El Dorado, y necesitaba una Gobernación extensa y propia. En todo ello cavilaba mientras recorría el Norte de Quito, cuando un indio que apresó su tropa informó que más allá, atravesando montañas, existía una Cundinamarca, cuyo rey se sumergía ritualmente en las aguas de una laguna sagrada,

"ungido todo de trementina
y encima cantidad de oro molido."

Ya no había posibilidad de duda. Era el Dorado, el fantástico país cubierto de oro; la riqueza, la gloria! El secreto de América que tantos ilusos buscaban desde hace años desde Santa Marta hasta el Mapocho!

Pedro de Añasco salió hacia el Norte, hacia el país de los quillacingas, con un pequeño grupo encargado de verificar las exploraciones previas. Después de unos días, enviaba mensajes ponderando las riquezas que había encontrado y las mayores de que tenía noticia existían más allá. Era un fatídico "más allá" que venía sonando en los oídos de los conquistadores desde su salida de Piura, como un sonsonete agorero o como el canto de las sirenas. Benalcázar envió refuerzos a

Añasco con su capitán Juan de Ampudia, el hombre de confianza que no sería capaz de traición alguna. Juntos, Ampudia y Añasco, continuaron sus andanzas y llegaron hasta el Patía, al frente de 160 soldados. En este punto fueron atacados por una fuerza de indios calculada en tres mil, a la que, por costumbre y por necesidad, vencieron fácilmente. Continuaron hasta el territorio de Popayán, venciendo siempre a las tropas indígenas que se les oponían, siguieron el curso del río Cauca, y llegaron a Cali.

Benalcázar, en Quito, tenía ya organizada una expedición de trescientos hombres entre infantes y caballeros. En los albores de 1535 se encaminó hacia los territorios descubiertos por sus capitanes. Hasta Otavalo la marcha fué tranquila y feliz. De allí en adelante, los pastos primero y los patías después, los amagaron constantemente, presentándoles combate o preparándoles emboscadas. No pasó día en que no tuvieran que echar mano de la espada y hacer tronar los arcabuces. Mil ojos acechaban desde la espesura o desde las alturas la marcha de los invasores. En todo momento sufrían la sensación molesta y crispante de una vigilancia invisible. Cuántos trabajos, cuánta hambre, frío y fatigas para llegar a Popayán.

Siguiendo la huella de Ampudia, que Benalcázar reconoció fácilmente, de la misma manera que meses atrás Alvarado la suya, fué a acampar una tarde frente a Cali, al otro lado del río, en esa parte ancho y agreste. Ampudia, advertido de la llegada de una tropa castellana, y en previsión de cualquier desaguisado, fundó inmediatamente en el lugar en que se encontraba, la villa de Ampudia, a fin de tener como otrora su jefe, la prueba incontestable de su primacía en la posesión. Por la noche, cautamente, envió algunos hombres para que, atravesando a nado la corriente del río, averiguaran quiénes eran los recién llegados. Pronto se reconocieron las dos tropas, depusieron toda desconfianza y se unieron para seguir juntas.

Dejando una guarnición en la villa de Ampudia, Benalcázar siguió explorando el territorio y fundó la ciudad de Popayán, en el mismo sitio en que tenían un poblado los indios, y en que se levanta ahora.

Y ya es el momento de hacer notar una característica de la conquista española, general a todas las posesiones de América, por alejadas que estén de los centros de abastecimiento y de tránsito. El conquistador penetra en la selva, salva la

corriente de los ríos, rompe la maraña vegetal que se opone a sus pasos, arrolla a los ejércitos indígenas y va fundando ciudades que al principio no son más que lugares fortificados capaces de servir de cuartel general y de base para exploraciones vecinas. Sin embargo, la expedición pasa, va más allá en busca de riquezas, y los visionarios desaparecen tras el horizonte; en la fortaleza, villa o ciudad recién fundada, que sirvió de cuartel general y de fortificación de emergencia, queda una pequeña cantidad de hombres, de vecinos de la villa, que serán la simiente para las poblaciones urbanas del futuro. La tropa expedicionaria y conquistadora recorre así grandes territorios, fundando ciudades y desangrándose de hombres en cada una. Una, dos, cuatro ciudades quedan detrás de un conquistador, y en todas ellas una población suficientemente organizada, con vitalidad prometidora. Y a pesar de eso, la tropa conquistadora continúa igual en coraje, igual en inquietud y hasta igual en número, por una contradicción épica inexplicable a primera vista. Tal parece que estos aventureros tienen la virtud de dividirse como las células y que son capaces de dejar hombres en todas las ciudades que van trazando con su espada, sin por ello amenguar en número y empuje.

En Popayán tampoco dejó de oír Benalcázar el estribillo mágico: más al Norte estaban las riquezas. Por ello organizó exploraciones y reconocimientos al rededor de su nuevo cuartel general. Y también cuidó de buscar salida al mar, aunque con mala fortuna. Mientras no poder independizarse completamente de Pizarro, exhibiendo un derecho concluyente a una gobernación indisputada, Benalcázar seguía sintiéndose ligado al Marqués, y su prudencia le aconsejaba demostrar fidelidad. Regresó pues, a Quito, con el objeto de enviar un informe de todo lo hecho, descubierto y conquistado, para conocimiento de Pizarro en Lima.

Su maniobra fué prudente y oportuna, pues Pizarro, receloso por la conducta independiente de Benalcázar, había pensado —y lo había hecho ya— destituir a su Teniente de Gobernador para reemplazarlo con Pedro de Puelles, que gozaba de su entera confianza. Pizarro quería la Nueva Castilla toda para sí, y no estaba dispuesto a compartirla con otro, así fuera éste Almagro o Benalcázar.

Pero Benalcázar logró recobrar el fervor de su celoso jefe, y Pedro de Puelles fué enviado a fundar la Villa Viciosa de la Concepción de Pasto, mientras él entraba de nuevo co-

mo Teniente de Gobernador a la Villa de Quito en 1537. Han pasado cuatro años desde la salida de Piura, y los resultados podían ser halagüenos para cualquiera que no fuera él, que estaba resuelto a escribir brillantes páginas de la historia americana, aunque dejara la vida en la demanda.

Como en la vez anterior, la campiña le llamaba. Un gran capitán español se ahoga en las ciudades y en los burgos, y sólo se encuentra a sí mismo cuando se torna campeador. Metido en las callejas de la ciudad, clangor de clarines, rolar de espuelas, pifiar de caballos, griterías de indios, le martillaban las sienes incitándolo o otra salida, como al caballero manchego, cuya historia debía escribirse setenta años más tarde en una cárcel de Argamasilla de Alba.

Resuelto a la expedición, encontró que el Cabildo de Quito, obedeciendo a subterráneos manejos de Pizarro, se oponía a ella. Intrigas, tejemanejes y habladurías dividieron en dos bandos a la población. Los que no querían la salida del Gobernador eran los más, lo cual es explicable si se tiene en cuenta que esa expedición haría de muchos vecinos que formaban parte del capital humano de la villa, soldados que no la reportarían ningún bien; que esa expedición se llevaría caballos, indios de servicio, y muchas otras cosas que redundarían en innegable perjuicio para la más tarde "muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito".

Sin embargo, detrás de los horizontes, en las noches frías y claras del Pichincha, se alcanza a ver, allá al Norte, resplandores de color amarillo que iluminan los cielos y las pardas cumbres de la serranía. A ese horizonte quiere ir Benalcázar, a averiguar la razón de los resplandores, a buscar el sitio en donde está el oro. Y con la vista fija en ese Setentrión imantado, vence los pequeños obstáculos que le presenta la villa y sale, caballero en alazán brioso, al frente de una tropa aguerrida y bien provista. Está empezando un nuevo año, y va a empezar una nueva aventura.

Pasó por Pasto y Popayán, continuó hacia el Norte, desviándose a veces, pero rectificando oportunamente la marcha. Como una brújula humana que señala y busca su destino, así marchaba el adalid, apretados los labios e inexpresiva la mirada. Pasaron los días, las semanas, los meses, y por las mesetas y los riscos, seguía imperturbable y confiada la cabalgata. Lluvia, sol, frío, guerra, nada era suficiente para detenerla. Allá iba, diligente y tenaz, directa hacia el pórtico de la fama.

Mucho había llovido y muchas veces había salido el sol desde su partida, cuando tuvieron aviso de que en las cercanías, al Norte, se encontraban otros españoles. Ante la noticia, el recelo cundió y las espadas vibraron en sus vainas. Podía ser el peor encuentro en tierras de nadie y de todos y podía ser que hubiera que abrirse paso a fuerza de estocadas.

Listo y altivo, Benalcázar estaba pronto para la cita de los aventureros. Detrás suyo quedaba una cadena de ciudades por él fundadas: Guayaquil, Quito, Pasto, Popayán, Cali, Timaná, Tocaima. La punta de su acero no solamente había desgarrado músculos y entrañas de indios, sino que había trazado también la perspectiva de las primeras ciudades castellanas, siguiendo la dualidad grave y fecunda del espíritu español, la misma por la que un Cid mató moros y cultivó huertas valencianas.

La meseta de Teusaquillo iba a contemplar un espectáculo único en la conquista: desde tres lugares de América convergían tres expediciones y tres capitanes. El Licenciado don Gonzalo Jiménez de Quesada ascendía trabajosamente el curso del Magdalena, el tudesco Federman cruzaban los llanos y los Andes de Venezuela y llegaba casi desnudo y hambriento hasta la altiplanicie del zipa de Bogotá. Benalcázar, audaz e impaciente, venía buscando El Dorado desde las tierras del Perú fantástico.

Quesada, el primer llegado, detuvo a Benalcázar con la advertencia de que estaba en territorio conquistado. Y el mensaje quebraba violentamente el rayo de quimeras que venía persiguiendo desde Quito. Sin embargo supo perder como un hidalgo. Pues que era un huésped, había que hacer honor al anfitrión. Vistió a su gente con magníficos trajes, exhibió briosos caballos de vistosas gualdrapas, plumas soberbias, espuelas de plata, interminable cortejo de indios de servicio, bolsas repletas de oro, cofres de joyas. Los capitanes de Quesada, que habían llevado su mensaje, admiraron todo este esplendor y fueron invitados a una cena digna de un potentado asiático. Cuando regresaban, no podían menos que envidiar y ponderar la riqueza de los "peruleros" de Benalcázar.

El Gobernador de Quito, con ademán generoso y fanfarón, puso a disposición de Quesada toda su riqueza para aliviar la suerte de sus hombres. Pero el aventurero del Norte también llevaba en sus venas sangre española, y rechazó

ofendido el espléndido ofrecimiento que tenía aires innegables de limosna.

Por el Este apareció Federman con una tropilla familiar y enferma. El triángulo se completaba y las dificultades acrecían. Todos querían gloria y riquezas y ninguno tenía la tierra en adelantamiento. Los tres eran enviados de jefes más altos: Benalcázar de Pizarro, Federman de Alfinger y Quesada de Lugo. Desde ese momento iba a quedar confiada la suerte de la tierra a la astucia del más listo o a la fuerza del más fuerte. La astucia triunfó; intrigas, parlamentos, zalemas, fueron las mejores armas. Y dieron el campo a Quesada, que era un curial, un hombre de pluma y toga. El fué reconocido provisionalmente como dueño de la conquista mientras la Corona aclare la situación.

Años más tarde, en 1540, Benalcázar estaba en Madrid exponiendo sus razones al Emperador. Todavía volvería a América y conservaría ese acerado brillo en sus ojos. Pero su carrera estaba en el ocaso, y su estrella estaba ocultándose.

El resto de su historia puede resumirse en un corto párrafo: obtuvo de Don Carlos y doña Juana el nombramiento de Gobernador y Capitán General de Popayán, Cali y Neiva, el título de Mariscal de Castilla y el de Adelantado de las tierras que descubriere. Gozó algunos años de su gobernación y en ellos tuvo oportunidad de prestar su contingente al infortunado Virrey Núñez Vela, con quien peleó en Inaquito contra el rebelde Gonzalo Pizarro. Regresó a Popayán, en donde encontró alzado en armas al Mariscal Jorge Robledo, su antiguo compañero de conquistas. Vencido Robledo y sometido a un Consejo de Guerra, fué condenado a muerte y ejecutado. Despertaron entonces, con este motivo, los odios contenidos, las rivalidades disimuladas. Benalcázar se vió envuelto en una campaña despiadada, sometido a un juez especial que le condenó a muerte. El Adelantado apeló de la sentencia y se dirigió a España. En Cartagena, puerto de salida, le sorprendió la muerte, dolida tal vez de un final vergonzoso e infamante. Viejo y amargado, el católico conquistador entregó su alma y terminó su epopeya, frente al Mar Caribe, lejos de las tierras fecundadas con su sangre, y lejos también de aquellas mujeres "solteras, no obligadas a matrimonio ni religión alguna", que le dieron amor e hijos.

Su obra fué portentosa y extraordinaria. Más que el conquistador fabuloso, es el sembrador de ciudades. Más que el

destructor, es el creador. Pobre y analfabeto, construyó ciudades y fundó pueblos.

Así pasó por tierras de América, desafiando a la naturaleza y a los hombres, destrozando al dios de los quitus, enseñando a los ecos andinos la melodía andante de los caballeros cubiertos de hierro y enfermos de gloria, el muy magnífico Adelantado don Sebastián de Benalcázar, vencedor de los Andes, de las marismas, de los hombres y de las bestias.

Lo hemos seguido en su odisea, y a veces parecía increíble la hazaña. Su órbita de luz deslumbra y maravilla. Su romance de conquistador español tiene sonidos de hierro, fulgurar de aceros, relinchar de caballos y orar de hombres en el paisaje azul de una América agreste. (*)

LIBROS CONSULTADOS:

- Libro Primero de Cabildos de Quito.—T. I.—Quito, 1934
- Colección de documentos inéditos relativos al Capitán don Sebastián de Benalcázar.—Publicación del Archivo Municipal.—Quito, 1936.
- Cali en su IV Centenario.—Cali, 1937.
- González Suárez.—Historia General de la República del Ecuador. Quito, 1891.
- Jijón y Caamaño, Jacinto.—Sebastián de Benalcázar.—T. I.—Quito, 1936.
- Kirpatrick.—Los conquistadores españoles.—Madrid, 1935.
- Pereyra Carlos.—Historia de América española.—Madrid, 1925.
- Vallejo Alejandro.—La cita de los aventureros.—Bogotá, 1938.

(*) NOTA.—He escrito en esta "estampa" el nombre de Benalcázar con n y no con l, por parecerme la escritura correcta, amparado en la autoridad de Cervantes y del máximo comentador de "El Quijote", Dn. Francisco Rodríguez Marín. Como se sabe, Cervantes dedicó su obra al Duque de Béjar, marqués de Gibraleón, Conde de Benalcázar y Bañares, vizconde de la Puebla de Alcocer, señor de las Villas de Capilla, Curiel y Burguillos. La nota del comentador en esta edición definitiva del Quijote, dice:

Siguiendo a Hartzzenbusch, advierte don Clemente Cortejón que aunque todas las ediciones que ha consultado dicen **Benalcázar**, "La verdadera lección es la de Conde de **Belalcázar**". Sea así en buena ho-

ra; pero conviene añadir que, aunque por documentos fehacientes que se conservan en el archivo de la Casa de Osuna (Archivo de Béjar, 323, 3 y 324, 4) consta que en 1447 aquella villa se llamaba indistintamente Gahete o **Belalcázar**, por lo común, nientonces ni después llamaron sino Benalcázar al barrio murado entre fosos que rodeaba al castillo de Gahete, y no había de exigirse a Cervantes que hiciera uso nuevo. Fray Francisco de Osuma, en su **Norte de los estados...**, fol. 49 de la edición de Burgos, Juan de Junta, 1541, escribía: "Porque veas como el officio de las hechizeras es hazer mal, contarte he vn caso que fue sentenciado pocos años ha delante del conde de **Benalcázar**". En las Cortes de Madrid reunidas en 1563 figuró el siguiente entre los capítulos generales (**Actas de las Cortes de Castilla**, t. I, Madrid, 1861., pág. 310): "Otro sí dezimos que, como V. M. sabe, ha muchos años que la ciudad de Toledo trae pleyto con el Duque de Béjar y marqués de Gibráleón sobre los lugares del condado de **Benalcázar**..." Y asimismo **Ben**, y no **Bel**, en la portada de un libro anterior al **Quijote**. ¿Sabría el célebre doctor Nicoloso de Monarde, siendo como era médico de la Duquesa de Béjar, qué títulos tenía esta señora pues al citarlos en la dedicatoria del segundo de los **Dos libros**, el vno que trata de todas las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales, que siruen al vso de la medicina, y el otro que trata de la Piedra Bezaar, y de la yerua Escuerconera (Sevilla, Hernando Díaz, 1569). llamó a aquella señora "Duquesa de Béjar, Marquesa de Ayamonte y de Gibráleón, Condesa de **Benalcázar** y de Bañares". Igualmente se lee **Benalcázar** en las portadas y dedicatorias de obras posteriores a la publicación del **Quijote**, tales como el manuscrito intitulado **Dos libros de la lengua primera de España**, de fray Jacinto de Ledesma (1626), que posee la Real Academia Española. No pase, pues, por yerro de imprenta, ni menos por ignorancia o mala pronunciación de Cervantes, lo que él, como oriundo de Córdoba, en cuyo reino está **Benalcázar**, sabía tan bien como quien mejor lo supiese.

P R E S E N T A C I O N *

Quizá, después de escuchar al Prof. Albert Barnes Franklin, os suceda lo que a mí: un curioso fenómeno de sorpresa, vecino de la perplejidad. Es el Prof. Franklin esta amable persona, sin engolamientos ni afectaciones, todo jovialidad, que sabe expresarse con dicción clara y correcta en un castellano de calidad irreprochable? —Cuando me lo presentaron, en seguida, eché de menos dos cosas; carecía de **aura catedrática** con que nos acoquinan la mayoría de nuestros profesores; y también, había escamoteado al "gringo" de su voz, hasta darnos la completa confianza, el acento comunicativo y estimulante. Pero, si con el Prof. Franklin se puede hablar con entera libertad, sin el menor recelo: su palabra y su gesto incitan a la cordialidad, a la camaradería, se puede bromear con él, e incluso darle de rato en rato palmaditas en la espalda. Es simpático el Prof. Franklin!

Viajero por la América India, ha tocado en nuestra tierra rica de paisaje, fantasía y afeite, pero pobre de médula y realidad. Con él ha traído sus herramientas de hombre de letras: una mente ágil e inflexible a la vez, un atuendo de ideas claras, sólidas y constructivas; sus sentidos acuos, solícitos para la percepción... y ha traído también, una arma de eficacia imponderable: —la sonrisa— con la cual defenderse, de nuestras posibles virulencias de mestizos, habitantes de un suelo de volcanes.

Después de unos meses, cuando él esté de regreso a su país, nos sorprenderá con unas cuantas agudas observaciones sobre nuestra realidad ecuatoriana; desde su yanquilandia tumultuosa nos descubrirá nuestra verdad. Entonces unos señores gordos pondrán el grito en el cielo e invocarán a los Manes de la Patria. Pero nosotros los hombres jóvenes —hombres de franqueza y anhelo, —estaremos con él y seremos solidarios de la verdad que proclame.

* El socio del Grupo, Sr. Ignacio Lasso, hizo la presentación del Prof. Albert B. Franklin, quien pronunció una importante conferencia, —que se inserta a continuación— en el Salón Máximo de la Universidad Central, el 17 de agosto de este año.

El Prof. Franklin se ha detenido en nuestras ciudades para urgarlas su entraña social; ha admirado sus magníficos templos, ha visitado las barriadas proletarias, ha visto a los campos, a las grandes haciendas feudales y a los **huasipungos** de los campesinos; ha contemplado de cerca a los indios, ha departido con nuestros escritores y artistas; se ha percatado sobre el terreno de nuestro complejo económico y ha visto funcionar nuestra pobre máquina política; ha comprendido el por qué de nuestros paramentos y el cómo de nuestra intimidación; en fin, ha escuchado nuestra música dilacerante que cae como una garúa de acíbar húmedo sobre los corazones. Se ha adueñado un poco de nuestra melancolía. El nos dirá luego su mensaje.

Cuál es la especialidad a cuyo cultivo ha dedicado su talento el Prof. Franklin? En los Estados Unidos —gran potencia imperialista— las tareas intelectuales llegan a un alto grado de especialización. El Prof. Franklin dicta en la Universidad de Williams, la Cátedra de Literatura Hispanoamericana. Su saber y su atención están enfocados hacia un ámbito aparentemente corto: apenas un capítulo de la literatura. Qué contraste, se dirá, con la multiplicidad enciclopédica de algunos de nuestros profesores y hombres públicos, que sirven indistintamente, y con frescura, cualquier ramo del saber. Enterado con una abundante y selecta documentación, de la historia de la literatura hispanoamericana y del proceso cultural del continente, el Prof. Franklin se ha ubicado en un neo-pragmatismo de fisonomía netamente americana, casi diríamos panamericana. Por medio de este sistema, ha conseguido extraer de sus investigaciones, lo que podríamos llamar, la interpretación dialéctica del relato americano. De la difusa acumulación de datos y resultados, barajando los engañosos criterios, dejando a un lado las opiniones elaboradas; construye una estética que se finca con firmeza en un gran principio: la objetividad unitaria de la Cultura de América. Frente a la civilización europea que declina irremisiblemente, se levanta la pujanza de un mundo nuevo y mejor; en el crisol, la tradición trasmuta en otros valores y adquiere un equilibrio inédito. Así, revisado los distintos aspectos de la invención artística, sus manifestaciones realmente importantes, nacen de una raíz terrígena y desembocan en un sentimiento de continuidad cósmica. La música, la poesía, la plástica, y sobre todo la novela de América, empiezan a ser recia- mente, la voz del pueblo en lucha, abiéndose paso entre la turbia correntada de la Historia y las Edades, y sin perder

nunca el cariñoso y caliente contacto de la tierra que une y solidariza en el trabajo a los hombres. La gran literatura y el gran arte de todos los tiempos han tenido siempre este fundamento y esta meta.

La tesis del Prof. Franklin denuncia y afirma la existencia de un vigoroso realismo americano, de sentido autóctono, que es la piedra angular de una cultura de vastas proyecciones. Precisamente en esta Conferencia va a desarrollar y probar este enunciado. Atendedla minuciosamente. Se puede dircordar de sus puntos de vista y de sus convicciones. Pero gusta y seduce su sabiduría recta y honesta, su razonamiento fuerte, su orgullo reflexivo, su hombridad de americano ciento por ciento, que se alegra y se exalta con la evocación de las grandes figuras de América: Lincoln, Juárez, Sarmiento; Walt Witman, Darío, Herrera y Reissig.

Haced pues acopio de la palabra docta del Prof. Franklin. Crítico de certeros discernimientos, él va a brindaros en admirable estilo: sus sutiles apreciaciones, sus juicios penetrantes, su versación ejemplar en materias literarias y artísticas, sus conceptos originales, su espíritu de hombre nuevo y sincero; y también, un particular encanto poemático que a trechos rezuman sus frases; porque este crítico, —y creo yo, todo verdadero crítico— deja escapar entre juicio y cita, la fragancia de alguna rosa disimulada, o el trémolo de una alondra furtivamente introducida.

I G N A C I O L A S S O

PALABRAS SOBRE LA CULTURA DE NUESTRO HEMISFERIO

Dentro de pocos días llegará la hora de mi salida de Quito, de mi vuelta a las tareas diarias de profesor. Por consiguiente me aprovecho esta ocasión para expresar a la ciudad de Quito, por medio de este culto auditorio, un sentimiento íntimo que he tenido desde los primeros días en este centro comercial y cultural del bello país del Ecuador: y es éste: que quizá nunca, y seguramente muy rara vez, ha sentido un pasajero extranjero una amistad más honda, más sincera, y más alegre de la que siento para con este pueblo tan simpático, tan acogedor, de San Francisco de Quito.

Tal vez no es tan extraño este sentimiento. De niño, cuando me leían mis padres la historia de Atahualpa, de Huascar, y de su padre, que fue el primero que tuvo el sueño de unir al mundo bolivariano, soñaba yo en venir a la tierra de Atahualpa algún día; no como viajero en un país extranjero, sino como viajero de romería a un santuario que es la herencia de todo americano. Así fue plantada la semilla que tras escolares años de viaje en los dos hemisferios, y años de lectura en mis dos idiomas predilectos, ha crecido hasta ser la primera preocupación de mi vida, que se puede expresar de esta manera: buscar en toda manifestación de cultura de nuestro doble continente, lo americano, lo que debe su existencia a la tierra y al nombre americanos.

Somos todos descendientes de coloniales, y de la fuerza dinámica y la visión de aquellos nuestros antepasados, tenemos un justo orgullo. La historia de sus hazañas y de sus victorias a todos nosotros es conocida.

Al estudiar esta historia, el filósofo y el literato se encuentran ante un fenómeno que les interesa más aún que los hechos mismos de la historia, cuando, sutilmente, paulatinamente, se hace sentir una fuerza que ha sido más poderosa que la herencia europea. No es una fuerza concreta; no es un ejército, ni una flota ni una banda de salvajes. Es algo trascendental, que influye sobre el hombre del Norte como sobre el hom-

bre del Sur; sobre el hombre de la Costa tanto como sobre el de la Sierra. Parece que los horizontes lejanos de nuestro continente, la lucha contra la naturaleza, la soledad de nuestros campos, los hacen pensar y actuar, a estos hombres, de un modo distinto a sus antepasados europeos. Vistos desde Europa, tal vez parecían víctimas de locura; pero que gran locura la de Bolívar y de Washington! Víctimas de locura, no! Víctimas más bien de una fuerza capaz de hacer brotar de la tierra como por magia a los próceres de nuestras revoluciones; capaz, después de la lucha, de producir pensadores y hombres de acción de la genialidad necesaria para la orientación de una civilización y una cultura nacientes. Una fuerza capaz de hacer vivir como hermanos en el nuevo continente a tribus cuyas guerras habían tintado de sangre la tierra de Europa desde tiempos prehistóricos. Esta es la fuerza que creó a tan grandes americanos como Abraham Lincoln y Domingo Faustino Sarmiento. Esta es la fuerza contra la cual luchaba durante su vida el más ilustre clásico ecuatoriano, Juan Montalvo; y perdiendo la batalla, la ganó.

Porque, mientras nunca ha habido ningún escritor más deseoso de conquistar la hispanidad, nunca tampoco ha existido ningún escritor cuya ecuatorianidad, cuyo americanismo es más indiscutible. Las mismas palabras pueden decirse de mi compatriota, contemporáneo de Montalvo, Ralph Waldo Emerson, sustituyendo la palabra britanidad por hispanidad. La fuerza telúrica del nuevo continente se había apoderado de los dos igualmente, a hacer de ellos, quizá a su pesar, americanos. Otros, como el autor de "Martín Fierro", en el Sur, y el autor de "Leaves of Grass" en el Norte sintieron el poder de la fuerza de la tierra, y cantaron una contestación a su llamado.

En los breves párrafos de esta modesta charla no cabrá la definición de esta fuerza. Si fuese necesario, podríamos citar al libro del filósofo sudamericano Antenor Orrego, el "Pueblo-Continente", donde esboza en una cien páginas la definición que buscamos. Pero no es necesario. Precisamente porque todos nosotros en esta sala somos americanos. Todos sentimos el poder de la fuerza telúrica, todos podemos, si queremos, observar el efecto de esta fuerza sobre el hombre de América de todos los tiempos, desde tiempos coloniales hasta tiempos de la segunda tragedia mundial.

El hombre de América o se une con la fuerza de su tierra, y así multiplica su propia genialidad, o niega la fuerza del

continente americano, lucha contra ella, y durante su vida intelectual o artística tiene las espaldas cargadas con el peso fatuo e innecesario de la negación de la realidad.

Quizá la más grande diferencia entre la cultura de la América del Sur, y la de la América del Norte, es que los hombres del Norte fueron los más tempranos en unir al poder de su espíritu la fuerza de la tierra americana. Así es que ya en el siglo XVIII, en la tierra que es hoy los Estados Unidos de Norte América, apareció la figura distintiva e íntegramente americana de Benjamín Franklin. Taine, el filósofo francés, nos habla de la extraña frescura de esta figura que vino a visitar a la aristócrata corte de Francia, con su bastón de palo, su levita parda de tejido grueso y crudo, sus ojos brillantes y miopes medio escondidos tras gruesos lentes cuadrados, pero quién supo conquistar el corazón de toda Francia con su franqueza, su risueña sinceridad, y la calidad que llamamos en inglés "Yankee ingenuity", hasta tal punto que por fin hasta el rey le llamaba "papá Franklin". Vale la pena hacer una observación aquí, porque la visita de Franklin a la corte de Francia marca el primer choque de la vieja civilización de Europa con la nueva cultura de nuestra América. Jean Jaques Rousseau dedicó su vida entera a la conquista de la sencillez, sinceridad, franqueza, y amor del ser humano ordinario, que son los distintivos de la democracia. Pero Rousseau era un producto de la vieja civilización. El conflicto de su deseo con su destino resultó en la paranoia y el desencanto que le persiguieron durante los últimos años de su vida. Al contrario, para Franklin no había ninguna contradicción entre el ideal demócrata y su intelecto, bien que éste se hubiese nutrido desde su infancia en las mejores obras intelectuales de las civilizaciones del viejo mundo. Franklin era un americano. De ahí resulta lo paradójico de que Franklin, el diplomático e intelectual **conservador**, sea uno de los factores más importantes en precipitar la revolución francesa. De concebir simpatía para con el yanqui viajero a perder fe en el valor de su propia aristocracia hereditaria fue para el hidalgo de la corte de Luis XV un paso muy corto. Libre de orgullo falso, libre de consideraciones de protocolo heredadas de los siglos pasados, libre de las vinculaciones políticas que necesitan los hombres menores para sostenerse, Franklin, el pensador sano, aforístico, y conservador, resulta, en la corte de Francia un revolucionario.

Podemos decir que son tres las cualidades que hacen de Benjamín Franklin un verdadero americano: primero, libertad de pensamiento, que implica libertad de dogmas políticos, sociales, y de toda clase; segundo, libertad de expresión, que es el distintivo de una cultura nueva y pujante; tercero, contacto íntimo con la realidad física, social y espiritual de su pueblo América. Es mi hipótesis que estas tres cualidades son características del verdadero americano de todos los tiempos.

Los habitantes de la América del Norte gozaron de condiciones ideales para el desarrollo de la norma americana desde antes de la guerra de independencia. En primer lugar, y tal vez de primera importancia, eran comparativamente muy pocos los indígenas que se encontraron en las zonas del norte. Esta circunstancia fue de suma importancia en el desarrollo de una sociedad sin clases, una sociedad democrática que obtenía en los Estados del norte de los Estados Unidos desde sus primeros días de independencia. En esta sociedad cualquiera criatura al entrar en el mundo tenía la esperanza de ser presidente de los Estados Unidos algún día, o de distinguirse en el campo literario, el campo económico. Sólo en tal sociedad hubiera podido esperarse el fenómeno de Abraham Lincoln, quién nació en una pobre choza de palos crudos para ser el libertador de la otra mitad de los Estados Unidos, el profeta del americanismo, el escritor del más puro estilo de su país, y uno de los idealistas más elevados y eficaces de un siglo de idealistas. Sólo tal sociedad hubiera podido hallar su voz en los intraducibles cantos americanos de un Walt Whitman.

Mientras tanto menudearon las voces americanas por todas las Américas. Sarmiento, primero, defendiendo la cosa americana contra el ataque del casticismo colonial, y luego las grandes voces americanas de José Martí, Juan Montalvo, González Suárez y Luis A. Martínez. En aquellos días, en la segunda mitad del siglo pasado, empezaron a juntarse los espíritus de las dos Américas. Con los años la fuerza de la tierra ha logrado asimilar el ambiente cultural y espiritual de las dos Américas hasta un punto que sería difícil que se acercasen más sin derrumbar los dos obstáculos que quedan: el económico y el lingüístico. En estos días hemos oído mucho de los obstáculos. Al contrario, lo que siempre me ha interesado a mí son las semejanzas cada día más grandes entre las dos culturas que se van uniendo hasta formar, algún día, en

un porvenir no tan lejano, una nueva cultura, y una nueva civilización. Esto digo sin querer de ningún modo negar ni minimar las riquezas culturales que han heredado de España las Américas al sur del Río Grande, ni las que hemos heredado de varios países de Europa los ciudadanos de la América del Norte. Quedarán por los siglos de los siglos, mientras duren los tres bellos idiomas que hemos traído con nosotros del viejo mundo.

Quizá la más antigua de las artes del mundo es la música. Al tiempo del descubrimiento del Nuevo Mundo la música de Europa estaba para florecer en la edad clásica. Ya, en los coros litúrgicos en Roma sonaban las misas y ofertorios de Palestrina. Dentro de pocos años le genialidad de Buxtehude abría el camino para la concepción de las fugas de Bach, Lully, Rameau y Couperin regalarían a la corte de Francia con su música de clavecín, mientras en Inglaterra el clásico madrigal iba formándose sobre la base de la música popular. A veces los europeos se olvidaban de esta larga evolución por la cual pasaron y nos acusan de ser atrasados en el campo de la música. Vale la pena examinar, de paso, este aspecto de la cultura americana. Primero, para no jactarnos de lo que no nos pertenece, podemos agradecer al viejo mundo de que las mejores orquestas que hayan existido en la entera historia del mundo se encuentren en estos días en nuestro hemisferio. La figura gigantesca de Toscanini (gigantesco sólo por su talento, porque es de talla muy pequeña) está en estos días representando a entusiastas auditorios sudamericanos la música de Bach, de Brahms, de Beethoven, de Albéniz, de De Falla, de Prokofieff. En los Estados Unidos otros hombres y otras orquestas siguen la obra pacífica y cultural de mantener en vida las grandes composiciones musicales del viejo mundo. Por todo esto, Europa, nuestro agradecimiento hondo y sincero. Sabemos interpretar y escuchar la música de ultramar; nuestros músicos tienen un talento sabio, y nuestros auditorios un entusiasmo inteligente y respetuoso. Mas no se acuse de ser perezosos. Una música para representar una civilización tiene que ser concebida en las entrañas de ella, tiene que nacer y crecer envuelta en su cariño y su amor. Nuestra música ha nacido ya, Europa, y es un robusto niño. Nació en los labios de los gauchos de Argentina y de los vaqueros de California; nació en las chozas de los indios de la Sierra, y en los pobres hogares de los esclavos negros de Carolina; nació en los calabozos de la isla de Cuba, y en los saxofones de los Nigt

Clubs de Chicago. Nuestro pueblo canta, Europa, canta cuando está alegre, y canta cuando está triste. La estrella del norte y la cruz del sur escuchan la música de nuestros pingullos, de nuestras vihuelas.

Fácil es olvidar de dónde viene la música de Vivaldi, de Monteverdi, de Bach, de Brahams, de Albéniz, y de Toroba. Viene, sencillamente, del pueblo. Y si en la historia del mundo ha existido un pueblo pródigamente fecundo e impregnado de música, es el nuestro. Muchos músicos americanos hay en estos días que se dedican a transcribir en forma permanente las canciones del pueblo. Otros hay, como nuestro lamentado Gerswin, que saben inspirarse de la música popular para producir música verdaderamente americana digna de ocupar un puesto al lado de las grandes obras europeas. En estos días un joven compositor norte americano, Roy Harris, se está aprovechando de la música popular de su país, mientras en el convento de San Francisco de Quito un fraile franciscano sigue con reverencia y genialidad la tradición de Palestrina, Bach y César Franck, tejiendo el tema popular sobre el colorido fondo eclesiástico.

Sinfonías, fugas, misas no brotan ya hechas del cerebro de un hombre. Son la canción, el grito, o el llanto de un pueblo. Son las risas o las lágrimas de millones de hombres, mujeres y niños, sus sueños perdidos y sus alegrías que por fin se funden y se componen en el espíritu del que ha sabido captarlos y componerlos. La música popular de las Américas de hoy es la materia prima para una edad clásica de la música americana que viene ya anunciándose.

Asomaba la cosa americana en las artes plásticas muy temprano. El joven Whistler, empleado por el gobierno de los Estados Unidos como cartólogo, pintaba en sus mapas tan encantadoras pinturas americanas que el gobierno tuvo que quitarle el empleo, dejándolo en aquel estado de desocupación tan propicio para los artistas y tan lamentable para el hombre ordinario. Hacia el sur, en los cuadros eclesiásticos de la escuela Cuzqueña apareció la cosa americana en la forma de preocupación con la realidad física del indígena y del criollo. Y en la famosa escuela quiteña de la época colonial, los cuadros de Gorívar y Miguel de Santiago muestran un espíritu de movimiento y una técnica que son productos de la vida y del paisaje alrededor suyo. Me acuerdo, también de un pequeño cuadro pintado en bronce en la sacristía de la Iglesia de San Francisco, un cuadro religioso y antiguo, en el cual se asoma como fotográficamente la cara de un longuito

quiteño, pintado con exactitud y cariño por algún desconocido pintor americano.

Un conocimiento superficial del arte de nuestros días me convence que en cuanto a artes plásticas nuestro hemisferio ya tiene bien marcado el rumbo de su desarrollo. En la América del Norte, hace largos años John Sloan y Homer Winslow empezaban a interpretar la escena americana del campo y la metrópoli. Actualmente los más conocidos interpretes de nuestro paisaje y nuestro espíritu por medio de las bellas artes son Thomas Benton y Grant Wood. En un país tan grande como los Estados Unidos, los pintores de movimiento corriente son numerosos, Cadmus, Kuniyoshi y larga serie de otros que hubiera que mencionar, si quisiéramos nombrar a todos los que lo merecen. Este movimiento en los Estados Unidos fue quizá anticipado por un movimiento semejante entre los pintores de México, Ecuador, el Perú y Brasil. Estos pintores nos han mostrado que el arte americano no es una cosa estéril, que dentro de sus amplios límites cabe la obra de todo artista que tenga libertad de inspiración, libertad de expresión, y un contacto íntimo con la realidad americana. En los Estados Unidos, Benton pinta con los colores del valle del Mississippi en pleno verano, y con el ritmo de las canciones populares de los muelles del Mississippi. Grant Wood interpreta satíricamente la mentalidad del hombre de la América del Norte mientras dibuja con cariño casi excesivo el paisaje de nuestro gran **Middle West**. En Nueva York Cadmus, estudia con sus pasteles la vida turbia y aparentada de las masas populares de la metrópoli. Allá también, casi perdido en la gran ciudad, un ecuatoriano, Camilo Egas, pinta al obrero neoyorquino. Como para hacer resaltar la variedad de inspiración posible en el arte de nuestro hemisferio, un japonés, Yashuo Kuniyoshi, viene de Asia para adaptar con máximo éxito su técnica exótica a nuestro paisaje y nuestra escena. Kuniyoshi ha sabido hacerse americano por su arte.

Quién conoce la obra de estos norteamericanos, y los muchos otros de estos días tan fecundos para nuestro arte, no puede menos de reconocer el parentesco íntimo entre las dos Américas que está expresándose por medio de las artes plásticas quizá más hondamente que en ninguna otra rama de la cultura. Si americanos son aquellos, americanos también son Rivera, Siqueiros, los dos Orozco, Zabogal, Codesido, Camilo Blas, Rendón, Paz y Miño y Kigman. Estos artistas han mostrado que saben como sabían Miguel Angel, Tintoretto,

Rubens, Rodin, Goya, y los grandes artistas de todos los tiempos, volverse al pueblo para la inspiración artística. El pueblo es la médula, la raíz, la sangre de toda arte plástica; y los artistas americanos cuyos nombres todos conocemos: Rivera, Zabogal, Camilo Blas, Kingman; son precisamente los que ha vuelto a la tierra americana, y al hombre de América para su inspiración. Rivera ha sabido estilizar y eternizar al hombre americano, al indio, al mestizo, en sus lienzos murales del campesino y obrero americanos. Zabogal busca el sentido del paisaje y la interpretación pintoresca y psicológica de la nueva raza, con una técnica desarrollada en los centros artísticos de todo el mundo. Egas halló en su propio continente el objetivo de su arte, y fue a tierras lejanas a dominar la técnica con qué pintar la realidad que veía. Camilo Blas, el pintor completamente americano, sin influencia ajena a su propia genialidad, ha sabido precisar la vida y la mentalidad del cholo y del zambo de los callejones de Lima de tal manera que su obra tiene un valor no sólo americano, sino también completamente universal, que le relaciona con Rousseau, con Van Gogh, con Rembrandt, con Daumier, con los insignes pintores universales de todos los países. Kingman, otro pintor netamente americano, se contrasta con Camilo Blas, el pintor de la metrópoli costeña, preocupándose con la realidad del pueblo indio y cholo de la Sierra.

Americanos también son los jóvenes pintores cuyos cuadros forman la interesantísima exposición de la Escuela de Bellas Artes de esta ciudad, estos jóvenes que tras años de estudio de la técnica formal, del arte de Grecia, de sus antecesores europeos, no han perdido el sentido de la fuerza de su tierra, y que vuelven, una vez libres a escoger su sujeto, a su madre tierra a interpretar con sus matices de amor y comprensión las complejas realidades de nuestra América.

La poesía es un arte sumamente cohibido por la tradición. Quizá de esta manera podemos explicar la tardía apreciación en América de los primeros grandes poetas americanos, de todos modos, es verdad que nuestro más grande poeta de los Estados Unidos, Walt Whitman, el que cantó la muerte de Lincoln, recibió más correcta apreciación en tierras extranjeras que en su propia América. Es verdad también que durante mucho tiempo la América de habla española seguía ofreciendo coronas de laurel a poetas españolizantes o de temas robados de la tradición europea. Es imposible creer que el peruano César Vallejo hubiese sido el primer poeta culto sud-

americano a cantar la escena americana. Pero de todos modos es el que abrió la espita para dejar correr los versos que habían quedado inexpresados tras el dique de la tradición españolista y colonialista. Bien sabían, Vallejo y su amigo Alcides Espelucín, la importancia de la obra que hacían. Pero ahora se han callado sus voces, una por la muerte trágica de una batalla perdida, y la otra por la propia voluntad del poeta, y la tradición americana de la poesía halló su expresión en estos momentos más bien entre los poetas del Ecuador. En estos días estoy escuchando esta voz poética del Ecuador, y bajo la voz, el corazón americano. Conozco la obra de apreciación de Abel Romeo Castillo y la obra de expresión de Pedro Jorge Vera; conozco los versos de Alejandro Carrión, de Augusto Sacoto y de Ignacio Lasso, a quienes llamo mis hermanos americanos, como también a Jorge Carrera Andrade y Gonzalo Escudero. A los muchos otros los saludo sin nombrarlos agradeciéndoles que sean tantos los poetas americanos del Ecuador de hoy. La misma inquietud para expresar la cosa americana se halla en todo el continente. Pronto la provincia de Esmeraldas tendrá también su voz poética cuando aparezcan editadas las rítmicas poesías del joven esmeraldeño Adalberto Ortiz.

El periodismo es un arte netamente americano. Los grandes diarios de Nueva York y Buenos Aires unen dos veces cada día el gran mundo americano. Tantos son los que trabajan anónimamente largas horas diarias en las oficinas de los miles de periódicos americanos que han llegado a ser una de nuestras grandes industrias. La tradición de Will Rogers, de William Allen White, de Adolph S. Ochs, y los grandes periodistas norteamericanos sigue creciendo en todos los países de la América del Sur, apoyada en el Ecuador por ilustres nombres como el de José Abel Castillo, Alejandro Andrade Coello, y por jóvenes periodistas de talento y esmero que serían reconocidos en cualquier país de nuestro hemisferio como Augusto Arias y Jorge Reyes. Pero estos hombres son más que periodistas, y pertenecen también a aquella otra corriente de pensamiento americano que fluye siempre por la vida ecuatoriana de tan insignes plumas como las de Espejo, Calle, González Suárez, Nicolás Jiménez, Pío Jaramillo Alvarado, Isaac J. Barrera y Benjamín Carrión.

Al hablar de la novela americana siempre siento dos hondas emociones. Primero, un orgullo profundo y justo de que la voz americana, expresada por medio de la novela, hubiese

logrado un florecimiento tan robusto en mi país, que en estos días la novela norteamericana representa uno de los colmos del desarrollo de la novela mundial de todos los tiempos. Segundo, un interés intenso y emocionante en esta nueva voz, la voz del Ecuador. En mi país, hace más de un siglo que las fecundas imaginaciones de Nathaniel Hawthorne y Washington Irving empezaron a alimentarse de la tierra y del hombre americanos. Fennimore Cooper, Edgar Allan Poe dieron prestigio al cuento y a la novela norteamericanas, y Mark Twain, George Cable y O'Henry gastaron su talento a manos llenas en la interpretación del hombre de América. Hoy día los grandes escritores norteamericanos, Sinclair Lewis, John Dos Pasos, Thomas Wood, John Steinbeck, y muchos otros, son el orgullo de un país libre y democrata. A veces los críticos de allende el mar los han llamado revolucionarios. Esto nos hace volver con el pensamiento a aquel otro gran americano cuya libertad de pensamiento, de expresión, cuya comprensión de la realidad de su pueblo le dió en otras tierras el aspecto de revolucionario. No lo son. Al contrario, son conservadores: conservadores de los sueños y de los ideales de un pueblo, conservadores de la riqueza intelectual, de la integridad americanas; y para mí es una satisfacción íntima que vivan y escriban en un país que sabe agradecerles con su respeto, su honor, y hasta con sus dólares.

Difícil sería expresar el cariño con el cual he seguido el desarrollo de la novela americana en el Ecuador desde las conocidas obras cortas de Juan León Mera, por la obra de Luis A. Martínez, José Rafael Bustamante y Fernando Chávez hasta el creciente famoso de nuestros días. La inquietud de los nuevos autores, a tomar prestada una frase del Sr. Barrera, anuncia un desarrollo de la novela americana más allá de todo lo que conocemos hasta ahora. A los autores que participan en este movimiento les aseguro que en el pueblo de Williamstown, donde los días son cortos y las nieves hondas, serán leídas con comprensión y cariño las obras que salen de sus plumas.

Porque estos jóvenes autores son americanos, saben sentir la fuerza de su madre tierra, saben escuchar e interpretar en sus novelas el latido íntimo del corazón de un continente.

Bajo la amenaza de la crisis del viejo mundo es mi esperanza más íntima que sepamos como ellos querer la libertad

del pensamiento, guardar la libertad de expresión, mantener nuestro contacto con la realidad de nuestro pueblo: en una palabra, que sepamos ser americanos.

Quito, Ecuador. Agosto de 1940.

A L B E R T B . F R A N K L I N

BIBLIOGRAFIA

EL SENTIDO HISTORICO Y LA CULTURA

(Para una sociología ecuatoriana)

Julio E. Moreno

Quito-Ecuador

La producción literaria ecuatoriana de estos últimos meses ha sido enriquecida con esta obra de peso y trascendencia de don Julio E. Moreno, una de las respetables figuras intelectuales del país. "El Sentido Histórico y la Cultura", profundo estudio sociológico, corresponde a una mentalidad disciplinada y a un pensador que ha penetrado, con mirada filosófica, en el poco descubierto mundo de nuestra existencia social.

Cuando se trata de analizar los orígenes constitutivos, la historia y la vida de una sociedad, natural es que para tal trabajo ha de emplearse un método científico de investigación, método que ha de corresponder lógicamente a una concepción y pensamiento filosóficos determinados.

Sentido y preocupación filosóficos, en cuanto éstos significan conocimiento de la verdad histórica y actual, es lo que ilumina la larga trayectoria de este libro sustancial en el que con vigor y amplitud críticos se hace la disección y vivisección de un pueblo, el ecuatoriano, a través de sus cuatrocientos años de existencia.

Libro ausente de todo dogmatismo, como que se debe a una mente emancipada, carece también de intención historicista. Si la historia aparece, como es obvio, es solamente en lo que puede llamarse su desnudez sustantiva, no vitanda. Pues, toda la psicología histórica ecuatoriana, desde los albores de nuestra nacionalidad, aflora a esta obra para ser revelada bajo una moderna y serena interpretación sociológica.

Consideramos la obra del señor Moreno, el esfuerzo más calificado para desentrañar a la luz de la sociología, encendida también con fuego de austeridad crítica, la historia y realidad ecuatorianas, que, por la afluencia de fenómenos sociales que en ella convergen y por su interés intrínseco, adquiere valor y significación continentales.

LOS COMUNEROS

Germán Arciniegas
Bogotá-Colombia

Aunque tarde, con una tardanza que sin embargo no ha logrado apagar nuestra admiración, queremos consignar unas líneas sobre este libro estructural, de valor perenne, de Germán Arciniegas, del cual no se ha hablado lo suficiente en América.

La evolución de los géneros literarios, como la evolución de todas las manifestaciones artísticas, no reconoce otro origen que la transformación de la vida social. Saber interpretar esta transformación es lo que corresponde a los cultores del arte, para no caer en una fosilización segura. Si Germán Arciniegas hubiera trasladado lo que hay en su libro con un sentido y criterio históricos, no hubiera hecho más que cualquiera historiador corriente. Pero el vigoroso escritor colombiano, haciendo de la historia una novela con auténtica emoción humana y de la novela una historia viva, ha fundido dos géneros literarios para darnos una obra nueva, de valores indubitables.

"Los Comuneros" es la historia de la vida americana a fines del siglo XVIII. Pero una historia con un sentido hasta ahora no abordado: con un sentido socializante, en cuanto éste se dirige a pintar con los más emocionados colores épicos, aquellos formidables movimientos sociales americanos, que como un bramido apocalíptico, precedieron las luchas de la independencia. Epoca tatuada diorámicamente por dos situaciones sociales en pugna: la del palatinado, que con sus Virreyes y más Cálifa vuelcan en América, refinándola por todos los lados, la Inquisición de la España monárquica y claudicante. La de un pueblo, que agotadas sus montañas de oro, sufre la explotación humana más inmisericorde que cuentan las luchas sociales.

Y aquí está lo que más nos satisface en este libro de Germán Arciniegas. En haber dado al movimiento americano, conocido generalmente como "la revolución de las alcabalas", su auténtica interpretación, destacando sobre el fondo trágico de las hogueras y horcas de la inquisición, la vida de un pueblo que busca a través del sacrificio y de la muerte, los horizontes de su liberación. Personajes como José Antonio Galán, digno de una biografía sustancial, comparable tal vez con el tracio Spartaco, han sido exhumados de los arsenales de nuestra historia para destacarlos en su verdadera significación de hombres y de caporales de una jornada de lucha social merecedora de análisis profundo, como lo ha hecho el escritor colombiano, animándola con calor de vida, hasta hacernos sentir su conmovedora emoción de epopeya.

"Los Comuneros" de Germán Arciniegas señala una nueva pauta para la moderna interpretación de la historia.

EL EMBRUJO DE HAITI

Gerardo Gallegos
Habana-Cuba

En Gerardo Gallegos, ecuatoriano, hay uno de los más fuertes novelistas de América de la hora actual. Su novela "El Embrujo de Haití", está probando a una sensibilidad vigorosa y a un escritor de ala y garra, dueño de una técnica que resume conciencia y emoción artísticas vertidos en un estilo vibrante y terso, reflejador de una riqueza prodigiosa de imágenes. Unas imágenes precisas y preciosas, condensadas, claras sin embargo, que vastan para describir paisajes o pintar figuras humanas. La originalidad de Gallegos, como escritor, hincó, justamente en la difícil y complicada síntesis de las imágenes. Por esto su estilo, podado de toda ampulosidad, de toda frondosidad, se reduce, ya cuando interpreta un estado psicológico, traza un rasgo biográfico, o pinta, a metáforas luminosas, comprimidas. Se debe a esto que su novela "El Embrujo de Haití", novela cardinaliciamente, apenas se halle contenida en unas 130 páginas. Y así, su formidable cuadro de los lobos de mar, piratas náufragos, acosados por el sol, el hambre y el acecho mutuo, una estampa con pinceladas de genialidad que bien pudo serla de Tolstoi o Gorki, no ha necesitado para describir toda su grandeza trágica y psicológica, sino de pocas líneas.

En "El Embrujo de Haití", Gallegos ha reconstruido, con emoción actualista, las misteriosas leyendas que a través de los siglos perduran aún en la vida del pueblo haitiano. Leyendas maceradas en aguas espirituosas de misterio, de superstición, en las cuales, los hombres y las mujeres de ébano, asoman como los otros, pendientes de un ancestro religioso que dirige sus vidas, envolviendo también a las existencias extrañas.

Esta bella novela de Gallegos, responde exactamente a su nombre: es el exotismo pintoresco de un pueblo, traducido con emoción lírica, capaz de infundir vida resurrecta a las figuras humanas que en ella actúan.

MADRUGADA

Julián Padrón
Caracas-Venezuela

En la actual generación de escritores venezolanos que con tan profundo sentido de responsabilidad histórica reivindica ante el continente la luminosa tradición intelectual y artística de la tierra del Libertador,

Julián Padrón afirma una verdad común a la cultura de América, la de que el americano encontró, ya desde hace algún tiempo, en el virgen tesoro del hombre y la tierra americanos, su material decorativo y emocional, su mina, por lo inexplorada, inagotable, para la realización artística. Era lo que convenía a la realidad de nuestra formación cultural, a la autenticidad e integridad de nuestras nacionalidades, que, por los caminos de la política, de la ciencia, del arte y del trabajo, buscan y van a la conformación de su personalidad.

Al hombre de América lo que le corresponde, en función intelectual o artística, es reflejar en su obra la realidad americana. Esta es la clara conciencia de la que están poseídos, sobre otras, las juventudes del continente.

"Madrugada", esta novela de Padrón, encendida de un lirismo en el que canta el alma jubilosa y juvenil de América, es la novela, del mozo tropical, la íntima novela de su psicología sexual y social, común por lo demás al adolescente de nuestras tierras, y es por esto que su estudio adquiere sentido de ecumenicidad, incluso cuando describe el paisaje que lo decora.

Deliberada o no, la verdad es que encontramos en esta fresca y alegre novela del escritor caraqueño, uno de los atisbos psicológicos más penetrantes hechos en el desarrollo biológico del adolescente americano, pero inflamado de tal euforia lírica, que toda la novela parece un poema en el que la reencarnada y luminosa figura de Afrodita, fuera regando el perfume capitoso y eterno del amor.

SINFONIA DEL RIO URUGUAY

C. Sabat Ercasty

Montevideo-Uruguay

El pleamar de la lírica americana contemporánea, espeso de estiridencias insustanciales, que no acierta ni en los módulos nuevos, es decir en la nueva expresión poética que traduzca la torrencial sinfonía naciente de la hora actual, cuajada de esperanza y realidad, ni da en la médula de la poesía eterna y pura, arroja, de vez en cuando, la sorpresa de un canto madurado que golpea nuestros oídos haciéndonos mirar el horizonte nervioso de armonías.

En esta vez, la voz surgió del Uruguay, de Montevideo, en donde el gran poeta que es Sabat Ercasty, reivindica el prestigio lírico de América, lanzando al espacio la música cuajada de acentos homéricos de su canto. En esta epopeya Cósmica que es su "Sinfonía del Río Uruguay", sólo una verdad profunda se afirma: la verdad existencial de la poesía. Esta facultad humana que permite al hombre, al artista,

aprimonar en la música de las palabras toda la abscondita belleza que hay en el universo, inclusive en el microcosmos que somos.

"Sinfonía del Río Uruguay", no es un canto historiado y leyéndico. El río y sus bellos parajes y paisajes circunvecinos, no son sino un pretexto del que se ha valido el poeta para exaltar, con un emocionado sentido panteísta, todo el misterio, la vida y el encanto de la naturaleza, a través de la sensibilidad humana. Un canto, una sinfonía, en verdad, estremecida de no se qué acento bíblico, en cuyo fondo vibra el aletazo de luz de la genialidad.

A N T O N I O M O N T A L V O

C R O N I C A

HOMENAJE A NICOLAS JIMENEZ

Oportunamente el Grupo América rendirá su homenaje póstumo a la memoria del que fue su ilustre consocio, don Nicolás Jiménez, uno de los escritores más calificados de nuestro país, y cuyo nombre, en gracia de su vasto prestigio, resonó admirativamente en el continente. Gran parte de su valiosa obra permanece inédita, y los empeños del Grupo se han dirigido principalmente, a salvarla, para lo cual, con la espontánea aquiescencia de sus familiares, procederá a editar lo de mayor significación. Muy pronto saldrá un primer volúmen que irá precedido de un juicio del consocio señor don Ignacio Lasso.

DON GUILLERMO BUSTAMANTE

El nuevo regimen constitucional que inicia el Gobierno del señor doctor don Carlos Arroyo del Río, llamó a integrar el Gabinete, en la Cartera de Educación Pública, a nuestro distinguido consocio señor don Guillermo Bustamante, escritor y poeta de prestancia, quien ha desempeñado anteriormente altos cargos en la diplomacia ecuatoriana, y ha sido uno de los fervientes mantenedores, desde su iniciación, de nuestra revista. Para el Grupo América es altamente satisfactoria la presencia del señor Bustamante en la Cartera de Educación Pública. Su clara inteligencia, el conocimiento de la realidad educacional en el país, su reconocido afán por el desarrollo, en todos sus órdenes de la cultura patria, no dejan lugar a duda de que su actuación en el complejo y delicado Portafolio, será trascendentalmente beneficiosa. Felicitamos al compañero, y hacemos votos porque su labor deje una huella imperecedera en la vida de la cultura nacional.

NUEVO DIRECTORIO DEL GRUPO

De conformidad con las disposiciones estatutarias, en Agosto pasado, se realizó la designación del nuevo Directorio del Grupo América. Con tal motivo, en sesión especial, los miembros, por unanimidad, consignaron un voto de reconocimiento a la labor desplegada durante su período, por el Secretario General cesante, señor doctor don Gonzalo Escudero, labor provechosa para las relaciones internacionales de la institución, y para el interno desarrollo de sus actividades.

El nombramiento del nuevo Secretario General, correspondió al consocio señor don Isaac Barrera, otro de los consagrados prestigios

intelectuales de la patria, cuyas funciones de Senador ejerce en la actualidad.

El nuevo Directorio quedó integrado en la siguiente forma:

- Sr. Dn. Isaac J. Barrera, Secretario General,
- Sr. Dn. Augusto Arias, Director del Instituto de Cultura Americana,
- Sr. Dn. Antonio Montalvo,
- Sr. Dn. Ignacio Lasso y
- Sr. Dr. Dn. Jorge Escudero, Directores de "América",
- Sr. Dn. Alfredo Martínez, Director de la Biblioteca de Autores Americanos,
- Sr. Dn. Jaime Barrera B., Subdirector de la Biblioteca.
- Sr. Dr. Dn. César Carrera Andrade, Procurador,
- Sr. Dn. Juan Pablo Muñoz, Director de la Editorial América,
- Sr. Dr. Dn. Emilio Uzcátegui, Tesorero y
- Sr. Dn. Francisco Terán, Secretario de Actas y Correspondencia.

VISITAS INTERNACIONALES

En estos últimos tiempos el Grupo América y su Biblioteca de Autores Americanos, han sido visitados por algunas personalidades extranjeras. Entre ellas se cuenta el distinguido profesor de la Universidad de Willams de los Estados Unidos, en la cátedra de literatura americana, Albert Barnes Franklin. El profesor Franklin, en su corta permanencia entre nosotros, pudo, a petición del Grupo, dictar una interesante conferencia, en el Salón Máximo de la Universidad Central, que publicamos en el presente número.

También la escritora cubana, Sara Cabrera, y su esposo, el Sr. José María Linares Rivas, autor y actor dramático.

Y, últimamente el Grupo recibió la visita de la escritora inglesa señorita Lilo Linke, quien se halla en gira por sud américa, atesorando informaciones y conocimientos de nuestras realidades sociales.

BOLETIN BIBLIOGRAFICO

Debido a obstáculos insuperables, nos hemos visto obligados a postergar la aparición del primer número del Boletín de Bibliografía Americana. Los trabajos de esta importante obra están efectuándose en estos momentos, y confiamos que a principios del año venidero podrá ver la luz pública.

DIFUSION DEL IDEAL AMERICANISTA

Es sumamente placentero para el Grupo América la constatación de que la obra iniciada hace tres lustros, con la aparición de la revista "América", impertérrita mantenedora del ideal americanista, ha tenido su repercusión provechosa en el continente. Las juventudes de América, con un imperativo de la misión histórica que les toca desempeñar en esta hora estructural del continente, se han aprestado a la lucha por la cultura, organizando instituciones que bajo nuestro mismo lema y nombre, vienen laborando por un ideal común al destino y a la vida de todas y cada una de las naciones americanas. Y así podemos contar hoy con la acción colaboradora y constructiva de las siguientes instituciones: Grupo América del Brasil, Grupo América de México, Grupo América de Cuba, Grupo América de El Salvador, Grupo América de Guatemala, Grupo América de Bolivia.

De desear sería que en las capitales, por lo menos, de todos los países americanos, se organizaran grupos similares, a fin de que la obra americanista pueda en un futuro próximo contar con la fuerza conjunta de la intelectualidad del continente.

AL CUMPLIRSE TRES LUSTROS

En el mes de Agosto de este año "América" cumplió su tercer lustro de existencia. En este ya apreciable lapso de tiempo ha sabido cimentar su nombre y el de la patria en todo el continente, mediante una labor de difusión cultural y de americanismo auténtico, que ha hecho posible el acercamiento intelectual con las naciones de habla española, preponderadamente. Su misión la ha cumplido con toda la magnitud que las circunstancias lo han permitido.

Estamos en el convencimiento de que una nueva era comienza para "América". Pues, gracias al apoyo ofrecido por el Ministro de Educación Pública, Sr. Dr. Guillermo Bustamante, podrá normalizarse de hoy en adelante su edición, que la hará cada trimestre puntualmente. Entonces podremos intensificar nuestra acción, dando realidad más amplia a los postulados que hemos venido propugnando en pro del intercambio cultural y el estrechamiento de nexos de amistad con los países hispanoamericanos.

La realidad actual de la aciaga contienda europea, que ha dado un nuevo sentido al ideal americanista, obliga, sobre todo a las juventudes de América, a unirse para una acción más efectiva, en todos los órdenes de la vida. Por nuestra parte no agotaremos esfuerzo para laborar desde nuestra modestas trincheras intelectuales, por los destinos de América, el baluarte de la civilización futura.

CANJE BIBLIOGRAFICO

Es nuestro deber consignar en estas líneas el reconocimiento que "América", y sobre todo la Biblioteca de Autores Americanos guarda para los escritores, instituciones, órganos de la prensa, directores de revistas, especialmente, que, a pesar de la involuntaria ausencia de nuestra publicación, en estos últimos tiempos, han sabido con espíritu de alta comprensión americanista y cultural, honrarnos con su generoso y habitual envío de sus publicaciones, las mismas que no esta por demás decirlo, engrosando los anaqueles de la Biblioteca, han aumentado su acervo bibliográfico, devorado constantemente por sus cotidianos lectores.

El volumen de revistas que recibimos, como ninguna otra institución del país, nos ha movido a la formación de una sección especial para el servicio público en nuestra Biblioteca. A continuación consignamos una nómina de revistas, cuyo canje podremos corresponder desde el presente número de "América":

ARGENTINA

Acuario	Facundo
Alerta	Hechos e Ideas
Alifan	Informaciones
Aquarius	Itinerario de América
Boletín de la Academia Nacional de la Historia	Jurídicas y Sociales
Boletín de Educación	La Hora
Boletín del Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras	La Defensa
Boletín Bibliográfico Argentino	La Revista Americana de Buenos Aires
Cántico. Poesía y Poética	Las Comunas
Capricornio	Luminar
Claridad	Maná
Consigna	Nosotros
Cultura	Ofensiva
Cuadernos Forenses	Por Nuestro Idioma
Cursos y Conferencias	Preludios
Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores	Pueblo y Escuela
El Auto Argentino	Presente
El Monitor de Educación Común	Revista del Profesorado
Evolución	Sur
Fábula	Sustancia
	Saeta
	Tribuna del Magisterio
	Vida Correntina
	Vida del Ateneo

BOLIVIA

- | | |
|---|-------------------------------------|
| Boletín de la Sociedad Geográfica "Sucre" | Revista Jurídica |
| Cooperación Intelectual | Revista de Bolivia |
| La Semana Nacional | Revista Militar |
| Motivos | Universidad de San Francisco Xavier |
| Kollasuyo | |

BRASIL

- | | |
|----------------------|---------------------------------|
| A Capital | Revista das Academias de Letras |
| Aluno e Mestre | Revista Médica de Minas |
| Ciencias e Letras | Revista da Escola Militar |
| Cultura | Revista do Instituto de Café |
| Letras Brasileñas | Tránsito |
| Revista do Professor | |

COLOMBIA

- | | |
|------------------------------------|---|
| Acción Liberal | Popayán |
| América Española | Revista de las Indias |
| Anales de la Universidad de Nariño | Revista Javeriana |
| Antioquia Histórica | Revista Bolivariana |
| Atalaya | Revista de Colombia |
| Atisbos | Revista Universitaria |
| Alma Nacional | Repertorio Histórico |
| Biblioteca y Libros | Revista del Colegio Mayor de Ntra. Sra. del Rosario |
| Cívismo | Risaralda |
| Cosmos | Revista del Archivo Nacional |
| Crónica Diplomática | Universidad Católica Bolivariana |
| Estudio | Universidad de Antioquia |
| El Centinela | Vanguardia |
| Idearium | Viajeros |
| Letras y Encajes | |
| Mejoras | |

COSTA RICA

- | | |
|------------------------------------|----------------------|
| Ariel | Labor |
| Consultorio Internacional | La Raza |
| Cultura Jurídica | Noticiero Colombiano |
| Cuadernos del Noticiero Colombiano | Patria |
| | Repertorio Americano |

CUBA

- | | |
|--|---|
| Acción Socialista | Marcha |
| América | Nuestra España |
| Boletín del Anuario Bibliográfico Cubano | Orto |
| Boletín Bibliotécnico | Revista Bimestre Cubana |
| Boletín Informativo | Revista de los Estudiantes de Filosofía |
| Cervantes | Revista de Arqueología |
| Cruz Roja Cubana | Revista Bibliográfica Cubana |
| El Obrero Panadero | Turismo |
| El Ejército Constitucional | Universidad de la Habana |
| El Educador | Ultra |

CHILE

- | | |
|---|---|
| Anales de la Universidad de Chile | Asociación Chilena de Cooperación Intelectual |
| Atenea | Estudios |
| Aurora de Chile | La Semana Internacional |
| Babel | Multitud |
| Bolívar | Océano |
| Boletín Bimestral de la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual | Revista Universitaria |
| | Zig-Zag |

ECUADOR

- | | |
|--|---|
| América | El Libertador |
| Anales | Horizontes |
| Archivos de Criminología, Neuropsiquiatría y Disciplinas Conexas | La Casa de Montalvo |
| Boletín de la Academia Nacional de Historia | La Alianza Obrera |
| Boletín de Obras Públicas y Comunicaciones | Libros y Bibliotecas |
| Boletín del Sindicato de Educadores del Azuay | Miscelánea |
| Boletín del Colegio Militar | Mastil |
| Boletín del Colegio Normal "Manuel J. Calle" | Nueva Era |
| Boletín del Departamento Médico Social | Novedades |
| Boletín de Informaciones y de Estudios Sociales y Económicos | Revista del Sindicato de Escritores y Artistas del Ecuador |
| Boletín Eclesiástico | Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca |
| Boletín del Consorcio de Centros Agrícolas de Manabí | Revista del Colegio Benigno Malo |
| Boletín Municipal | Revista del Colegio Nacional Vicente Rocafuerte |
| Educación | Revista de Cultura |
| El Tres de Noviembre | Revista de la Escuela de Bellas Artes |
| | Revista Municipal |
| | Revista del Colegio Juan B. Vázquez |
| | Serranía |

EL SALVADOR

Cypactly
La Universidad

La Nueva Tribuna

ESTADOS UNIDOS

América Comercial
Artes y Letras
Boletín de la Unión Paname-
ricana
Cameo
Correo
España Libre
International Conciliation
La Nueva Democracia
Narthex
Revista Hispánica Moderna

Revista Rotaria
Resumen Quincenal de Suce-
sos Internacionales
The University of New Me-
xico
The Quarterly Journal of In-
ter-American Relations
University of Arizona Bulle-
tin
Think

GUATEMALA

Anales de la Sociedad de
Geografía e Historia de
Guatemala

Actualidades
Boletín del Archivo General
del Gobierno

HONDURAS

A N C -Asociación Nacional
de Cronistas
Boletín del Distrito Central
La Palabra
Repertorio de Honduras

Revista del Archivo y Biblio-
teca Nacionales
Sembremos
Tegucigalpa

MEXICO

Abside
Anales del Instituto de Inves-
tigaciones Estéticas
Arte en México
Biblioteca Iberoamericana y
de Bellas Artes
Boletín del Museo Nacional
de Arqueología, Histo-
ria y Etnografía
Bibliografía Mexicana
Boletín Bibliográfico Mexica-
no
Boletín de la Junta Auxiliar
Jalisciense
Ciencia
Criminalia
Diario de Yucatán
Ecos Mundiales
Educación y Cultura
Educación
El Maestro Rural
España Día a Día
España Peregrina

Eurindia
Luminar
Genio Latino
Juventa
Mexican Art. & Life
Narthex
Orbe
Renovigo
Revista Mexicana de Socio-
logía
Revista Iberoamericana
Revista de Educación
Revista de Historia de Amé-
rica
Revista Literaria
Romance
Ruta
Rumbo Gráfico
Salubridad y Seguridad
Tierra Nueva
Todo
Zafra

NICARAGUA

Centro
 Índice
 La Revista de León

Revista del Ateneo de Masaya
 Revista Comercial de Nicaragua

PANAMA

Avante
 Boletín de la Sociedad Bolivariana de Panamá
 Boletín de la Academia

Panameña de la Historia
 Elite
 Universidad de Panamá

PARAGUAY

Revista de Derecho y Ciencias Sociales

PUERTO RICO

Alma Latina
 Atsuo Puertorriqueño
 El Agricultor Puertorriqueño
 Horizontes
 Lila

Puerto Rico Labor News
 Revista de la Asociación de Mujeres Gradudas
 The University of Puerto Rico Bulletin

PERU

Boletín Bibliográfico
 Boletín del Banco Central de Reserva de Perú
 El Centador
 Informaciones Sociales
 La Nueva Economía
 La Crónica Médica
 Letras
 Mercurio Peruano
 Mundo Peruano

Nuestra Epoca
 Revista del Museo Nacional
 Revista de la Facultad de Ciencias Económicas
 Revista Universitaria
 Revista de Filosofía y Derecho
 Revista de la Escuela Militar
 Sphinx
 3

REPUBLICA DOMINICANA

Anales de la Universidad de Santo Domingo

Boletín del Archivo General de la Nación
 Rachas

URUGUAY

- | | |
|---|--|
| <p>Aispe
Anales de Instrucción Primaria
Boletín de la Sociedad Amigos de las Ciencias Naturales "Kraglievich Fontana"
Brújula</p> | <p>Croquis
Enciclopedia de Educación
El Heraldó Raumsólico
Hojas de Poesía
Progreso
Solidaridad
Trabajo y Jubilación</p> |
|---|--|

VENEZUELA

- | | |
|---|--|
| <p>Boletín de la Academia Nacional de la Historia
Boletín del Archivo Nacional
Boletín Trimestral de Estadística Municipal
Cubagua
Cultura Nacional
Educación
Elite
El Explorador</p> | <p>Fev-Revista de la Federación de Estudiantes de Venezuela
Munitoria
Nos-Otras
Revista Nacional de Cultura
Revista de la Sociedad Bolivariana
Trabajo y Comunicaciones
Viernes
Venezuela Odontológica</p> |
|---|--|

EUROPEAS

- | | |
|---|---|
| <p>Universidad, Zaragoza
Ensayos y Estudios, Berlín
Revista Alemana, Hamburgo
Etat Actual et Progres de L'Education Ouvriere, París</p> | <p>La Litterature internationale, Moscou
La Maison de L'Amerique Latine, Bélgica
Belgique Amerique Latine, Bruselas</p> |
|---|---|

ASIA

- The Japan Times Weekly

GRUPO AMERICA

FUNDADO EN ABRIL DE 1931

SOCIOS ACTIVOS:

- AGUILERA MALTA, DEMETRIO, en Guayaquil.
ALBORNOZ, MIGUEL ANGEL, en Quito.
ARIAS, AUGUSTO, Director del Instituto de Cultura Americana, en Quito.
BARRERA, ISAAC J., Secretario General, en Quito.
BARRERA E., JAIME, Subdirector de la Biblioteca.
BOSSANO, LUIS, en Quito.
BUSTAMANTE, GUILLERMO, en Quito.
CARDENAS DE BUSTAMANTE, HIPATIA, en Quito.
CARRERA ANDRADE, JORGE, en Yokohama.
CARRERA ANDRADE, CESAR, Procurador, en Quito.
CASTILLO, ABEL ROMEO, en Guayaquil.
CUADRA, JOSE DE LA, en Guayaquil.
ENDARA, JULIO, en Quito.
ESCUDERO, GONZALO, en Quito.
ESCUDERO, JORGE, Director de la revista "América", en Quito.
ESCALA, VICTOR HUGO, en Panamá.
ESPINOSA, CARLOS M., en Loja.
FALCONI VILLAGOMEZ, J. M., en Guayaquil.
GALLEGOS LARA, JOAQUIN, en Guayaquil.
GIL GILBERT, ENRIQUE, en Guayaquil.
GUARDERAS, FRANCISCO, en Buenos Aires.
ICAZA, JORGE, en Quito.
JARAMILLO ALVÁRADO, PIO, en Guayaquil.
JIMENEZ, NICOLAS, +
LASSO, IGNACIO, Director de la Revista "América", en Quito.
LEON, MIGUEL ANGEL, en Riobamba.
LLERENA, JOSE ALFREDO, en Quito.
MARTINEZ, ALFREDO, Director de la Biblioteca, en Quito.

MONCAYO, HUGO, en Bogotá.
MORENO, JULIO E., en Quito.
MONTALVO, ANTONIO, Director de la revista "América", en Quito.
MONSALVE POZO, LUIS, en Cuenca.
MORA REYES, ALFREDO, en Loja.
MUÑOZ SANZ, JUAN PABLO, Director de Editorial América, en Quito.
MUÑOZ C., MANUEL M., en Cuenca.
PALLARES ZALDUMBIDE, HERNAN, en Quito.
PAREJA DIEZ CANSECO, ALFREDO, en Guayaquil.
PAREDES, ANGEL MODESTO, en Quito.
PEREZ CONCHA, JORGE, en Quito.
REYES, OSCAR EFREN, en Quito.
ROJAS, ANGEL F., en Guayaquil.
ROSEMBLAT, ANGEL, en Buenos Aires.
SALAZAR FLOR, CARLOS, en Quito.
TERAN, FRANCISCO, Secretario de Actas y Correspondencia.
UZCATEGUI, EMILIO, Tesorero, en Quito.
VACA DEL POZO, TELMO, en Guayaquil.
VELASCO IBARRA, J. M., en Medellín.
ZALDUMBIDE, GONZALO, en Lima.

SOCIOS REPRESENTANTES:

AGRAMONTE, ROBERTO, cubano, en La Habana.
ARCINIEGA, ROSA, peruana, en Lima.
ARGUEDAS, ALCIDES, boliviano, en La Paz.
ARIAS LARRETA, ABRAHAM, peruano, en Lima.
BEDREGAL, JUAN FRANCISCO, boliviano, en La Paz.
CANDIOTI, ALBERTO M., argentino, en Bogotá.
CURT LANGE, FRANCISCO, uruguayo, en México.
DIEZ DE MEDINA, FERNANDO, boliviano, en La Paz.
GARCIA, ANTONIO, colombiano, en Bogotá.
LIRA GIRON, LUIS F., boliviano, en Quito.
MELENDEZ, CONCHA, portorriqueña, en Río Piedras.
PRENDEZ SALDIAS, CARLOS, chileno, en Santiago.
SCARONE, ARTURO, uruguayo, en Montevideo.
TELLEZ, JULIO, boliviano, en La Paz.

HAGA QUE SU CUTIS SEA HERMOSO CON
CERA MERCOLIZADA

¿Es su cutis claro, suave y de aspecto joven? Debe y puede ser así. Deje que la CERA MERCOLIZADA lo demuestre. Aplíquese CERA MERCOLIZADA como si fuera col-crema, todas las noches antes de acostarse; con resultados asombrosos la CERA MERCOLIZADA efectúa la tarea de desprender la capa de su cutis descolorido exterior, revelando la joven y fresca tez que hay debajo.

AYUDA REALMENTE A HERMOSEARSE A SIMISMO
A SU CUTIS

Después de una serie de aplicaciones de CERA MERCOLIZADA, su cutis aparece con su propia radiante hermosura, belleza natural superior a la que Ud. ha tenido durante mucho tiempo.

CERA MERCOLIZADA

CONSERVA EL CUTIS JOVEN
DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO: BAZAR DE NOVEDADES

Calle Guayaquil N° 64 A. — Teléfono 6-8-2

LA LORENA



FABRICA DE
GALLETAS,
CAMELOS,
CONFITES,
CHOCOLATES Y
BOMBONES
CHOCOLATE
"SUPERIOR"
PURO-CHOCOLATES Y PASTILLAS

VENANCIO GALLARDO

QUITO — APARTADO N° 575 — TELEFONO 822

LUCINDO ALMEIDA & CÍA.

BANQUEROS

**Asociados al Banco Central del
Ecuador**

Dirección Telegráfica: ALGAS

Dirección Postal: Casilla 186

Quito—Ecuador, S. A.

**Toda Clase de Operaciones
Bancarias**

EL BANCO PRIVADO

MAS ANTIGUO

DE LA REPUBLICA

CADA CLIENTE UN AMIGO.